

La dignidad de los soldados del tiempo dorado

Francisco Bermúdez Guerra

A la memoria de mi mamá y de mi papá, con todo mi amor.

Capítulo 1

-El universo es infinitamente grande, tan grande como Dios- advirtió el profesor, mientras posaba sus ojos sobre los alumnos-. Y aún así, nos pasamos la vida enmarañados en tonterías.

Lanzó un suspiro, el auditorio estaba en silencio, las ciento trece personas que se encontraban allí esperaban que algo sucediera. El profesor se puso nuevamente las gafas que había dejado sobre el escritorio, y miró de reojo al tablero, habían muchas fórmulas matemáticas, ecuaciones, operaciones, dibujos, y letras. Esa sería su última clase.

Le gustaba vestir de manera elegante, de saco y corbata, incluso los domingos. Llevaba treinta y un años dictando la misma cátedra en la universidad, y nunca trabajó en otra cosa. Sus alumnos y ex alumnos lo admiraban, tenía fama de genio y de excéntrico, tal vez por esto último era que lo apreciaban.

Su cabello, o mejor dicho su escaso cabello, era completamente blanco, y nadie se acordaba que el profesor lo hubiera llevado de otra forma.

-En fin, quiero desearles lo mejor, espero que sean felices.

Recogió su maletín y abandonó el lugar. Mientras salía del salón, una salva de aplausos retumbó en el lugar, los ciento trece alumnos no dejaron de hacer ruido. El profesor abandonó con rapidez la instancia.

Al llegar a la puerta encontró a una mujer. Era alta, de mirada penetrante, y rostro simpático. Le dio un beso en la mejilla. Ambos caminaron por el pasillo del edificio que conducía a la cafetería de la universidad.

Era la primera vez que el profesor parecía estar acompañado, la soledad era parte de su atuendo espiritual.

-¿Qué harás ahora?- preguntó la mujer, que era mucho más alta que su acompañante, y mucho más joven.

- El tiempo lo dirá- dijo el profesor con una sonrisa fingida.

La cafetería no era un lugar muy elegante, pero recibía muy bien a quien llegaba. Estaba repleta de alumnos. Algunos estudiaban, otros conversaban, y unos pocos comían pastel de chocolate y gaseosa.

Laura miró hacia la gente, y sucedió lo que siempre pasaba cuando llegaba a algún lugar: que se convertía en el centro de la atención.

El profesor se ruborizó, pero ya no importaba, era libre, ahora podía andar con quien quisiera sin despertar falsas impresiones. El mundo había cambiado para él y para muchos otros.

Se sentaron en una pequeña mesa, en el punto medio de todas las miradas. El profesor fue hasta un mostrador, y trajo consigo dos bebidas que parecían ser jugos de manzana.

Laura estaba tranquila, pero algo le inquietaba. El profesor Ayeztre le producía un extraño nerviosismo, tal vez porque era mayor que ella veinte años; sin embargo, ella no lo veía como hombre, sino como su maestro. Era una de sus mejores alumnas, pero no era una alumna cualquiera, era parte de un selecto grupo denominado “Los soldados del tiempo dorado”.

-Tendrás más responsabilidades- susurró Laura, casi en silencio.

Su acompañante asintió con la cabeza. No le gustaba hablar de ese tema en la universidad. Laura era hermosa, inteligente e ingeniosa, pero era muy joven para él. Siempre que la veía sentía un nudo en el estómago, y sus piernas flaqueaban, pero su razón era la que se imponía. Prefería seguir siendo un solterón, que desperdiciar la inteligencia de su mejor descubrimiento en flirteos sexuales innecesarios.

-¿Qué ha dicho al respecto nuestro amigo Beryabian?

El profesor Ayeztre sabía que estaba poniendo el dedo en la llaga.

Laura miraba a su alrededor, varios jóvenes la hostigaban en ese momento, como siempre, pero ella no se acostumbraba. Nunca se había acostumbrado, a pesar de haber sido modelo de pasarela y de haber posado ante cientos de fotógrafos, las miradas constantes le fastidiaban.

-Pedro está contento, dice que ahora tendrás más tiempo para el debate intelectual- mencionó esto y sonrió.

“Me imagino que así será, siempre ha sido mi rival” pensó Ayeztre.

De pronto una muchacha se acercó. Era una alumna. Llevaba el cabello teñido de violeta, y de sus labios pendían dos piercings.

-Profesor, nos gustaría que volviera, así sólo fuera de visita.

Laura sabía que Ayeztre jamás volvería allí, su vida le había puesto un nuevo reto: formar a los soldados del tiempo dorado.

-Desde luego, no se preocupe, por acá me verá, la universidad ya es un hábito que no puedo dejar.

La muchacha soltó una risita infantil, que le molestó a Laura. Joazen Ayeztre era tolerante con lo efímero, y con las situaciones donde había tensión, pero su acompañante no lo era.

-Sus clases de Física son estupendas- dijo la joven-. Nunca las olvidaré.

Laura le dio un sorbo a su jugo de manzana, luego miró fijamente al profesor. El se dio cuenta y despidió a la ex alumna dirigiéndole la mano. La joven se alejó de la mesa.

-Jamás volverás acá- manifestó Laura con una risa pícaro-. Tus obligaciones ahora son muy pesadas, con nosotros.

El profesor se quedó pensando un instante, toda su vida había estudiado Física; desde los doce años, cuando había leído una biografía de Albert Einstein, supo que quería ser un colega del afamado científico. Viajó a Alemania después de terminar el colegio, hizo un magister y un doctorado, e inmediatamente se incorporó a una universidad como investigador, a esa universidad, a la que jamás volvería.

Laura intuyó lo que pensaba su acompañante, y le tuvo compasión por un momento, pero, una vez salieran de allí, Joazen Ayeztre sería todo para ellos, para los soldados, para los vencedores.

-¿Qué harás ahora?- repitió la pregunta que le había hecho antes de llegar allí-. Tendrás más tiempo, pero estarás más tensionado.

-Ustedes también han sido mi vida en los últimos años- dijo Ayeztre con lágrimas en los ojos-. Lo daré todo, no lo duden.

La mujer estaba cansada de que la miraran con morbosidad, así que se paró, y se dirigió hasta donde unos muchachos que aparentaban estar estudiando en una mesa contigua.

-¿Les gustan más mis pechos o mis piernas?- los interrogó con violencia, casi gritando.

Los jóvenes estaban estupefactos, y en sus rostros apareció una tonalidad rojiza parecida a la que se produce cuando se le da una cachetada a una persona.

Las demás personas miraron con sorpresa, y unas niñas soltaron sendas carcajadas exageradas.

Laura miró a los jóvenes con odio, con violencia, casi que con resentimiento.

Joazen Ayeztre había visto esa misma escena varias veces. En otra ocasión, Laura alguna vez, se lanzó contra dos sujetos que le habían enviado un beso de manera fingida en un restaurante, los individuos habían alargado sus labios y cerrado sus ojos. La mujer se fue con un tenedor en su mano derecha y lo enterró en la boca de uno de los hombres.

-Laura, no son más que unos mocosos, deja así.

La mujer no dejó de mirarlos, y las niñas de al lado estaban casi que desmayadas de tanto reír.

-¡Niños al fin y al cabo!- les espetó Laura.

A sus treinta y tantos años pasados, Laura Quierak era una ex modelo, pero no se había quedado en el negocio del glamour y del lujo, había ingresado a estudiar Ingeniería Electrónica en una universidad del Japón. Su padre era un famoso diplomático, que por muchos años había residido en Tokio junto con su esposa y sus dos hijas. Laura era muy inteligente, según decían todos los que la rodeaban, fue empleada de una empresa de computación nipona por varios años, hasta que conoció al hombre que le cambió la vida: el profesor Ayeztre.

Se sentó nuevamente. Tomó otro sorbo de jugo de manzana, y agarró su bolso.

-Quiero irme- le dijo a Ayeztre-. Estoy cansada de ser el centro de tantas miradas.

-Eres muy presumida- dijo el profesor con suavidad-. ¿Acaso crees que todos están detrás de ti? ¿Piensas que eres el centro del mundo?

Laura estaba acostumbrada a esa rutina: a una explosión de cólera y después a un sermón.

-¿Por qué será que los hombres no respetan a las mujeres?

-Ellos sólo te estaban observando, es normal, eres una mujer hermosa.

La mujer logró lo que quería, un cumplido del profesor. Inconscientemente lo buscaba, un piropo, algo que la halagara. Lo femenino en ella era intenso, y saber que un hombre como Ayeztre la admiraba por su belleza era emocionante.

-En serio, debo irme profesor.

Joazen Ayeztre miró por última vez esa cafetería, llena de muchachas y muchachos, todos jóvenes, a los que él había instruido en su tema favorito: la Física. Tomó lo que quedaba en el vaso, y salió.

Fue hacia unas escaleras, debía despedirse del decano. Al llegar a un recibidor muy elegante, se encontró con dos secretarias que hablaban por teléfono. Una de ellas le hizo un guiño con los ojos, la otra se quedó mirando a Laura con cierto recelo.

La que miraba a Laura colgó el teléfono primero.

-¡Profesor Ayeztre el doctor Steffens lo está esperando!- dijo la mujer con una emoción algo postiza-. Iré a decirle que usted está acá.

La otra secretaria siguió hablando, y le hizo una mueca de desesperación al profesor.

-Profesor Ayeztre, siga por favor.

Al ingresar a la oficina del decano Steffens, la secretaria no dejó de observar a Laura, ella se percató y le devolvió una sonrisa exagerada de educación que hizo ruborizar a la observadora.

La oficina estaba totalmente engalanada por madera. Una fotografía de Albert Einstein en una pared, un supuesto cuadro de Isaac Newton en otra pared, y Stephen Hawking contemplaba a los visitantes desde un retrato que se alzaba detrás del escritorio principal.

Un hombre enorme, de ojos verdes, y cabello rubio con varias canas, los saludó efusivamente.

-¿Te vas entonces?

-¿Cómo te va Ernesto?- preguntó con solemnidad Ayeztre mientras le extendía una mano a su anfitrión-. Te presentó a la señorita Laura Quierak.

El decano abrió los ojos sin avergonzarse, en ese sitio se sentía seguro y protegido, nadie lo criticaría por devorar con la mirada a un espécimen femenino como ése.

-Encantado señorita, Ernesto Steffens decano de Física- al decir esto le extendió su mano, ella también lo hizo con cierta incomodidad.

-No puedo estar mucho tiempo por acá, tengo que hacer algunas cosas, así que muchas gracias por todo.

Ayeztre era amigo de Steffens, mejor dicho, eran íntimos amigos. Los dos habían hecho el doctorado en la misma universidad, y habían ingresado a trabajar a la universidad al mismo tiempo, sin embargo, Steffens era mucho más sagaz que su amigo para hacerse nombrar en cargos importantes.

-¡Déjame conocer a la señorita Quierak! ¡A la famosa Laura Quierak! Ja ja – el hombre tronó de alegría, su piel sanguínea parecía como si se fuera a explotar.

-Ernesto, en serio, debo irme, además Laura tiene afán- dijo Ayeztre, aunque en realidad estaba preocupado por otra cosa.

-¿Usted es la estrella de ese grupito? ¿De cómo es que se llaman? ¿Los guerreros de los tiempos de oro?

Joazen Ayeztre hizo su miedo realidad, no quería hablar de ese tema en frente de ellos dos al mismo tiempo. Los soldados del tiempo dorado no perdonaban que se hablara de ellos por parte de extraños.

-¡Ernesto! ¡Basta! ¡Cállate por favor!- el profesor habló en voz alta de manera muy desaforada. El decano sonrió y se sentó en su silla.

Laura Quierak pasó de la incomodidad a la furia contenida, y lo supo en ese momento, su instructor y guía había traicionado al grupo, había hablado de ellos con extraños, eso quebraba las normas de manera grave.

-Señorita, no se preocupe, yo también estuve en los soldados del tiempo dorado, fui uno de sus fundadores de hecho, pero me retiré por razones que no vienen al caso, ¿no es cierto Joazen?

El profesor asintió tímidamente con la cabeza, sin atreverse a mirar a su acompañante.

-¿Todavía está Pedro Beryabian?- el decano transformó su rostro de manera instantánea, ya no parecía estar contento, casi que preguntó con horror.

-Sabes que sí Ernesto, Beryabian es uno de nuestros mejores hombres, tal vez el mejor.

Laura miró hacia el piso, sabía que el profesor estaba diciendo la verdad, pero esa verdad le dolía mucho a ella, aunque en lo particular no tenía muchas diferencias con Pedro Beryabian, incluso eran amigos.

-Es un presumido, pero yo lo estimo mucho, ha liderado el grupo mientras Joazen se integra por completo- dijo ella.

El decano miró a Joazen con prevención, su rostro estaba serio, era como si estuvieran discutiendo un asunto de vida o muerte.

Un silencio se apoderó del lugar. De pronto, la secretaria que no había dejado de hablar por teléfono entró abruptamente en el lugar.

-Doctor Steffens, ya llegó la señorita Cosiliestre.

-Dígale que me espere cinco minutos.

-Muy bien.

La secretaria volvió a lanzarle una mirada al profesor Ayeztre, esta vez también le hizo una señal con la mano.

-Bueno Ernesto, creo que tú también tienes asuntos que resolver.

-Sí, es verdad, bueno Joazen que te vaya muy bien, cuando vayas al club a jugar golf nos veremos por allí.

-Es cierto- Ayeztre sonrió, le apretó la mano al decano.

-Que esté muy bien señorita Quierak- el decano volvió a su mirada pícaro y dichosa.

-Lo mismo le deseo.

Laura y el profesor salieron de la oficina, este último se despidió efusivamente de las secretarias, y abordaron las escaleras por las que habían llegado.

-Debes contarme lo de Steffens, no lo sabía- comentó Laura.

-Es una larga historia, te aburrirás.

-Nada de los soldados del tiempo dorado me aburre, tú lo sabes.

-Es una historia larga- repitió el profesor-. Steffens ya no pertenece es lo que importa.

Volvieron al piso de la cafetería, pero esta vez pasaron de largo por ella, hasta llegar a la puerta principal. La chica de pelo violeta estaba allí, nuevamente trató de hablar con el profesor, pero Laura aceleró el paso. La chica de pelo violeta los siguió unos pasos.

-¡Hasta luego profesor!- dijo en voz alta.

Laura y Ayeztre ya se encontraban en el parqueadero, el profesor se volteó y le mandó un saludo a la chica con una de sus manos.

El automóvil de Laura era gris, era uno de esos carros japoneses de última tecnología. Los dos abordaron, ella lo hizo con alegría, y él con nostalgia. Ayeztre miró por última vez la universidad, no sabía si algún día volvería a verla.

El profesor Ayeztre jamás aprendió a manejar un automóvil, le daba pánico conducir uno, siempre llegaba a la universidad en taxi o en autobús. Laura, en cambio, era aficionada a los carros, su pasado en el Japón le había inducido a convertirse en adicta a ellos.

Ingresaron a una autopista, de varios carriles, Ayeztre estaba tensionado, la velocidad no era lo suyo, aunque eso era lo que enseñaba: la rapidez a la que viaja la luz.

-Debes decirme lo de Steffens, insisto- dijo Laura, que se había colocado unas gafas de lentes negros.

-No quiero hablar de ello, tiene que ver con la formación de los soldados, y eso es historia antigua.

-¿Por qué se salió Steffens?- Laura puso un tono seductor en su voz. Estaba acostumbrada a que los hombres se derritieran cuando ella

hablaba de esa forma, pero Ayeztre ya conocía el truco y no se dejó seducir.

-Es fácil, lo nombraron decano de la facultad de Física y se retiró, fue por eso.

-No lo creo Joazen, no me digas mentiras- al llamarlo por su nombre, el profesor sintió cierta tensión en su estómago, Laura estaba utilizando todas sus estrategias-. Steffens habló muy raro de Pedro, como si le tuviera miedo, o rabia, o algo por el estilo.

La verdad era muy dura, y Ayeztre lo sabía, Laura era muy joven para saber ciertas cosas, era mejor que no siguiera preguntando.

-Te lo contaré cuando lleguemos.

-¿Me lo prometes?

-Desde luego.

Laura utilizó un recurso desesperado: le dio un beso en la mejilla a su acompañante. El profesor sintió miedo, terror, Laura realmente estaba interesada en la historia, en una historia que no podía ser contada a nadie.

Llegaron a un edificio, Laura se bajó del automóvil.

-Vuelvo enseguida.

Joazen Ayeztre recordó aquellos años en los que fundaron junto con Ernesto Steffens, Carlos Markuas, Alberto Pierto, Zacarías Contrieras, Lugo Pertelo, y Andrés Raicielo a Los soldados del tiempo dorado. Años de idealismo, de sueños, que se habían hecho realidad de la forma más inesperada.

Laura no podía saber la historia de Steffens, sabía lo de los otros pero no lo de Ernesto, porque estaba seguro que se lo contaría a Pedro Beryabian, y eso los pondría en peligro a todos.

El profesor tomó su teléfono celular y marcó un número.

-Eres un tonto, ahora ella quiere saberlo todo.

Por la expresión de su rostro, al parecer su interlocutor se había encolerizado, las cosas estaban mal, debían redirigir los acontecimientos.

Capítulo 2

Pedro Beryabian viajaba en su helicóptero, a una altura conveniente, en la que podía divisar toda su propiedad, iba acompañado de su asistente, un ex alumno de Harvard.

El aparato dio un giro, era arriesgado hacerlo, pero el piloto sabía que a Beryabian le gustaba esa forma de volar, y él era su jefe.

-¿Qué te han dicho de Nueva York?

El joven, que estaba vestido de traje y corbata, estaba engarrotado del miedo.

-Las acciones están bajando, dicen que debemos comprar, que éste es el momento- el asistente estaba bien peinado, su vestido de paño era caro, y sus gafas le daban el aire de un broker de Wall Street.

-No compres ahora mi querido Kullt, aunque en la universidad te enseñaron que cuando las acciones bajan es bueno comprar, yo me arriesgo a que estén totalmente en el piso.

El asistente no sabía de dónde cogerse, el helicóptero estaba casi que ladeado.

-Es mejor comprar ahora señor Beryabian, porque esa empresa está colapsando, y si baja más ya no tendrá a quién venderle después todo eso.

-No me importa Kullt, sigue comprando.

El asistente sacó su moderno teléfono celular y dio unas instrucciones.

-¡Bajemos ya! – Beryabian le ordenó al piloto.

El aparato aterrizó en un moderno helipuerto, construido en la mitad del inmenso jardín de una mansión. Dos muchachas del servicio perfectamente uniformadas esperaban con sendos vasos de jugo y hielo.

Beryabian vestía con un saco de cuadros, y un pantalón de color amarillo caqui. Su asistente era joven, tal vez unos diez años menor que su jefe. Albert Kullt había estudiado administración de negocios en la famosa Universidad de Harvard, sus padres eran judíos, y al egresar un profesor lo

recomendó con Pedro Beryabian. Ganaba buen dinero, sin embargo, su jefe era demasiado excéntrico, y algo misterioso.

Al caminar junto a Beryabian rumbo a la mansión, una llamada entró al teléfono móvil de Kultt.

-Ah hola, no te había llamado porque estaba en el helicóptero- dijo el joven ejecutivo, que sabía perfectamente lo que pensaba su jefe de aquellas comunicaciones en el trabajo-. Si quieres podemos vernos por la noche.

Beryabian caminaba tranquilo con su jugo en hielo en una de sus manos, mientras escuchaba atento la conversación de su asistente.

-No puedo amor, estoy ocupado, el señor Beraybian me invitó a almorzar a su casa, y después discutiremos algunos asuntos.

Las dos muchachas del servicio seguían al par de caballeros a cierta distancia, llevando una bandeja. Estaban impecablemente uniformadas de blanco y negro, y generalmente era mujeres atractivas que no pasaban de veinticinco de años de edad.

-Dile a tu amiga que venga, no te preocupes- le soltó Beryabian a su asistente.

Kultt se sonrojó, y le hizo un gesto de negación con su mano.

-Esta noche, está bien, donde siempre amor, un beso- Kultt alargó su boca hacia el teléfono de manera ridícula, lo que ocasionó una mueca de burla por parte de su jefe-. Bueno, adiós.

El joven guardó el aparato en un bolsillo de su chaqueta de paño inglés. Habían llegado a la mansión, por la parte de atrás. La casa era inmensa, y daba la sensación de estar en un viejo castillo medieval, lleno de antigüedades, cuadros, armaduras, floreros, tapetes.

Un salón muy grande, con una mesa alargada, servía como comedor. En uno de los extremos se sentó Beryabian, y en el otro se apoltronó Kultt.

-Debiste invitarla- dijo el magnate.

-No se preocupe señor, es que no aguanta no verme un día.

-Lo entiendo, a esa edad las cosas son apasionantes, o mejor dicho tienen una pasión diferente.

Las dos sirvientas llegaron con unos platos y los pusieron al frente de cada comensal. Pedro las miraba con disimulo, pero era obvio que por su mente transitaban pensamientos poco prudentes.

-¿A qué se dedica tu novia Albert?- preguntó Beryabian, al tiempo que se ajustaba una serie de trapos en su camisa para no ensuciarse.

-Es administradora, como yo- respondió Kullt.

-¿Se conocieron en Harvard?

-Así es.

-¡Qué ternura!- dijo el magnate con algo de burla en el tono de su voz-. ¿Y cuánto llevan de novios?

-Como cinco años.

Kullt se sentía incómodo por la pregunta y por la presencia de las mujeres. Era una escena bizarra, que lo ponía incómodo. No estaba acostumbrado a ese tipo de excentricidades ambivalentes. Los uniformes de las sirvientas eran muy cortos, dejaban ver sus piernas muy arriba de sus rodillas, y los escotes de las blusas eran pronunciados. El joven se sintió como si estuviera en una casa de citas o algo por el estilo, sin embargo Beryabian le daba el toque de seriedad al asunto.

Pedro Hans Beryabian había nacido en Rusia, pero se había criado en Inglaterra, donde su familia se exilió. Acudió a un colegio público en Manchester donde hizo el bachillerato, después ingresó a estudiar economía en el London School of Economics gracias a una beca que consiguió en una agencia de cooperación internacional. Trabajó durante varios años en un banco donde ascendió rápidamente, y después se independizó. El dinero lo empezó a perseguir a él de manera abundante, y se volvió millonario. Un día recibió a un extraño personaje en su oficina, se trataba de un portugués, que se llamaba Carlos Markuas. Un famoso intérprete de música clásica, que quería algunos consejos financieros para invertir su dinero de manera adecuada. Markuas le habló a Beryabian de un extraño grupo de intelectuales, que buscaban romper los límites de la inteligencia. Beryabian se obsesionó con el tema, y se convirtió en un adepto, en un adicto a las actividades de la singular cofradía.

El almuerzo transcurrió de manera incómoda para Albert Kullt, ya que su jefe insistía en preguntarle sobre su vida privada, y las dos mujeres –que le

resultaban muy atractivas- eran un ingrediente que le atormentaba la armonía de la digestión.

Kullt sabía que su jefe frecuentaba extrañas actividades, y era normal entre los millonarios ese tipo de cosas, pero lo que no sabía era que Beryabian estaba metido en una verdadera competencia intelectual donde los límites se agrietaban con facilidad.

El teléfono celular del joven asistente volvió a sonar.

-Está bien, le diré que vas a comprar todo- Kullt se paró de la mesa y anduvo por el lugar mientras hablaba, su jefe lo miraba con diversión-. Sí, es una orden, todo debe comprarse, ¿has escuchado? Todo.

Las dos sirvientas, llamadas Pully y Sandy, trajeron los postres de helado de chocolate y ron con pasas. Beryabian le dedicó una sonrisa pícaro a una de ellas, aunque no fue correspondido del todo.

-Está todo listo señor; Coopers comprará todas las acciones- el joven asistente colgó el teléfono, y con emoción pronunció esas palabras.

Beryabian asintió con su cabeza lentamente mientras partía un poco de helado con una cuchara.

-Llama a tu novia, y dile que venga- dijo.

-No es posible señor, está trabajando.

-No importa, que renuncie, yo la empleo si es el caso.

Kullt sabía que su jefe tenía ese tipo de reacciones a veces. Quería sentirse importante; romper la rutina era parte del trabajo de estar con él.

-¿Para qué quiere que venga?

-Deseo conocerla.

El joven asistente no estaba dispuesto a perder a su novia, ya que una cosa era el trabajo y otra muy distinta era su vida sentimental.

-Señor Beryabian ella es muy joven para usted, y no encaja dentro de sus gustos- dijo esto mirando a Pully, quien en ese momento servía el postre a Kullt.

-Quién sabe, de pronto se enamora de mí y te deja joven Albert.

-De eso estoy seguro, por eso no accedo a su invitación.

Kullt entendió que su jefe le estaba imponiendo un reto mental, y que en realidad no quería conocer a su novia: era sólo un desafío.

-Si la traes por la tarde te doblo el sueldo, y hasta te regalo un nuevo auto ¿qué opinas?

Beryabian acudía a su argumento de poder y dinero para comprar voluntades, era típico en él. Probaba a la gente de ese modo, y quién accedía inmediatamente perdía su respeto.

-Está bien señor Beryabian, pero usted me deja adicionalmente manejar todas sus acciones en Asia.

Kullt volvió a la mesa y probó el postre, su interlocutor estaba impresionado -“*tal vez pueda hablarle sobre los soldados del tiempo dorado*”- pensó.

Pully y Sandy se encontraron paradas nuevamente al lado de la mesa, en actitud de espera.

-¿Quieres acompañarme a la biblioteca mi querido señor Kullt?

Desde que había empezado a trabajar para él, Beryabian jamás lo había llamado de esa forma, como una especie de “*querido señor Watson*” al estilo Sherlock Holmes.

-Vamos a la biblioteca, no me molesten por favor- se dirigió a las mujeres, que asintieron con docilidad.

Un largo tramo tuvieron que surtir hasta llegar a la biblioteca. El recinto era más sencillo, obviamente habían muchos libros, un escritorio, y dos sofás. Beryabian invitó a Kullt a sentarse en uno de ellos.

-¿Qué me dirías si te dijera que pertenezco a un grupo de intelectuales?- el magnate preguntó esto de espaldas a su acompañante, fingiendo que miraba uno de los estantes con libros.

Kullt no se sorprendió, “*una excentricidad más*” pensó. Beryabian era un hombre de extremos, incluso de ese tipo de extremos: los intelectuales.

-¿Qué tipo de grupo?- preguntó sin mucha ansiedad.

-Uno muy atípico, imagínate que siete superdotados mentalmente crean una sociedad para llevar la creación intelectual a extremos impensables, a extremos infinitos, ¿qué opinas?- siguió de espaldas a su interlocutor.

-Lo creo, es factible, pero insisto ¿qué tipo de grupo es ése? ¿Quiénes pertenecen a él?

Beryabian se volvió con cara de enajenado mental, y en su mano había una moneda dorada muy grande que llevaba un extraño dibujo: dos soldados prusianos del siglo XVIII con bayonetas en posición de enfrentamiento.

Albert Kullt jamás había visto algo como eso en toda su vida, y la expresión de su jefe lo puso tenso, lo horrorizó.

-¿Qué es eso señor Beryabian?- preguntó con algo de conmoción en su voz.

-Es el símbolo de "*Los soldados del tiempo dorado*"- al decir esto miró la moneda y sonrió.

-¿Los qué, perdón? – Kullt estaba atónito, jamás había visto una moneda tan grande, y tampoco había presenciado esa transformación tan radical en la expresión de su jefe.

-"*Los soldados del tiempo dorado*" ése es el grupo al que pertenezco, ha sido mi obsesión todos estos años, desde que un músico llamado Carlos Markuas me introdujo en él.

-Markuas, ¿el violinista portugués?

Beryabian se sentó en la silla del escritorio, juntó su manos y posó la mirada en frente de él sin mirar a Kullt, y sin responder a su pregunta.

-Es un grupo muy peculiar, jamás he hablado con nadie de él, pero tú eres especial mi querido Kullt- al decir esto juntó sus manos y las puso contra su rostro.

En ese momento volvió a sonar el teléfono del joven asistente. Dejó que timbrara por algunos segundos, hasta que lo puso al lado de su oído.

-¿Dime? Está bien, se lo diré - habló como saliendo de un trance hipnótico-. Es Coopers, la compañía Ferrs and Hallts es suya señor Beryabian.

El jefe del joven estaba absorto en sus pensamientos, sus ojos estaban cerrados, parecía como si estuviera rezando. Sin embargo, asintió con su cabeza lentamente otra vez, como lo había hecho en el comedor.

-¿Y en qué estábamos señor? En los soldados del...

-En que traerás a tu novia esta tarde a esta casa.

Kullt encontró nuevamente en su habitual estado de ánimo a su jefe. También había salido como de un trance.

-Pero señor, quiero que me cuente más sobre...

-Es un hecho, ¡llámala ya!- su expresión era de sí o sí.

Kullt tomó su teléfono y habló con su novia, que se suponía estaba al otro lado de la línea.

-Dice que no puede venir porque está ocupada, y que este lugar le queda muy lejos.

Beryabian se levantó de su silla, apretó el botón rojo de un intercomunicador que se encontraba en una mesita aledaña al escritorio, y con una sonrisa impartió una orden.

-Señor Schilkz, quiero que busque y traiga a la novia de mi asistente, ¡ahora!

El señor Schilkz era el escolta personal de Beryabian, había trabajado con las Fuerzas Especiales del Ejército Real Británico y con el MI5; posteriormente Beryabian lo contrató para protegerlo.

Kullt supo que nada podía hacer, Schilkz había sido conminado a cumplir con una orden precisa, y no descansaría hasta hacerla realidad. Ese era el lado aburridor del trabajo con Beryabian: sus excentricidades, sus órdenes caprichosas, su ilusión de grandeza, y ahora.... su locura.

El joven ex alumno de Harvard recordó el primer día que conoció a Beryabian, en una extraña noche de una primavera. Schilkz lo había transportado hasta allí en un lujoso carro de color negro, la mansión estaba a oscuras completamente, y de pronto no se escuchó nada, incluso el propio Schilkz se había evaporado. Como aparentemente no había nadie en el piso de abajo, el joven subió unas largas escaleras, y percibió una luz que salía de un cuarto al fondo del pasillo. Kullt saludó varias veces, pero

no obtenía respuesta, entonces siguió caminando, de pronto percibió unas voces, y unas risas.

Una puerta estaba abierta de par en par, y allí fue cuando conoció a Beryabian, quien se encontraba desnudo y haciendo el amor con una de sus sirvientas – para ser más exactos, con Sandy-. Kullt no pudo esconderse, y la sirvienta lo observó de frente con una sonrisa. Beryabian sorprendido se estiró completamente encima de la mujer, y sin mirar al joven le pidió que lo esperara abajo.

En la biblioteca, Beryabian abrió una botella de whisky, le ofreció un trago a su acompañante, y como siempre obtuvo un no como respuesta. Kullt era abstemio, llevaba varios años sin probar un trago, desde los quince años, cuando por andar borracho había atropellado a un niño con el automóvil de su padre.

-Quiero que me siga hablando de la sociedad de intelectuales a la que pertenece.

Beryabian tomaba el whisky, mientras prendía un computador portátil que se hallaba en su escritorio. Cuando el joven insistió en obtener información sobre la sociedad entonces sonrió, se sintió bien consigo mismo, había atraído la atención de su joven asistente. El sería sin duda alguna un buen aporte a los soldados.

-Cuando llegue tu novia te hablaré más sobre ellos.

-Mi novia será despedida de su trabajo, vendrá muy brava, ¿y usted pretende que cuando llegue aquí nos escuche hablar sobre un club de amigos?

-Le conviene escucharnos mi querido amigo Kullt, le conviene nuevamente el sujeto puso una cara de demente, que le daría miedo a cualquiera verlo.

Beryabian miró el computador con sorpresa.

-Parece que mi amiga Laura Quierak y el profesor Ayeztre vienen hacia acá- sus ojos casi se desorbitan cuando dijo esto-. Estaba esperando esta visita desde hace muchos años.

-¿Se refiere a Laura? ¿La ingeniera de Yuzuima Enterprice?

-Exactamente.

-¿Y a qué viene? – el asistente detectó la moneda que le había mostrado Beryabian; estaba puesta encima de uno de los estantes de libros.

-Viene a conocer a tu novia mi querido Kullt.

“¿*Laura Quierak* desea conocer a *Patty*? ¿*Para qué?*” – el joven estaba desconcertado, era cierto que su jefe era extraño y que hacía cosas extrañas todos los días, pero al parecer en ese momento había perdido la razón por completo.

En ese mismo momento, a varios kilómetros de distancia, una pareja se disponía a entrar a un avión. Laura Quierak llevaba sus lentes negros, y Joazen Ayeztre la seguía. El avión era gigante, sin embargo, no viajarían en primera clase. La aeromoza les indicó sus puestos, Ayeztre prefirió hacerse en la silla que daba al pasillo, también le tenía miedo a las alturas. Laura se sentó a su lado.

-¿Le mandaste el mensaje?- preguntó el profesor.

-Se lo remití a su correo electrónico.

-Perfecto, entonces nos estará esperando.

El avión se demoró varios minutos en emprender el vuelo, sería un viaje largo, pero Quierak y Ayeztre estaban impacientes por encontrarse con Pedro Beryabian.

-¿Qué contestó?

-Nada, lo mismo de siempre; que nos espera con cariño, y que nos tiene una sorpresa.

El profesor entornó los ojos, las sorpresas no le gustaban, y mucho menos las que venían de Beryabian. Sin embargo era necesario hacer ese viaje. Las cosas habían cambiando drásticamente y Beryabian debía conocer los hechos.

Laura Quierak abrió una revista que se encontraba en la parte de atrás de la silla que se encontraba delante de ella. La ojeó unos segundos, hasta que llegó a la mitad. Ayeztre trataba de dormir, pero su acompañante le dio un codazo. Al voltear su cabeza hacia la derecha, el profesor se encontró con una fotografía de Laura en vestido de baño.

Capítulo 3

Ernesto Steffens recibió a la señorita Cosiliestre con una sonrisa, como lo hacía con todo el mundo que llegaba a su oficina. La mujer utilizaba un sombrero y un vestido completamente blancos, era elegante. Steffens le pidió educadamente que se sentara.

-Así que viniste- dijo Steffens.

La mujer estaba perfectamente maquillada, su porte era impecable. Sacó un sobre de su bolso y lo puso encima del escritorio.

-Esta es tu recompensa- dijo.

-¿Cuánto dinero hay allí?

-El que acordamos, doscientos mil dólares.

El decano tomó el sobre y lo guardó en uno de los cajones del escritorio.

La mujer le sonrió. Miró la oficina con sutileza.

-¿Ese es Hawking?- levantó la cabeza para mirar el cuadro que se encontraba encima de Steffens.

-Efectivamente.

-El caldero está agradecido con su ayuda. Los soldados del tiempo dorado no podrán hacer nada.

La visitante se puso de pie, y al llegar a la puerta miró a Steffens, el decano sonreía. Su rostro estaba agitado, se veía rojo. Ella le hizo una señal de despedida con la mano, abrió la puerta y caminó por delante de las secretarías, quienes como siempre hablaban por teléfono.

-Hasta pronto- les espetó la mujer.

Las mujeres le hicieron una mueca de sonrisa de educación con el rostro.

La señorita Cosiliestre siguió caminando hasta llegar a las escaleras, al llegar a ellas sacó su teléfono celular.

-Está hecho, es todo tuyo.

Siguió bajando las escaleras, y tomó rumbo hacia al parqueadero. La esperaba un lujoso carro de color plateado. Un chofer uniformado la estaba esperando. Ella entró en el vehículo de manera rápida. El carro arrancó.

Momentos más tarde una explosión sacudió a la universidad. El vehículo plateado aceleró.

-Mozart es mi preferido- advirtió Markuas.

-No lo sé, en mi concepto Bach es mejor.

Markuas bajaba por unas escaleras, con su violín en la mano. Su edificio no tenía ascensor a pesar de tener siete pisos, y él vivía en el sexto. Su vecino era pianista, y trabajaban en la misma orquesta. Precisamente con él era con quien hablaba. Markuas amaba ese edificio, podía comprar un apartamento en otro lugar, pero allí estaba su lugar.

-Mozart compuso mis óperas favoritas, como La flauta mágica, Cossi fan tutte, y Don Juan.

-Pero Bach nos lleva al infinito- el pianista Leonardo Pérez hablaba de los mismo a toda hora, sin embargo su amigo le hacía la conversación, por puro placer musical, decía él.

-Bueno, ¿y qué dices del Réquiem?

-Ahí sí diste en el clavo, porque me recuerda a Bach.

Markuas y el pianista llegaron al primer piso. El portero generalmente los trataba despectivamente porque se vestían siempre de manera muy informal, pensaba que eran músicos callejeros.

-“Es un hecho, en la universidad de T.C.D.M ha ocurrido algo malo, es una explosión, un atentado dinamitero” – se escuchó en la radio que tenía el portero.

Markuas estaba abriendo la puerta que daba a la calle cuando escuchó la noticia.

-¿Qué están diciendo sobre la universidad?- preguntó al portero, que miraba hacia un pequeño televisor que tenía en el piso.

-Como que estalló una bomba, no sé- dijo esto sin mirar a Markuas.

Leonardo Pórez miró a Markuas con inquietud.

-¿Allí no es donde trabajan tus amigos?

Markuas pensó en Ayeztre inmediatamente, pero también en Steffens, los dos eran sus compañeros, aunque este último se había retirado de los soldados hacía rato.

Los dos músicos salieron a la calle. Tomaron un taxi. El conductor escuchaba una canción de salsa, de Héctor Lavoe. Markuas y su acompañante se miraron con complacencia, ambos eran aficionados a Lavoe.

-Señor, nos puede llevar al Teatro de la Estrella del Sur por favor- Pórez tenía un poco de aire para decir esto, ya que su amigo estaba estupefacto todavía-. ¿Y ahora, cómo sabrás si están bien?

-Necesito contactarme con Laura, de manera urgente- dijo Markuas.

-¿Quieres que te preste mi celular?- preguntó Pórez.

-Gracias, está bien- el violinista pensó en muchas cosas a la vez: en Laura, en Ayeztre, en Steffens, en Beryabian, y en... el caldero.

Cogió el aparato que le suministró su amigo, y trató de llamar.

-No contesta, ¿qué habrá pasado?

El chófer del taxi cambió la emisora de manera abrupta, y empezó a sonar lo que parecía una canción discotequera de los años 80.

Ni Pórez ni Markuas se percataron siquiera del asunto.

-Llama a Ayeztre- dijo Pórez.

-No tengo su teléfono, y yo me contacto con él por intermedio de Laura.

-¡Qué guapa es esa mujer!

-Ni que lo digas.

Después de unos minutos llegaron a su destino: el Teatro de la Estrella del Sur. Era un lugar céntrico y muy bonito, allí se estaba presentando la orquesta de Markuas y de Pórez.

-¿Por qué no les mandas un mensaje a su correo electrónico?- el pianista le señaló a Markuas un café internet que había al lado del teatro.

-Me parece bien.

El café internet era atendido por una mujer muy gorda, su cabello estaba tinturado de rubio, y su piel denotaba un acné muy severo.

-Necesito un computador señorita- dijo Markuas.

-El número cuatro está libre- dijo la mujer con una escasa sonrisa.

Pórez y Markuas se dirigieron al computador número cuatro. El violinista se puso al frente del asunto. Tecleó unas palabras y miró a su amigo con sorpresa.

-Es un mensaje de Laura, Steffens está muerto- Markuas se puso pálido, tanto así que casi sale del lugar sin pagarle a la mujer.

Los dos músicos hablaron en la calle.

-Si Steffens está muerto sólo puede significar una cosa: que el caldero empezó a cumplir con sus amenazas- dijo Markuas con los brazos cruzados, y con el violín en el piso.

-¿Qué es el caldero?- Pórez sabía algunas cosas de Markuas, de manera muy tangencial.

-Es un grupo rival a Los soldados del tiempo dorado, se llama El caldero de lava violeta- dijo Markuas temblando.

-¿En qué locuras estás metido Carlos?

-Ni te imaginas.

Los dos hombres entraron al teatro. Una mujer vestida completamente de negro los recibió con un abrazo. Era alta, muy esbelta, y su cabello también negro.

-Llegaron muy temprano- dijo.

Pórez y Markuas se miraron con complicidad. Jamás tomaban un taxi para ir a los ensayos, pero ese día había ocurrido algo excepcional.

La mujer los invitó a tomar un café. Era una persona muy simpática y extrovertida, y además era la dueña del teatro.

En ese momento una llamada entró al teléfono celular de Pórez.

-Sí, un momento, él está acá.

Pórez le pasó el aparato a Markuas.

-Hola Laura, ¿dónde estás?

Al otro lado de la línea Laura Quierak parecía estar angustiada.

-Han asesinado a Steffens- dijo ella con lentitud.

-Sí, he visto tu mensaje, ¿dónde estás?

-Acabo de llegar a Londres, estoy con el profesor Ayeztre.

Markuas supo lo que significaba eso: Pedro Beryabian.

-¿Han sido ellos?- Markuas se puso nervioso, no quería hacer esa pregunta.

-La amenaza era clara, dijeron que empezarían por Steffens, y lo han cumplido.

-Bueno, está bien, me pondré en contacto con los otros, y te avisaremos, un beso- Markuas era mucho más joven que Ayeztre, pero aún así le llevaba varios años a Laura, sin embargo la amaba, y ella también a él.

La señora de negro miraba con atención mientras degustaba una taza de café.

-¿Hay problemas?

-Ninguno Madame Clergh- respondió Markuas.

Adelaida Clergh era francesa, había llegado al país cuando tenía ocho años, su padre era un rico empresario de calzado. Después de algunos años como administradora de los bienes que le había dejado su padre, Madame Clergh decidió hacer su sueño realidad: construir un teatro.

-¿Has hablado con Laura?- generalmente a Madame Clergh le gustaba preguntar esas cosas por pura curiosidad, como decía ella.

-Sí, está en Londres.

-Oh, qué bueno, cuando vuelvas a hablar con ella dale un saludo de mi parte, esa mujer es encantadora- al decir esto Madame Clergh se retiró para hablar con otros músicos que habían llegado.

Pórez y Markuas debían ponerse a ensayar, sin embargo, el violinista no estaba pensando en eso, su mente en ese momento recordaba el único contacto que había tenido con El caldero de lava violeta.

Una noche, después de un concierto, al llegar con el pianista a su apartamento encontró a una mujer vestida completamente de blanco, y junto a ella un sujeto uniformado como chofer.

Pórez no los percibió como gente peligrosa, y Markuas tampoco.

-¿En qué les puedo ayudar?- preguntó el violinista, muy agotado.

-¿Usted es Carlos Markuas?- la mujer de blanco estaba impecable, su voz era dulce.

-Sí, ¿qué desean?- Markuas pensaba que eran un par de aficionados a su música.

-Hablar con usted- dijo la mujer.

Leonardo Pórez no percibió nada extraño en el asunto y decidió entrar rápido a su apartamento, después de despedirse de su amigo. Markuas intuyó todo lo contrario y mentalmente quiso que el pianista no se fuera.

Una vez se cerró la puerta del otro apartamento la mujer sacó un pequeño revólver, era casi mínimo, insignificante. Lo extraño era que ella seguía sonriendo como si nada estuviera ocurriendo.

-¡No tengo nada de valor!- dijo Markuas casi gritando, esperando que su amigo lo escuchara.

La mujer apuntó el arma con mayor firmeza, directamente al centro de la frente de Markuas.

-Señor Markuas es mejor que se calle- dijo ella con voz casi que inaudible. Su acompañante simplemente miraba lo que estaba ocurriendo de manera impasible.

-¿Qué quieren entonces?-Markuas empezó a retroceder buscando las escaleras por las que había llegado.

-Deseamos una información, una clave- dijo la mujer.

Markuas empezó a entender todo lo que ocurría y supo la identidad de la mujer, sus rodillas empezaron a temblar.

En ese momento, la puerta del apartamento del Pórez se abrió de par en par y un perro negro amenazante se lanzó como fiera contra la mujer y el individuo que la acompañaba. Ninguno de los dos pudo hacer nada, y el animal se aferró al brazo de la mujer con brusquedad, Markuas bajó despavorido por las escaleras, y escuchó que unos pasos lo seguían. Miró hacia atrás, vio que la mujer y el acompañante también corrían por las escaleras, y mucho más atrás el perro negro ladraba como loco siguiéndolos con tenacidad.

Markuas bajó las escaleras hasta el primer piso. El portero no estaba, así que se escondió detrás del recibidor. Segundos después observó que la pareja que lo había amenazado corría hacia la puerta del edificio, lograron abrirla con rapidez y cerrarla justo antes de que perro se les volviera a lanzar.

El músico pensó en la identidad de sus atacantes: *“La señorita Cosiliestre y su chofer”*. Su amigo bajó segundos después.

-¿Estás bien?- le preguntó Pórez a Markuas.

-Sí, eran unos vulgares ladrones, querían la clave de mi cuenta bancaria- dijo el músico con nerviosismo, sin embargo, él sabía que la pareja quería otra clave, una mucho más importante.

“El caldero de lava violeta está detrás de la clave”- pensó Markuas en ese instante.

Los recuerdos de Markuas fueron aplazados, Pórez se estaba dirigiendo adentro del teatro para ensayar, él debía hacer lo mismo.

-Encontrar un taxi, por acá es difícil- dijo Ayeztre a su acompañante.

-Ni tanto profesor, lo que ocurre es que aquí en Heathrow las cosas son más ordenadas- Laura estaba haciendo una seña con su mano a un vehículo.

El taxi paró justo en frente de ellos, el chofer era un hombre calvo, de bigote tupido y una barriga prominente.

La pareja ingresó al automóvil.

-¿No traen maletas?- preguntó el hombre.

Laura Quierak sólo movió la cabeza, respondiendo negativamente la pregunta.

-¿Adónde van?

-Nos puede llevar a Mitsglosther, por favor- Laura miró a Ayeztre al decir esto, el profesor parecía estar en otro planeta, lucía preocupado.

Después de hora y media, el taxi llegó hasta la puerta principal de lo que parecía ser una mansión. Había una reja negra y un muro de ladrillo en la entrada. El taxista miró hacia atrás.

-¿Qué hago ahora?- preguntó.

-Espere un momento- Laura salió del vehículo y fue hasta la reja, al lado izquierdo había una especie de intercomunicador.

Apretó un botón blanco. Del aparato salió una voz.

-¿Eres tú Laura?- la voz de Beryabian era inconfundible.

-En efecto mi querido Pedro- dijo Laura, disimulando una sonrisa.

-Muy bien, los estaba esperando- al decir esto sonó un pitido y la reja negra comenzó a abrirse.

Laura entró nuevamente al taxi, y el vehículo ingresó en la propiedad de Pedro Beryabian. Después de recorrer un extenso jardín llegaron hasta una enorme casa, que parecía un castillo. En la puerta estaba Beryabian, y junto a él un joven de traje y corbata miraba con curiosidad.

-¡Mi querida Laura, qué gusto tenerte por estas tierras!- Beryabian abrió sus brazos hacia la mujer-. ¡Profesor Ayeztre, un placer como siempre!

Todos entraron a la casa. Beryabian les ofreció un trago a sus invitados después de haberles presentado a su joven asistente. Albert Kullt quedó impresionado con Laura Quierak, su jefe se dio cuenta al instante.

-No la mires mucho mi querido Kullt- dijo Beryabian en voz baja-. Está enamorada de un músico.

En ese instante llegó Schilkz. Llevaba el cabello muy corto, era un hombre alto y fornido, vestido también de traje de paño y corbata. Su rostro era inexpresivo.

-Oh, has llegado, ¿trajiste lo que te pedí?- Beryabian observó que una mujer flaca y desgarbada entraba por la puerta de la mansión.

Kullt miró aterrado. Era su novia. Corrió hacia ella.

-Hola Patty- dijo Kullt totalmente ruborizado.

La mujer sonreía, y le dio un beso en la boca. El joven respiró tranquilo.

-Tu jefe es extraño- le dijo Patty a su novio en voz baja.

-Sí, ¿cómo hicieron para traerte?-Kullt le habló al oído.

-Tu jefe conoce a mi jefe- Patty sonreía al ver que Beryabian ya se encontraba junto a ellos.

-¿Tú debes ser Patty?- Beryabian parecía divertirse con la situación.

En la sala, Laura Quierak y Joazen Ayeztre miraban la decoración. Una armadura presidía el lugar.

-Les presento a la novia de mis asistente- Beryabian apareció junto a Patty y Kullt-. Por cierto, quiero que estos dos sean los nuevos soldados del tiempo dorado.

Laura Quierak y Joazen Ayeztre miraron con estupor.

-¿A qué te refieres Pedro?- preguntó el profesor.

-¿No has entendido lo que dije?- Beryabian pareció molestarse con la pregunta-. ¡Quiero que estas dos personas sean nuevos soldados!

-¿Y las reglas? – Ayeztre también se había molestado.

-Las reglas han cambiado, mi querido profesor.

Capítulo 4

El barón Baidebaikel caminaba ayudado por sus muletas. El corredor del Club del Diamante M. era muy largo, sin embargo, el barón amaba ese lugar. La alfombra de color rojo le recordaba su infancia, el internado en Suiza, y su paso por la Real Armada. Su pierna derecha tenía que hacer un gran esfuerzo ya que la izquierda no estaba, el barón Baidebaikel la había perdido en un horrible accidente automovilístico donde también se le había explotado el ojo izquierdo. Como si fuera poco todo esto, su mano derecha permanecía inmóvil todo el tiempo. Su aspecto físico parecía como el de un pirata, todo vestido de negro y con el cabello largo. Era alto, y estaba a punto de entrar a la vejez.

Una mujer vestida de blanco lo esperaba a la entrada de un salón. El barón caminaba lentamente, aunque la mujer no le ayudaba y le sonreía con timidez.

-Señorita Cosiliestre espero que me traiga buenas noticias- el barón pasó al lado de ella sin mirarla.

La mujer lo siguió hasta que se sentaron en un par de sofás.

-Barón, está hecho, Steffens ha sido eliminado.

Un mesero llegó hasta donde ellos se encontraban. El barón lo miró con desdén.

-Tráigame una ginebra con jugo de betabel- le dijo el barón.

-¿La señora que desea?- el joven mesero quería irse inmediatamente de allí, el barón le producía terror.

-Un vaso de agua, si es tan amable.

El mesero le hizo una pequeña reverencia al barón y salió de allí con rapidez.

-¿Tiene la clave?- el barón miraba a la señorita Cosiliestre directamente a los ojos.

-Steffens me la suministró hace algunos días- la mujer puso sobre una mesa un papel blanco doblado por la mitad.

-¿Y es auténtica?

-No la he probado.

El barón Baidebaikel miró a la mujer con fastidio, esperó unos momentos en silencio para continuar hablando.

-¿Cuál es la clave?

La mujer tomó nuevamente el papel, lo desdobló y leyó su contenido.

-La clave es WOLFGANG.

El barón sonrió para sí mismo. "*Carlos Markuas es el guardián del secreto*" pensó.

-Quiero que pruebe esta clave señorita Cosiliestre, de inmediato.

-Así lo haré barón Baidebaikel- la mujer dijo esto con nerviosismo.

El mesero volvió con dos vasos. Los puso sobre la mesa. Una vez hizo esto se retiró rápidamente.

-¿Qué ha pasado con Beryabian?- el barón agarró su vaso lentamente y tomó un poco de su contenido.

-Ese hombre está loco, es un perverso, gasta su fortuna en cosas innecesarias, y...

El barón puso un dedo sobre su boca, como ordenándole que se callara.

-No lo subestime señorita Cosiliestre, Pedro Hans Beryabian fue compañero mío en la universidad, su coeficiente mental es altísimo, y es una persona de la cual hay que cuidarse. No en vano es el líder de Los soldados del tiempo dorado.

La mujer hizo una mueca de incomodidad al escuchar esas últimas palabras. Los soldados del tiempo dorado eran sus enemigos, sus rivales, había jurado eliminarlos a todos.

Jaimana Cosiliestre era norteamericana, su padre era uruguayo, estudió artes marciales en Corea del Sur, y se había integrado a El caldero de lava violeta en Inglaterra. El barón Baidebaikel la había reclutado durante un torneo de esgrima.

-Si usted lo dice barón.

A Henry Gans Baidebaikel no le gustaba que sus subordinados lo trataran con condescendencia, detestaba eso.

-Señorita Cosiliestre, sé que acaba de llegar a Londres pero necesito que pruebe esa clave, mi avión particular está a su disposición nuevamente.

El barón se paró del sofá y empezó a caminar tortuosamente, nunca quiso ponerse una prótesis en su pierna faltante y eso le dificultaba caminar. La mujer trató de ayudarlo, pero él nunca quería que le facilitaran las cosas.

-Cuando tenga noticias, vuelva a ponerse en contacto conmigo.

El parche que le cubría el ojo izquierdo, fue lo último que vio de la cara del barón Baidebaikel la señorita Cosiliestre. Ella se paró de su silla y esperó hasta que él abandonara el sitio completamente.

“Debo volver a visitar a Carlos Markuas” pensó la mujer. Se mantuvo estática, y mientras tanto observó a aquella figura humana vestida de negro cruzar el corredor del Club del Diamante M.

-¿Te has vuelto loco Pedro?- Laura Quierak hablaba con Beryabian en la biblioteca de la mansión. Joazen Ayeztre miraba cómo la mujer recriminaba a su anfitrión-. ¡Los soldados del tiempo dorado no pueden recibir a ese par de muchachos, estás incumpliendo las reglas!

-¡Mira Laura, yo soy el Presidente, y creo que ellos dos nos pueden ser de mucha utilidad!- Beryabian se había salido de casillas.

-Lo que dice ella es cierto señor Beryabian, las reglas que hicimos los fundadores impiden que nuevos candidatos ingresen sin la aprobación de la Junta General- dijo Ayeztre con firmeza.

-¡Pero éste es un caso excepcional, los del caldero nos tienen acorralados y estos dos nos pueden servir en la batalla!- gritaba Beryabian totalmente exaltado.

-Creo que debes llamar a Alberto Pierto y a Carlos Markuas- dijo Laura tratando de calmarse-. Ellos dos son los otros miembros de la Junta.

-¡Siempre pensando en tu amado!- dijo Beryabian irónicamente.

-No digas eso Pedro, mi relación con Carlos no tiene nada que ver en este asunto- Laura dijo esto con nostalgia, estaba muy lejos de él.

-Es lo correcto, comparto la postura de Laura- dijo Ayeztre.

Pedro Beryabian tomó su teléfono celular y empezó a marcar unos números, sin embargo de un momento a otro dejó nuevamente el aparato sobre el escritorio de la biblioteca.

-Ernesto Steffens nos estaba traicionando- dijo en voz baja.

-¿Qué dices Pedro?- preguntó Laura con incredulidad-. Si así fuera, el profesor Ayeztre lo sabría.

La mujer se volvió hacia el profesor, quien parecía estar totalmente paralizado del miedo.

-Es verdad Laura, el decano Steffens jamás nos perdonó por expulsarlo de Los soldados del tiempo dorado, y al parecer le ha dado información a la gente del barón Baidebaikel- el profesor le había ocultado esa información, y por eso dijo aquello casi que con vergüenza.- Discúlpame.

Laura estaba en shock, el profesor Ayeztre jamás le había ocultado información, salvo el motivo por el cual habían expulsado a Steffens de los soldados.

-Steffens siempre fue traidor Laura, no vale la pena que preguntes más cosas sobre él- dijo Beryabian-. Es por eso que quiero incluir a estos dos muchachos en la sociedad.

-No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra- espetó la mujer.

-Mucho. Albert Kullt ha sido mi asistente todos estos años, y su novia es Patrice Wondar- Beryabian sonrió al finalizar la frase.

Ayeztre y Laura se quedaron sin palabras, miraron a Beryabian con sorpresa.

-Es muy peligroso Pedro, el barón Baidebaikel seguramente los tratará de destruir- dijo Ayeztre.

-No lo creo, Kullt es muy inteligente y su novia....

-Ya entiendo lo que tratás de hacer, y creo que nos podemos arriesgar- Laura sonrió también.

-Como uno de los fundadores de la sociedad, creo que puedo considerar hacer una excepción en cuanto a los reglamentos de admisión de nuevos miembros- Ayeztre también entendió la estrategia de Beryabian.

-Muy bien, llamaré a los jóvenes para la ceremonia de ingreso formal a la sociedad.

Minutos después Albert Kullt y su novia se encontraban en la biblioteca de Beryabian. Ayeztre y Laura Quierak los observaban con curiosidad.

-Muchachos, tengo que mostrarles algo importante- dijo Beryabian.

El magnate tomó la moneda de oro que estaba en uno de los estantes, la colocó encima de un hueco circular que había en la pared del fondo de la biblioteca, al otro lado de donde estaba el escritorio. Inmediatamente la pared se empezó a mover hacia el lado derecho, dejando ver una sala en penumbras.

Beryabian entró en la sala, desapareciendo de la vista de los visitantes. De pronto la sala se iluminó.

-Entren por favor- dijo Beryabian.

Ayeztre y Laura les indicaron a los jóvenes que ingresaran al sitio donde estaba Beryabian. Kullt y Patrice estaban nerviosos e impresionados.

“Otra locura de mi jefe, espero que esto no se vuelva una orgía o algo así” pensó el joven asistente.

Los jóvenes ingresaron a la sala, seguidos por Laura y por Ayeztre. Cuando entró este último la pared volvió a cerrarse.

El lugar era inmenso, habían unos extraños cuadros en las paredes, y en el fondo había una silla, donde se sentó Beryabian. Detrás de la silla, en la pared estaba el mismo dibujo que figuraba en la moneda dorada de la biblioteca, pero mucho más grande: dos soldados prusianos del siglo XVIII aparentemente enfrentados uno contra el otro, con dos bayonetas entrecruzadas.

-Albert Kullt y Patrice Wondar, ¡bienvenidos a la sala de reuniones de Los soldados del tiempo dorado!- dijo Beryabian solemnemente-. ¿Quieren ingresar a nuestra sociedad?

Los dos jóvenes se miraron mutuamente con terror. Estaban aferrados mutuamente de la mano, parecía como si quisieran salir corriendo de allí.

“*Esto está de locos*” pensaba Kullt.

-Muchachos, no se preocupen- dijo Laura-. Yo les voy a contar la historia.

-Señor Beryabian, queremos irnos de aquí, por favor, no le diremos a nadie sobre esto- dijo Kullt en tono lloroso y de desesperación.

-Hace como treinta años- Laura comenzó a hablar con solemnidad-. Un grupo de siete jóvenes decidieron crear un grupo de debate y búsqueda intelectual. El grupo quería que la gente volviera a ese siglo donde la luz de la razón y la cultura iniciaron varios cambios en el mundo. El siglo XVIII, el siglo de Mozart, de Goethe, de la revolución norteamericana, de la revolución francesa, de Voltaire, de Diderot. El siglo de Federico...

Albert Kullt y Patrice Wondar se relajaron un poco al escuchar las palabras de Laura.

-...de Prusia, y de muchos otros intelectuales. La sociedad fue bautizada como *Los soldados del tiempo dorado*, en honor a ese siglo. Tomaron como símbolo de la sociedad a los guardias prusianos que ustedes pueden ver en ese dibujo. De hecho, uno de esos jóvenes se encuentra aquí – señaló al profesor Ayeztre con la mano-. La sociedad tuvo mucho éxito, sin embargo, fue tanta la obsesión con esto, que decidieron llevar las cosas a los extremos. Iniciaron investigaciones exhaustivas sobre ese siglo, y

empezaron a jugar unos con otros a través de unos retos de inteligencia y de investigación. El objetivo era imponerse unas pruebas para demostrarse mutuamente que eran dignos de pertenecer a la sociedad....

-Disculpe un minuto señorita- dijo Kullt- ¿Por qué quiere que nosotros ingresemos a su sociedad?

-Ahí está el punto, mi estimado joven- interrumpió Beryabian-. Ustedes tienen algo que nosotros necesitamos para resolver un problemita con cierto grupito.

-¿Cómo es eso?- Patrice Wondar habló por primera vez, desde que había llegado a ese lugar.

-Los soldados del tiempo dorado descubrieron cinco secretos importantes en medio de sus juegos intelectuales- continuó Laura-. Cinco secretos que podían volver multimillonario a cualquier persona, sin embargo, como su objetivo no era ése, juraron no contarle jamás esos secretos a nadie salvo al guardián.

-¿Y me imagino que el guardián es usted señor Beryabian?- preguntó Kullt en tono irónico.

-Muy chistoso, mi estimado Kullt, pero no; el guardián de los secretos de Los soldados del tiempo dorado no soy yo, es otra persona- dijo Beryabian.

-¿Quién es?- Patrice volvió a musitar palabra.

-No se lo podemos decir señorita Wondar, sólo los miembros de la sociedad sabemos quién es el guardián de los secretos- contestó el magnate.

-Pero la cosa no para ahí- dijo Laura-. Desafortunadamente uno de esos secretos tiene ver con la familia de cierto personaje llamado el barón Baidebaikel, quién descubrió la existencia de la sociedad y ha hecho todo lo posible por destruirla. Para llevar a cabo ese propósito creó un grupo denominado El caldero de lava violeta.

-¿El caldero de qué?- Kullt pensó que todo eso era una broma.

-De lava violeta- completó Beryabian-. El tipo está como chiflado, me refiero al dichoso barón, que entre otras cosas estudió conmigo en la misma universidad. Y pues, sus compinches tienen la misión de asesinarlos y descubrir los secretos.

-¿Qué secreto es tan terrible como para que una persona quiera asesinarlos a ustedes?- Kullt empezó a preocuparse.

-No lo sabemos, o mejor dicho, sólo uno de los miembros de la sociedad conoce ese secreto- continuó Laura.

-¡Vaya! ¿Y nosotros qué tenemos que ver con esto, vuelvo a preguntar?

Kullt ya no se sintió cómodo, al escuchar la palabra “asesinarlos” se puso bastante tenso.

-El barón Baidebaikel no los conoce a ustedes, y por lo tanto, podrían ser los nuevos guardianes de los secretos- dijo Beryabian.

-Pero si todos o algunos miembros de la sociedad descubrieron esos secretos, ¿por qué sólo uno de ustedes los puede conocer?- cuestionó Kullt.

-De hecho, sólo uno de los miembros descubrió esos cinco secretos: Lugo Pertelo- Joazen Ayestre intervino en la reunión, con cierta nostalgia.

-¿Y por qué él no es el guardián de los secretos que descubrió?- Kullt se estaba impacientando.

-Porque está muerto mi estimado Kullt- aseguró Beryabian-. Antes de morir le transmitió sus conocimientos a uno de Los soldados del tiempo dorado, y esa persona se convirtió en el guardián.

-Creemos, sin embargo, que el barón Baidebaikel sabe la identidad del guardián, y al parecer ha tratado de obtener la información.

Laura Quierak dijo esto con pesar, ya que su amado era el guardián: el músico de origen portugués Carlos Markuas.

Albert Kullt empezó a sospechar que su vida sería muy distinta a partir de ese momento; ya que si se negaba a entrar a la sociedad su jefe tal vez lo despediría, y si aceptaba tendría un montón de asesinos siguiéndolo a él y a su novia. La perspectiva era horrible, pero era preferible quedarse sin ese empleo que le reportaba decenas de miles de dólares al mes que poner su vida en peligro.

-Señor Beryabian yo le estimo mucho y le agradezco todo lo que me ha dado en los últimos años, pero la verdad no quiero tener que lidiar con secretos, ni con sociedades secretas, ni con asesinos, y creo que Patty tampoco, por eso no aceptamos su ofrecimiento- Kullt tembló al decir esto, agarrando adicionalmente a su novia con una fuerza inusitada.

Joazen Ayeztre sabía que eso iba a suceder, y tuvo que intervenir a su pesar.

-Patrice, su padre es Julius Wondar ¿no es cierto?- preguntó el profesor.

-Así es, ¿qué pasa? ¿Cómo lo sabe?- Kullt y su novia ya estaban parados al lado de la puerta de la sala, hasta que la muchacha preguntó eso.

-Julius Wondar es miembro de Los conejos de piel plateada- espetó Ayeztre.

“*Más locuras*”- pensó Kullt.

-¿Qué es eso?- preguntó Patrice.

-Nuestra salvación señorita Wondar, nuestra salvación- aseguró Beryabian.

Capítulo 5

Alberto Pierto paseaba con su perro de raza basset hound por el parque, le gustaba hacer eso antes de llegar a su oficina de abogados. Gommy -así se llamaba el animalito- olía cada uno de los recodos del camino. Pierto llevaba el perro a pasear, lo devolvía después a su apartamento en Manhattan, y después se iba para la oficina. Era socio de un prestigioso bufete denominado Collins, Berman y Harson. Pierto era argentino, pero había estudiado Leyes en la prestigiosa Universidad de Yale, y vivía en Nueva York desde hacía varios años.

Gommy era tricolor: café, blanco y negro; el perro era la única compañía de Pierto, ya que no le quedaba tiempo para hacer relaciones públicas debido al enorme trabajo que tenía. Al salir del parque, un extraño hombre se le acercó. El sujeto llevaba un sombrero y una gabardina de color gris. Se parecía a Humphrey Bogart.

-El barón quiere hablar con usted señor Pierto- el individuo llevaba las manos en los bolsillos de la gabardina, y usaba gafas negras.

Pierto parecía conocerlo, sin embargo, no desaceleró la marcha.

-Dígale al barón que estoy harto de sus amenazas y de sus jueguitos- Pierto ni siquiera le dirigió la mirada a su interlocutor.

-El barón sabe que usted necesita de él- dijo el sujeto de la gabardina en tono amenazante-. Es más, dice que si usted no colabora, él podría hablar con sus socios del bufete.

Gommy empezó a caminar más de prisa, Pierto parecía como si el perro lo estuviera jalando y no al revés.

-Mis socios me conocen muy bien, nunca le creerán nada a ese adefesio que se dice ser un barón.

El sujeto de la gabardina sacó un arma, más exactamente un revólver, y lo empujó contra la espalda de Pierto.

-No grite, ni diga nada, y haga lo que yo le diga- el hombre de la gabardina le susurró esto al oído.

Pierto iba vestido de traje y corbata, su perro no pareció enterarse de lo que estaba pasando. Al lado de ellos pasaba mucha gente trotando, caminando, o haciendo ejercicio, pero tampoco se percataron de la situación.

-En el centro de Nueva York hay muchos policías, si dispara lo detendrán al instante.

En ese momento el hombre de la gabardina apretó el gatillo. Sonó un único disparo sordo. Alberto Pierto sintió una ráfaga caliente en su espalda y un dolor intenso. Después se desplomó. Gommy empezó a ladrar desesperadamente. Las personas que estaban alrededor se dieron cuenta de la situación e inmediatamente se dirigieron hasta donde estaba el abogado. El hombre de la gabardina se esfumó en cuestión de segundos.

Pierto sintió que todas sus fuerzas se esfumaban, y que la sangre brotaba de manera abundante. Moriría en pocos minutos.

Patrice Wondar jamás escuchó que su padre perteneciera a un grupo denominado como Los conejos de piel plateada, era absurdo. De hecho, Julius Wondar era la persona más asocial del mundo, era un afamado pintor que jamás salía de su estudio en Londres.

Kullt trataba de abrir la pared corrediza con sus manos, pero sus esfuerzos eran infructuosos. Beryabian parecía divertirse al ver los esfuerzos de su asistente para poder salir.

-Mi querido Kullt, ¿qué haces, te puedes lastimar?- dijo Beryabian-. Todavía no hemos acabado la historia.

-Ya he escuchado suficiente señor Beryabian, ¡ustedes están dementes!- Kullt estaba fuera de sus casillas.

-¿Qué son Los conejos de piel plateada?- preguntó Patty.

Kullt entornó los ojos como si estuviera desesperado.

-¿Qué importa eso mi amor? ¿No ves que todo esto son inventos? ¡Señor Beryabian le exijo que me deje salir! – Kullt se aproximó hasta donde estaba su jefe.

Joazen Ayeztre se acercó hasta el joven y le puso una mano sobre el hombro.

-Los conejos de piel plateada son un grupo muy similar a Los soldados del tiempo dorado, con una sola diferencia: conocen el paradero del fundador de El caldero de lava violeta- dijo el profesor.

-¿Pero no dijeron ustedes que fue el barón Bai no sé qué cosas el que fundó ese grupo? – preguntó Kullt un poco más calmado.

-En parte sí en parte no- dijo Laura-. El barón Baidebaikel fue uno de los iniciadores de El caldero de lava violeta, pero en realidad no fue él quien lo fundó del todo.

-¿Entonces quién fue el que...?- Kullt volvió a sentirse desesperado.

-Un extraño hombre llamado Berxexas Jarrmas- afirmó Beryabian mirando a Patty con malicia.

-¿Qué ha dicho usted? – Patrice Wondar abrió sus ojos con sorpresa.

-¿Le suena conocido ese nombre señorita Wondar?- preguntó Beryabian.

-Desde luego, Berxexas Jarrmas fue el mentor de mi padre, fue quien le enseñó a pintar- Patrice Wondar miró fijamente a su novio con temor.

-El señor Jarrmas está involucrado de alguna forma en uno de los cinco secretos, y al igual que el barón Baidebaikel quiere borrar del mapa a Los soldados del tiempo dorado- dijo Laura Quierak.

-Ya lo empiezo a entender- dijo Patrice Wondar-. Berxexas Jarrmas desapareció hace cinco años sin dejar señal alguna.

Kullt miraba atónito la situación, parecía como si su novia se estuviera entusiasmando con todo ese enredo.

-Jarrmas y el barón Baidebaikel se enfrentaron por alguna razón, y aquél tuvo que huir a algún lado ya que el barón fue quien tomó el control de El caldero de lava violeta- manifestó Laura.

-Al parecer Jarrmas traicionó al barón Baidebaikel, y fundó Los conejos de piel plateada- agregó Beryabian.

La entrada empezó a moverse, una luz inundó la sala. Un hombre de contextura gruesa penetró en el lugar, se trataba de Schilkz.

-Disculpe señor Beryabian, pero hay malas noticias- el escolta traía un papel en la mano.

-¿Qué ocurre señor Schilkz? ¿Por qué me interrumpe?- el magnate parecía muy contrariado.

-Ha llegado un fax de Nueva York- dijo el hombre con total frialdad.

Beryabian agarró el papel que traía su escolta, y lo leyó.

-¡Oh Dios mío, han matado a Pierto!- el magnate se tapó el rostro con una de sus manos.

Laura Quierak y Joazen Ayeztre quedaron paralizados, no musitaron una sola palabra.

Kullt aprovechó la oportunidad para salir corriendo del lugar, su novia no pudo hacer nada para detenerlo.

-¡Déjelo ir señorita Wondar! ¡Schilkz no lo dejes salir de la propiedad!- gritó Beryabian con autoridad.

El escolta caminó sin precipitarse nuevamente hacia la salida. La pared permaneció abierta.

-¿Entiende ahora para qué la queremos señorita Wondar?- preguntó Ayeztre.

Patrice Wondar parecía sumergida en un mar de pensamientos, su padre era pintor y era el discípulo favorito de Berxexas Jarrmas, uno de los mejores artistas de Europa. Durante los últimos cinco años no se había vuelto a saber nada de Jarrmas, muchos decían que se había vuelto loco o que tal vez estaba muerto.

-Mi padre tiene un cuadro muy raro en la sala, se trata de dos conejos plateados- dijo Wondar como si estuviera despertando de un sueño.

-Es el símbolo de ese grupo- añadió Laura.

-Los conejos de piel plateada conocen, como ya le dije, el paradero de Jarrmas- afirmó Ayeztre.

Albert Kullt entró nuevamente a la sala. Schilkz lo traía agarrado de un brazo. El escolta lo soltó y salió de nuevo. La pared comenzó a moverse hasta cerrarse por completo.

-Mi estimado señor Kullt, ¡cálmese por favor! ¡Y siéntese!- Beryabian le mostró a Kullt una silla que había al lado de una de las paredes de la sala.

El joven asistente tomó asiento, haciendo caso con obediencia.

-Señorita Wondar su padre tiene una información muy valiosa: el paradero de Jarrmas, la persona que eventualmente podría poner en apuros al barón Baidebaikel- dijo Beryabian-. Y si no lo paramos tal vez nos maten a todos.

-En las últimas veinticuatro horas ha asesinado a un ex miembro y a un miembro de la Junta General de nuestra sociedad- dijo Laura con preocupación, pensando en Markuas.

-¿Cómo quieren que yo los ayude?- preguntó Wondar.

-Tu padre debe saber el paradero de Jarrmas, es necesario que de alguna forma averigües esa información – intervino Ayeztre con calma.

-¿Así que usted me contrató por mi novia?- Kullt preguntó con indignación a su jefe.

-Está equivocado mi estimado Albert, sólo hace unos días obtuve esa información- advirtió Beryabian con calma-. Cuando te contraté no sabía que tu novia era hija de Julius Wondar.

El joven asistente volvió a animarse, aunque sólo por un instante.

-¿Y si Jarrmas está muerto?- preguntó Patty.

-No lo creo señorita Wondar- dijo Ayeztre-. Nuestros informes dicen que está vivo, pero no sabemos en dónde se encuentra. Es necesario que nos ayude, su padre también podría estar en peligro.

-¿Por qué estaría el padre de Patty en peligro?- preguntó Kullt.

-El barón Baidebaikel podría pensar también que Julius Wondar sabe el paradero de Jarrmas- dijo Ayeztre.

Kullt sabía que su novia haría todo lo que estuviera a su disposición para salvar a su padre.

-¿Cómo haría yo para saber si mi padre conoce esa información?- Patrice Wondar imaginó en ese momento las cosas más horribles que pudieran suceder.

-Su padre debe tener alguna caja fuerte o algo por el estilo donde guarda cosas importantes- aseguró Beryabian.

-No, en la casa no hay nada de eso señor Beryabian- respondió Patty.

-¿Pero dice que hay un cuadro de dos conejos plateados en la sala?- Laura Quierak estaba sospechando que efectivamente Julius Wondar sí tenía esa información.

-Es cierto, pero no hay ni caja fuerte ni nada por el estilo- dijo Patty.

-Debemos ir a su casa señorita Wondar- Beryabian se paró de la silla y se acercó hasta donde estaba la novia de Kullt.

-No entiendo, ¿para qué?- musitó Patty con sorpresa.

-Debemos registrarla, tal vez su padre dejó algún rastro sobre el paradero de Jarrmas- Beryabian le habló a Patty muy cerca de su rostro. Kullt se sintió algo molesto.

-Esto es importante, mucha gente está en peligro- afirmó Laura.

-Sólo tengo una pregunta, ¿qué son Los conejos de piel plateada?-preguntó Kullt desde donde estaba sentado.

Esta vez Beryabian se acercó hasta donde estaba el joven asistente.

-Bexexas Jarrmas abandonó El caldero de lava violeta, presumimos que con información valiosa sobre el barón Baidebaikel, al hacerlo, creó un nuevo grupo para su propia protección- dijo Beryabian.

-¿Por qué le colocó ese nombre tan infantil?-Patty miró el dibujo de los soldados prusianos que se encontraba presidiendo la sala.

-Según hemos investigado, Jarrmas es aficionado a cazar animales, sobre todo conejos; y como él se sintió perseguido al traicionar al barón Baidebaikel, posiblemente le recordó los conejos de las cacerías- dijo Ayeztre.

-Debemos ir hasta su casa - aseguró Laura con urgencia, dirigiéndose a Patty.

-¿Quiénes vamos a ir?- preguntó Kullt sin mucho entusiasmo.

-Todos los que estamos en esta sala, y Schilkz por supuesto- aseguró Beryabian.

-¿Seis personas para buscar una dirección?- Kullt no salía de su sensación de incomodidad.

-No hay otra forma- Laura Quierak empezó a desesperarse con la actitud del joven asistente.

Beryabian accionó un botón que se encontraba en una de las paredes laterales. Inmediatamente se abrió la puerta de la sala.

-Ah, se me olvidaba decirles algo a ustedes dos- dijo el magnate mirando a Kullt y a su novia-. Ahora son miembros de Los soldados del tiempo dorado.

-¿Y por qué? ¿Si no hemos presentado ninguna solicitud de admisión o algo así?- Kullt estaba sorprendido y muerto de miedo.

-Ahora conocen muchas cosas, que sólo los miembros de la sociedad pueden saber- dijo Ayeztre, dándole una palmada en el hombro a Kullt.

-Una última pregunta- dijo Patty, cuando todos estaban a punto de salir de la sala-. ¿Y por qué no le preguntan al guardián de los secretos la información que tiene sobre el barón Baidebaikel?

Beryabian había salido del lugar, y se encontraba en la biblioteca.

-Por seguridad señorita Wondar, por seguridad- dijo Ayeztre-. El guardián de los secretos prometió jamás revelar lo que sabe a nadie, hasta que sea designado por él mismo otro guardián.

Laura Quierak tuvo ganas de llorar, Carlos Markuas estaba en grave peligro, y él lo sabía.

Todos abandonaron la sala, inmediatamente la pared volvió a su lugar. Beryabian estaba hablando en ese momento con Schilkz.

-Necesito que prepare la camioneta. Vamos a salir.

-Como ordene- Schilkz siempre presentaba modales militares, su paso por la Real Armada y por el MI5 le habían brindado un aura de marcialidad a toda prueba.

-¿Su padre está en casa?- Beryabian se volteó para hablar con Patty.

-Mi padre está en España, en una exhibición, no habrá problema.

-Entonces vamos- Beryabian abrió la puerta de la biblioteca y dejó que todos salieran.

Joazen Ayeztre, Laura Quierak, Albert Kultt, Patrice Wondar, Pedro Beryabian, y Schilkz se acomodaron en una moderna camioneta de color rojo. Este último se puso al volante, al lado de él se sentó Beryabian, en el asiento de atrás quedaron ubicados Quierak, Wondar y el profesor. En las sillas anteriores del vehículo se sentó Kultt.

La camioneta recorrió los jardines de la propiedad de Pedro Beryabian, los cuales eran de una belleza impresionante. El vehículo cruzó la puerta principal.

La autopista que los llevaría hasta Londres estaba despejada. Pedro Beryabian estaba ansioso por llegar hasta la casa de Julius Wondar, el tiempo se estaba acabando. Por su parte, Laura Quierak dedicó un último pensamiento a Carlos Markuas antes de manifestar una inquietud.

-¿Y exactamente qué vamos a buscar Pedro?

-Una señal, una dirección, un indicio, no sé... algo que nos pueda servir de pista para identificar el paradero de Jarrmas.

“Y ahora quién sabe qué nos pase” pensó Kultt.

-Lo más probable es que su padre haya dejado alguna pista, estoy seguro de eso, lo conozco muy bien- dijo Ayeztre.

-¿Conoce a mi padre?- preguntó Patty con extrañeza.

-Desde luego, su padre fue alumno mío- respondió Ayeztre.

-Mi padre estudió pintura con Jarrmas, sólo tuvo un profesor.

-No me refiero a estudios formales señorita Wondar, me refiero a otro tipo de instrucción... una más compleja y sutil.

Ayeztre sonrió. Laura Quierak lo miró con complicidad, y Beryabian recordó que él también fue alumno de Ayeztre en esos extraños estudios.

Capítulo 6

Carlos Markuas se encontraba en la casa de Madame Clergh, eran casi las tres de la madrugada, había tomado un par de copas de vino pero nada más. La casa no era muy grande, pero estaba sobriamente decorada. Su amigo, Leonardo Pórez había decidido irse con otra compañera de la orquesta a tomar un trago, una vez finalizó el concierto que habían interpretado esa noche.

Habían otras personas en la sala de la casa de Madame Clergh, personas excéntricas, del mundo del arte. Markuas pensaba en la muerte de Steffens, en Laura, en los secretos, en la clave.

-¿Estás aburrido Carlos?- Adelaida Clergh se sentó al lado del músico. Su vestido enterizo completamente negro y su cabello, le daban un cierto toque de actriz de principios del siglo XX.

-No te preocupes, estoy bien, sólo estoy cansado.

La mujer pasó suavemente una de sus manos por el cabello de Markuas. Él se incomodó, pero no podía hacer nada. La mujer continuó desplegando su mano por la cabeza del músico, él sólo sonrió con timidez.

-Estás muy tensionado, ya sé qué es lo que necesitas.

La mujer se paró y lentamente subió por unas escaleras. Los otros invitados estaban en un nivel muy alto de alegría, producida por el licor. Hablaban de música, de libros, de anécdotas estúpidas, de vestidos. Carlos no escuchaba nada de lo que decían.

De pronto, Madame Clergh bajó otra vez, y se sentó nuevamente al lado de Markuas.

-Sube a la habitación del segundo piso, la que está al fondo- la mujer susurró al oído del músico.

Carlos Markuas descansó. Imaginó que su amiga le estaría preparando alguna de sus diversiones extrañas, pero no, "*podré dormir tranquilo*" pensó.

Dejó la copa de vino sobre una mesa, y subió las escaleras hasta el segundo piso de la casa. Una habitación se encontraba al fondo del pasillo. La habitación era sencilla, había una cama bastante grande en el centro, una televisión, y dos mesas de noche con dos lámparas encima.

Carlos Markuas se echó encima de la cama, sin apagar las lámparas. Estaba muy cansado. Empezó a dormirse. Minutos después sintió que alguien lo tocaba. Creyó que era Madame Clergh.

-No me molestes Adelaida, estoy cansado, de verdad.

Las caricias en sus piernas no se detuvieron. Markuas se volteó y su sorpresa fue mayúscula.

Una joven como de veinte años, pelirroja estaba encima de él. La joven sólo llevaba ropa interior de color negro. Era bonita, y su piel era muy blanca.

“Una prostituta” se dijo así mismo Markuas. Madame Clergh era experta en hacer ese tipo de bromas. Ya lo había hecho con otros músicos de la orquesta, incluyendo a Leonardo Pórez.

La mujer era realmente atractiva, y se había dirigido hacia el cinturón del pantalón de Markuas. Él le cogió las manos con fuerza en ese momento.

-Te agradezco, pero no, quiero descansar- le dijo a la joven.

La mujer sonrió. Y no trató de desprenderse de las manos de Markuas.

-Eres muy guapo- musitó la mujer.

-Nuevamente te lo agradezco, pero ya te dije que estoy cansado.

Markuas la soltó, la joven se enfadó, y se bajó de la cama.

-¿Cómo te llamas?-preguntó Markuas mientras que la pelirroja se ponía unos jeans.

-¿Qué importa?- la joven acabó de colocarse los jeans y a continuación empezó a ponerse una camiseta amarilla.

-No sé, me imagino que tienes un nombre.

-Kayla, y son doscientos dólares- la pelirroja puso su mano como si estuviera cobrando.

A Markuas le causó gracia esa situación. Empezó a reírse. La joven se enfureció.

-Dije que son doscientos dólares, ¿no escuchó?- Markuas se acordó de Laura, su amada, por alguna razón.

-Mira Kayla yo no te contraté, dile a Adelaida que te pague- el músico encontró un brillo de ternura en los ojos de la joven-. ¿Tienes novio?

La pelirroja bajó su mano y se quedó mirando a Markuas.

-Tengo afán, necesito que me pagues.

-Tu novio es un joven muy afortunado.

Kayla reconoció a Markuas, lo había visto en la televisión.

-Mire señor, no quiero pelear con usted, sólo págume y todo estará bien.

Markuas buscó su billetera, la tenía en el bolsillo izquierdo de su chaqueta. Llevaba quinientos dólares.

-Mira Kayla, me caes bien, y aunque no debo hacerlo, te doy esto.

Markuas le ofreció tres billetes de cien dólares a la joven. Ella los tomó con rapidez.

-Muchas gracias, y espero te hayan gustado mis servicios- la pelirroja agarró un morral que estaba en el suelo y trató de salir. Cuando estaba a punto de irse se quedó paralizada-. Me ha dado más de lo que cobré.

Markuas la miró con picardía. La pelirroja se devolvió, y cerró la puerta.

-¿De verdad no quiere hacer nada conmigo?- preguntó con suavidad.

-¿Has escuchado a Bach?- Markuas se oyó muy extraño a sí mismo diciendo eso.

-No entiendo a qué viene la pregunta- dijo ella.

-A que tú pareces una melodía de Bach encarnada en cuerpo de mujer.

Kayla sonrió, era el piropo más extraño que le habían lanzado en toda su vida.

-Mi novio jamás me ha dicho eso.

-Ah, entonces tienes novio- Markuas sentía que su sopor se había esfumado.

-Sí, y lo quiero mucho- la pelirroja se sintió avergonzada.

-¿Y por qué te dedicas a esto?

-Es un trabajo que me deja un dinero adicional.

Markuas sintió como si una luz se estuviera dirigiendo contra él. De pronto, un disparo reventó el vidrio de la ventana, y dio contra el respaldo de la cama. El músico se tiró al suelo arrastrando a la joven con él.

Otro disparo entró por la ventana y dio en una de las paredes. Markuas abrió la puerta de la habitación con una de sus manos.

-¡Sígueme!- gritó Markuas.

La joven empezó a llorar nerviosamente. Markuas se arrastró apoyándose en sus codos hasta salir al pasillo.

De pronto, múltiples disparos se escucharon por todos lados. Se sintieron varios gritos provenientes del primer piso. Markuas se arrastró por el pasillo hasta llegar a las escaleras, la joven iba detrás de él.

-¡No levantes la cabeza!- gritaba Markuas.

Empezaron a bajar, Markuas pudo observar la sala, habían varias personas que parecían estar heridas o muertas. Los disparos no cesaron. Se oían por todos lados. La pareja llegó al primer piso. Una imagen dejó perplejo a Markuas: Madame Clergh estaba en el piso, con un tiro en la frente.

En ese momento se escucharon los sonidos de la sirena de una patrulla de la policía. Y empezaron a sonar más disparos, pero ya no se dirigían hacia la casa.

Markuas agarró a la joven y salieron corriendo hacia la cocina. Se encontraron con una puerta trasera, por la que salieron a un patio. En el patio había una motocicleta.

-Es mi moto, ¡vamos! – gritó la joven.

Se montaron en el aparato, la mujer se puso un casco, y Markuas se acomodó en la parte trasera. La pelirroja prendió el motor y aceleró. Al llegar a la parte delantera de la casa se encontraron con espectáculo de película: dos personas se escondían detrás de una camioneta, y disparaban contra una patrulla de la policía. La pelirroja dirigió la motocicleta hacia el lado izquierdo de la calle. Las dos personas que se escondían detrás de la camioneta observaron atónitos, pero no pudieron hacer nada.

Carlos Markuas y Kayla abandonaron el lugar en cuestión de segundos. Los disparos se siguieron escuchando pero muy lejos.

-¿Qué ocurrió?- gritó la joven.

-No lo sé- Markuas mintió. Al salir de la casa de Madame Clergh había alcanzado a observar que las personas atrincheradas detrás de la camioneta eran una mujer y un hombre, la primera estaba completamente vestida de blanco, y el segundo era un chofer completamente uniformado.

En ese instante volvió a acordarse de atentando que le habían hecho en el edificio donde vivía.

-¡Vamos a mi apartamento! –gritó Markuas.

-¡Ya no tengo ganas de acostarme contigo! – respondió Kayla.

-¡No es por eso! ¡En ese lugar estaremos a salvo!

Markuas sintió el frío de la madrugada. Debía ponerse a salvo.

Al llegar al edificio donde vivía Markuas le ordenó a Kayla que dejara la moto afuera y lo siguiera hasta arriba. La mujer protestó, pero Markuas le advirtió que si no lo hacía ella estaría muerta en poco tiempo.

El portero no se encontraba en ese momento. La pareja subió la escalera corriendo.

Al llegar al apartamento, Markuas caminó rápidamente hasta su estudio. La mujer lo siguió. El músico sacó un paquete que estaba escondido dentro de un libro.

-¡Me has mentido! Sí sabes quiénes eran esos ¿no?- la joven montó en cólera.

-Debes confiar en mí- dijo Markuas, mirándola a los ojos-. Soy una buena persona, y esa gente quiero esto.

El músico le mostró a Kayla el paquete.

-¿Qué es eso?- preguntó la joven con lágrimas en los ojos.

-Es algo muy importante, necesito que me ayudes, ¡te pagaré!

Kayla pensó en su novio, un compañero del restaurante donde trabajaba. Llevaban pocos meses en su relación, pero ella lo quería. Y ahora después de un tiroteo, un músico famoso le pedía ayuda con un extraño paquete en la mano.

En ese momento apareció Leonardo Pórez, llevaba un pijama.

-¿Qué pasa Carlos? Escuché que alguien corría como loco hasta aquí- preguntó.

Kayla y Carlos lo miraron con sorpresa. También se dieron cuenta que llevaba a su perro agarrado de un collar. El animal, de raza pastor belga, miraba a la pareja con prevención mientras batía la cola de un lado a otro.

-Son los mismos de la otra vez- dijo Markuas.

-¿La mujer de blanco y su chofer?- Pórez estaba perplejo.

Markuas asintió con la cabeza. Se acercó a Pórez, y le susurró algo al oído.

-Necesito que me cuides mi apartamento por unos días.

Pórez miró con recelo a su amigo y a la joven. Sonrió con malicia.

-No es eso hombre- dijo Markuas-. Esos dos quieren una información que no puedo darles por nada del mundo, y hasta que no resuelva ese problema no puedo volver aquí.

Kayla entró en pánico, quiso irse de allí inmediatamente.

-Está bien, espero que no te metas en más problemas- admitió Pórez.

Markuas abrazó a su amigo y le hizo unas cosquillas a su perro, quien respondió lamiéndole la mano.

-Vamos- le indicó a Kayla.

La joven no tuvo más remedio que seguir a Markuas. Bajaron hasta el primer piso, y se montaron nuevamente en la motocicleta.

-¿Adónde te llevo?-preguntó Kayla.

-Llévame al aeropuerto, por favor- respondió Markuas.

La joven aceleró y tomaron rumbo. Por el camino no dijeron nada, porque cada uno estaba inmerso en sus pensamientos, hasta que la pelirroja pensó en lo único que le importaba.

-¿Cuánto me vas a pagar por esto?- preguntó Kayla.

Markuas sabía que no iba para el aeropuerto, pero no se lo podía decir a la joven.

-¿Qué te parecen cien dólares más?

-Es muy poquito, pero los acepto- dijo ella.

-Debes tener en cuenta que ya te di trescientos dólares por no hacer nada.

-Eso fue por tu culpa- protestó la joven.

-Antes de llegar al aeropuerto necesito hacer una parada- dijo Markuas-. Llévame al parque oriental.

-¿Para qué?

-Necesito sacar algo importante.

Kayla pensó que se trataba de dinero, así que no puso más resistencia.

Al llegar al parque oriental el sol empezó a salir. Un montón de árboles y de caminos conformaban ese esplendoroso lugar.

-Acompáñame por favor- dijo Markuas al bajarse de la motocicleta.

“Todo sea por la plata” pensó Kayla.

Ingresaron por un camino desolado, lleno de abedules a lado y lado. El camino se fue angostando hasta llegar a un simple sendero muy oscuro.

-No voy a entrar allí- dijo la pelirroja-. Me huele que esto es un engaño.

-Mira Kayla, estoy metido en algo muy complicado que tú no entiendes todavía, sólo espero que me acompañes hasta cierto lugar, allí tengo que sacar algo; y luego me llevas al aeropuerto y obtienes tus cien dólares adicionales.

-¿Sólo es eso?- preguntó la mujer.

Markuas asintió con la cabeza. “*Ojalá sólo fuera eso*” dijo para sí mismo.

El sendero entraba en un complejo bosque, donde la luz del sol volvía a ocultarse. El músico estaba un poco tenso, no le gustaba visitar ese lugar con frecuencia.

Minutos después llegaron a lo que parecía ser una cabaña. La construcción estaba hecha totalmente en madera. Markuas sacó una llave y la introdujo en la puerta. Ambos ingresaron al lugar.

La cabaña estaba totalmente a oscuras, el músico prendió una lámpara que colgaba del techo. El lugar no era feo, habían varios muebles viejos, y una enorme biblioteca. Markuas desenvolvió el paquete. Una moneda un poco más grande que una mano brilló a la luz de la lámpara.

-¿Es de oro?- preguntó la joven con asombro.

Markuas asintió con la cabeza e introdujo el objeto en un hueco circular que había en una de las paredes. La biblioteca se movió hacia la derecha.

Apareció una sala muy oscura. Markuas agarró la lámpara que estaba en el techo y entró al lugar. Kayla miró desde afuera.

Unos extraños cuadros adornaban el lugar, y el dibujo de dos soldados prusianos se podía ver en la pared del fondo de la sala. Markuas ingresó hasta el centro del recinto y movió un tapete que se hallaba justo allí. La joven se acercó unos pasos para mirar mejor. El músico jaló una tabla del suelo hacia un lado, y entonces apareció un teclado parecido al de los computadores. Accionó algunas teclas y entonces el aparato también se movió hacia un lado. Unos papeles, que parecían ser muy antiguos estaban guardados en un hueco en el piso. Markuas los agarró y los introdujo en una bolsa de tela, como las que utilizan los bancos para guardar el dinero.

La joven se desilusionó porque creyó que allí iba a haber dinero o algo valioso, en lugar de eso, sólo eran papeles viejos.

Markuas jaló el teclado, poniéndolo nuevamente en su lugar, lo mismo hizo con la tabla y con el tapete. Agarró la lámpara y salió de la sala. Volvió a sacar la moneda de donde estaba, y la biblioteca regresó a su sitio original. Kayla estaba impresionada.

Al salir de la cabaña, dos personas los esperaban afuera: una mujer vestida de blanco y un hombre uniformado.

-Denos eso, señor Markuas- la mujer llevaba un revólver en su mano. El otro individuo portaba lo que parecía ser una metralleta.

-No obtendrán nada con esto y ustedes lo saben- dijo Markuas.

Kayla observó a las dos personas que los amenazaban. La mujer estaba vestida de blanco, pero estaba sucia y al parecer herida, porque habían manchas de sangre en su ropa. El sujeto de la metralleta también estaba sucio, y de una de sus piernas al parecer salía sangre igualmente.

-Esta vez no se nos va a escapar- dijo la mujer-. Y en todo caso sabemos la clave.

“Steffens les dio ese dato” pensó Markuas.

-Esa clave ya fue cambiada señorita Cosiliestre- espetó el músico.

-No lo creo, sin embargo, deme ese paquete- la mujer alargó el brazo.

Markuas se mantuvo inmóvil en su lugar, entonces, la mujer apuntó el revólver contra una de las piernas del músico y disparó.

Kayla gritó con horror al ver que su acompañante se desplomaba en el suelo. Otro disparó se escuchó en la distancia, e inmediatamente el sujeto vestido de chofer cayó al suelo con un disparo en la parte posterior de la cabeza.

La señorita Cosiliestre se lanzó encima de Markuas rápidamente. El músico forcejeó con la mujer de manera intensa. Kayla no sabía qué hacer, si salir corriendo, o ayudar a su acompañante.

De pronto, la presencia de un extraño estremeció a la pelirroja; un sujeto alto, llevaba un rifle en la mano. La mujer decidió darle una patada en el rostro a la señorita Cosiliestre.

El hombre del rifle se acercaba a pasos agigantados. La señorita Cosiliestre emitió un quejido de dolor y tomó su rostro con las manos.

Kayla aprovechó para ayudar a Markuas y salir corriendo. El músico y la pelirroja tomaron rumbo hacia el primer sendero que encontraron. La señorita Cosiliestre en apariencia no los seguía y tampoco el misterioso hombre del rifle.

Markuas caminaba con rapidez a pesar de la herida, la pelirroja lo ayudaba a caminar.

-¡Carlos! ¿Estás bien?- el hombre del rifle los había alcanzado.

Kayla entró en pánico y caminó más rápido, sin embargo, su acompañante desaceleró el paso.

-¿Eres tú Zacarías? – preguntó Markuas.

-En efecto, ¿cómo te encuentras?

El hombre del rifle era alto, como de unos cincuenta y cinco años, llevaba barba y anteojos.

-Estoy herido, la señorita Cosiliestre me disparó – Markuas se veía muy cansado y pálido.

-Déjame ver la herida- dijo el hombre del rifle.

El disparo había rozado el muslo de Markuas, pero no había penetrado en la pierna.

-Estarás bien- el hombre sacó un pañuelo y lo enrolló en la pierna del músico-. ¿Quién es usted?

Kayla estaba tensa, no sabía nuevamente qué hacer.

-Es una amiga, no te preocupes- dijo Markuas.

-En fin, los llevaré rápidamente hasta mi casa, la señorita Cosiliestre debe estar muy cerca de nosotros.

Empezaron a caminar rápidamente, Markuas cojeaba. Después de diez minutos, llegaron a un camino más grande. Allí había un automóvil de color verde. Se escucharon dos disparos.

-¡Suban rápido!- dijo el hombre del rifle.

Una mujer vestida de blanco los venía persiguiendo, en su mano llevaba un revólver. El automóvil arrancó con velocidad, la mujer no pudo hacer nada para detenerlos.

-¿Cómo supiste que estaba por acá?- le preguntó Markuas al hombre del rifle, quien estaba manejando el carro.

-¿Ya te olvidaste que debo cuidar la cabaña?

Markuas quedó en silencio, como si estuviera meditando sobre algo. Kayla lo miró con aprehensión.

-Señorita, mucho gusto mi nombre es Zacarías Contrieras.

-No te preocupes Kayla, él es de confiar- le dijo Markuas a la pelirroja.

El automóvil tomó una autopista, y en media hora llegaron a una moderna casa a las afueras de la ciudad.

Capítulo 7

El barón Baidebaikel estaba absorto en sus pensamientos. El automóvil en el que se movía cruzaba en ese momento el centro de Londres. Era un automóvil lujoso de color negro, lo manejaba un sujeto que llevaba puestas unas gafas de lentes oscuros.

El teléfono que estaba ubicado en la silla de atrás comenzó a timbrar. El barón cogió el auricular con su mano izquierda y lo puso en su oído.

-¿Qué ha ocurrido?- preguntó.

La cara del barón comenzó a tener una expresión de rabia.

-Le dije que no lo matara, lo necesitaba vivo.

El barón hizo una mueca de asco, y escuchó atentamente lo que decía su interlocutor.

-Necesito que no vuelva a cometer errores Gensy, es su última oportunidad.

El automóvil paró al frente de una casa. Era una construcción muy antigua. Un portero abrió la reja, y el automóvil penetró en el lugar.

-Necesito que venga para acá, Beryabian me está incomodando.

El automóvil se detuvo. El chofer se bajó para abrirle la puerta al barón.

-Esta vez no haga estupideces- colgó el teléfono, y con dificultad se abrió paso hasta el interior de una antigua casa.

Pedro Beryabian, Patrice Wondar, Albert Kultt, Joazen Ayeztre, Laura Quierak y Schilkz arribaron a la residencia de Julius Wondar. El lugar no era para nada impresionante, era una construcción diseñada para alojar a personas de clase media trabajadora.

Beryabian, Wondar y Kullt se dirigieron a buscar alguna pista en el primer piso, mientras que los demás lo hicieron en la segunda planta.

En la sala había un cuadro muy grande de dos conejos de color plateado. Beryabian lo contempló atónito. Después miró atrás del cuadro, pero no descubrió nada.

Miraron debajo de los tapetes, en los ceniceros, en los cojines, en las alacenas, en los clósets, en la biblioteca, por todos lados, y nada; no había pista alguna sobre el paradero de Berxexas Jarrmas.

-El cuadro, tal vez sea la única pista- dijo Beryabian.

Kullt no observó nada en particular en la pintura, le pareció un dibujo muy simple como para que lo hubiera elaborado un pintor profesional.

-¿Qué buscan los tales conejos plateados?- preguntó a su jefe.

Beryabian pareció incómodo con la pregunta, como si su asistente lo hubiera hecho desconcentrar.

-Es un grupo que creó Jarrmas, para protegerse del barón Baidebaikel, ya te lo dije- Beryabian musitó esto casi que inaudiblemente.

-¿Para protegerse? ¿Por qué?

-Jarrmas, al parecer, lo traicionó.

-¿Entonces Jarrmas fundó dos grupos: El caldero de lava violeta, y Los conejos de piel plateada?- Kullt se hizo al lado de su jefe.

-Es cierto.

-¿Y Jarrmas cómo supo de Los soldados del tiempo dorado?

-Por el secreto que descubrimos- dijo Beryabian sin quitarle los ojos al cuadro.

-Deben ser secretos muy complejos, como para que el barón y Jarrmas hayan creado un grupo en contra de ustedes- dijo Kullt al tiempo que se agachaba para ver por debajo de un sofá.

-Dirás, en contra de nosotros, mi estimado Kullt, no se te olvide que ahora haces parte de los soldados.

Kullt miró a su jefe con una sonrisa.

-Pero sí, lo que dices es verdad, los secretos que descubrió Lugo Pertelo deben ser muy importantes para el barón y para Jarrmas- Beryabian hizo cara de tener una idea muy brillante.

-Desde luego, ¿cómo no lo pensé antes?- Beryabian pareció estar entusiasmado-. ¡Profesor Ayeztre! ¡Laura! ¡Bajen por favor!

Kullt miró a su jefe con sorpresa.

-¿Qué ha ocurrido Pedro?- preguntó Laura-. ¿Descubriste algo?

-Somos unos tontos- Beryabian caminó por la sala de manera agitada-. Jarrmas y el barón fundaron El caldero de lava violeta para proteger sus respectivos secretos.

-Eso ya lo sabemos Pedro, ¿qué hay con eso?- repuso el profesor Ayeztre.

-¡Que la clave no está en Los conejos de piel plateada, sino en El caldero de lava violeta!- espetó Beryabian.

-Eso quiere decir que....-comenzó Laura.

-¡Quiere decir que Jarrmas continúa en contra de nosotros, pero que ya no está aliado con el barón Baidebaikel! – expuso Beryabian.

“*Qué gran consuelo*” pensó Kullt.

-Volvemos al mismo punto Pedro, eso no sirve para nada – dijo el profesor Ayeztre.

-Significa que sabemos parte de dos secretos, mi estimado profesor- insistió Beryabian.

-¿Y eso qué? Carlos sabe los cinco secretos, podríamos rogarle que nos los revele- Laura parecía estar desesperada.

-Nunca, Lugo Pertelo le hizo jurar que jamás le contaría el contenido de los secretos a nadie, ni siquiera a nosotros, y ya conoces a Carlos- Beryabian parecía que se estuviera divirtiendo con la situación.

-Creo que estoy entendiendo lo que trata de insinuarnos Pedro- afirmó el profesor Ayeztre-. ¿Quieres que busquemos alguna señal de El caldero de lava violeta en esta casa?

-¡Exacto, mi estimado profesor Ayeztre! - exclamó Beryabian.

-Eso nos facilitaría las cosas – agregó Laura.

-Un momento- intervino Patrice Wondar-. ¿Quieren decir que mi papá ayuda a Jarrmas para destruirlos a ustedes?

-No es así Patty- dijo Beryabian-. Según hemos podido averiguar, Jarrmas decidió no pelear con nosotros, y ése fue el motivo de la disputa con el barón Baidebaikel.

-¿Y entonces para qué creo a Los conejos de piel plateada?- preguntó Wondar.

-Ya se lo indicamos señorita Wondar- Ayeztre hablaba con suma paciencia, mientras que Beryabian entornaba los ojos-. Para protegerse de el barón.

-Eso lo entendí, no soy tonta, lo que quiero preguntar es ¿por qué Jarrmas traicionó al barón Baidebaikel y no quiso seguir pelando con Los soldados del tiempo dorado?

El profesor Ayeztre sonrió. Beryabian se quedó estático y atónito.

-Buena pregunta señorita Wondar- Ayeztre la miró con interés-. Jarrmas entendió que si quería mantener oculto su secreto debía acabar la guerra

con Los soldados del tiempo dorado, llegar a un acuerdo pacifico y todos contentos. Pero el barón pensó que eso era traicionar a El caldero de lava violeta, y se propuso destruir a Jarrmas.

-¿Jarrmas se puso en contacto con ustedes?- intervino Kullt.

Beryabian y Ayeztre se miraron con complicidad.

-Sí, mi estimado Kullt, Jarrmas trató de hacer un trato con nosotros- Beryabian habló con más calma.

-¿Qué clase de trato?- Patrice Wondar estaba realmente interesada.

-El trato que propuso Jarrmas era muy simple: nosotros nos callábamos la boca y él se saldría de El caldero de lava violeta- respondió Beryabian.

-¿Y qué ocurrió?- inquirió Wondar.

-El barón Baidebaikel se enteró del acuerdo y trató de matar a Jarrmas- respondió el magnate.

-¿Y entonces por qué mi padre tendría unas señales de El caldero de lava violeta en esta casa? – Wondar se angustió porque empezó a sospechar la dirección que tomaban los acontecimientos.

-Porque tu padre también fue miembro de El caldero de lava violeta – dijo Laura con cierta incomodidad.

-¿Cómo dice?- Patrice Wondar abrió sus ojos de manera exagerada-. ¿Mi padre fue cómplice de ese tal Baidebaikel?

-Exactamente señorita Wondar, su padre, y lamento decírselo, fue compinche de el barón- dijo Ayeztre.

-Julius Wondar apoyó a Jarrmas en cuanto a lo de hacer un trato con nosotros, y por eso, abandonaron El caldero de lava violeta y crearon a Los conejos de piel plateada- agregó Beryabian.

-¿Mi padre también tiene un secreto?- Patty estaba estupefacta.

Beryabian volvió a mirar a Ayeztre con malicia.

-Al parecer... sí.

Al decir esto, el profesor Ayeztre recordó los años en los que había sido instructor de Julius Wondar en esos extraños estudios. Sintió nostalgia y miedo.

-Su padre y Jarrmas crearon El caldero de lava violeta, con una filosofía de competencia sana hacia nosotros, querían ser nuestros rivales. Sin embargo, cuando el barón se incorporó, los llevó por los terrenos del resentimiento y la venganza- Ayeztre dijo lo anterior con resignación.

Patrice Wondar no tenía idea de lo anterior, jamás escuchó hablar en su vida de un caldero, o de unos conejos plateados, o de Los soldados del tiempo dorado.

-Su padre amaba El caldero de lava violeta, señorita Wondar- Beryabian le puso una mano sobre el hombro, ella lo admitió con paciencia.

-¿Qué señales tiene el dichoso grupo de El caldero de lava violeta? – Kultt no quería estar más allí, porque supuso que vendrían más revelaciones estrambóticas.

-Un volcán en forma de caldero, lava violeta, y una cocina en llamas- respondió Ayeztre.

En ese momento Schilkz le hizo una señal a su jefe. El escolta traía en su mano un libro de color negro y violeta.

-¿Qué es eso Schilkz?- Beryabian se acercó y agarró el libro-. ¡Oh, no puede ser! ¡Es el Manual de El caldero de lava violeta!

Ayeztre y Laura Quierak miraron con estupor. Kultt y Wondar estaban sorprendidos.

-¿Dónde lo encontró Schilkz?- Beryabian parecía emocionado, como si fuera un niño con un juguete nuevo.

-Estaba escondido debajo de unos cuadros, en el estudio- Schilkz contestó con su acostumbrada marcialidad.

El libro era inmenso, de color negro; en la portada aparecía un volcán en forma de caldero chorreando lava violeta, y alrededor una cocina que parecía estar incendiándose.

Ayeztre y Laura se acercaron hasta donde Beryabian. Él estaba ojeando el texto con verdadera pasión.

-¡Esto es un tesoro! ¡Lo habíamos buscado durante años! -dijo el magnate.

-¿Entonces podemos irnos?- Kullt no quería más sorpresas ese día.

-Debemos leer este manual con detenimiento- Beryabian se dirigió a Laura y a Ayeztre. Ellos asintieron-. Volvamos a mi casa señor Schilkz.

Todos salieron a la calle, ingresaron nuevamente a la camioneta de color rojo y partieron.

Beryabian sabía que el Manual de El caldero de lava violeta era un verdadero tesoro; habían claves, símbolos desconocidos, lugares de reunión, miembros, historias, y muchas otras que cosas que él ansiaba conocer.

“El barón Baidebaikel está perdido” consideró.

Al llegar nuevamente a la mansión, Beryabian invitó a sus acompañantes a pasar la noche.

-No puedo estudiar este libro yo solo- dijo.

Laura Quierak y el profesor Ayeztre aceptaron la invitación. Patrice Wondar y Kullt declinaron.

-Muchas emociones por hoy, señor Beryabian- comentó Kullt.

-Le diré a Schilkz que los lleve a sus respectivas casas – Beryabian sonó cansado, sin embargo, no quería perder un momento para leer el libro encontrado en la casa de Julius Wondar.

Beryabian invitó a sus amigos a cenar. Pully y Sandy arreglaron el comedor de manera organizada y pulcra. El magnate, sin embargo, no tenía tiempo para charlas, quería inspeccionar la joya adquirida.

-¿Para qué nos puede servir tener ese libro en nuestras manos? – Ayeztre degustaba su plato de manera metódica.

-Tal vez nos pueda dar alguna pista de Jarrmas, ¿fue por eso que entramos a la casa de Wondar, o no? – Laura Quierak seguía pensando en Markuas, y en la utilidad de las acciones que estaban realizando en ese momento.

-De todas formas, el libro nos puede brindar información adicional sobre El Caldero- respondió Beryabian-. Los puntos vulnerables de la organización y todo eso.

Ayeztre no estaba muy seguro con la decisión de haber tomado el libro de Wondar sin el permiso de su dueño.

-Cuando se entere Julius, muy seguramente se pondrá en guardia- dijo.

-Pero él ya no pertenece a El Caldero- Beryabian estaba mucho más confiado-. Y adicionalmente entramos con su hija, quien no puso reparos a que nosotros tomáramos ese libro prestado.

-Tienes razón Pedro- aseguró Laura.

Beryabian notó que su amiga estaba preocupada, y sabía por qué.

-¿Has sabido algo de Carlos? – se dirigió a Laura, mientras comía un pedazo de roast beef.

-No he vuelto a tener noticias de él desde ayer, me preocupa- soltó una pequeña lágrima, que fue inmediatamente secada con un pañuelo de color rosa.

-El debe estar bien- aseguró Ayeztre, tratando de calmar a Laura.

Sobre el océano Atlántico, un avión se dirigía a Londres en ese momento. Uno de sus ocupantes era un individuo que llevaba una gabardina y un sombrero, se trataba de Rafael Gensy. Su parecido a Humphrey Bogart era impresionante, y él lo sabía, ya que trataba de aumentar con su vestimenta esa similitud. Había nacido en Inglaterra, sus padres lo habían dado en adopción cuando recién nació, y fue adoptado por una pareja de alcohólicos que le pegaron hasta cuando cumplió los trece años. A esa edad decidió huir de casa y volverse un trotamundos, sin embargo, su amargura y su sentimiento de venganza lo llevaron a incursionar en el terreno del delito y del crimen. A los quince años ya había sido recluido dos veces en un reformatorio, y a los dieciocho fue condenado a cinco años de prisión por hurto. Entró a formar parte de una banda de ladrones profesionales que le enseñaron todo lo que había que saber sobre el oficio, y por eso adquirió dinero y respeto en los bajos mundos. Años más tarde conoció a un ser que le produjo una rara impresión, se trataba del barón Baidebaikel, quien lo contrató para un extraño trabajo: perseguir y exterminar a los miembros de una extraña sociedad. Rafael Gensy aceptó el encargo por el dinero que le ofreció el barón, siempre y cuando le pagaran aceptaba cualquier oficio, incluso el de asesinar.

No podía volver a fallarle al barón o estaría acabado; Baidebaikel era el ser más temible que había conocido, su sola presencia le producía escozor. Debía aniquilar a Pedro Beryabian, sin embargo, eso no sería fácil, porque el magnate contaba con protección profesional, la de un ex miembro de la real armada y del MI5: Simon Schilkz.

En una ocasión, Gensy trató de matar a Beryabian, en un hotel, mientras se llevaba a cabo un banquete. Preparó un arma con silenciador, y lo mataría por la espalda, tal y como hizo con Pierto. Al acercarse a Beryabian, y estar a punto de apretar el gatillo, sintió que un fuerte golpe en la nuca lo derrumbaba. Cayó al suelo, y en pocos segundos fue inmovilizado por Schilkz, quien lo entregó a la policía. Una vez en la patrulla, utilizó las artimañas que había aprendido en la banda de ladrones para huir. Se tiró del vehículo en pleno movimiento, y aún esposado, pudo correr a gran velocidad hasta alejarse de los sorprendidos policías que lo habían apresado.

“Esta vez no fallaré” se prometió a sí mismo.

Capítulo 8

La casa de Zacarías Contrieras era bastante singular; tenía tres perros, dos gatos, y un loro. Contrieras amaba a los animales y a las plantas, el jardín era inmenso, y allí cultivaba maíz y hortalizas. El aspecto del lugar era como el de una hacienda: olor a estiércol, a sudor, a trabajo manual. Su propietario era originario de Cali, una ciudad colombiana al occidente del país. Como buen caleño, Contrieras oía salsa todo el día, y constantemente degustaba el manjar blanco que le mandaba una hermana cada mes.

Contrieras era uno de los fundadores de Los soldados del tiempo dorado, ingresó a ese grupo cuando hacía una maestría en agricultura genética en Cornell University, y desde esos años había cuidado de la cabaña donde Markuas guardaba los pergaminos de los secretos.

Contrieras era soltero, como casi todos los miembros de la sociedad, y estaba retirado de cualquier actividad laboral. Su vida transcurría entre abono, plantas y tierra.

-No tienes nada grave- le dijo a Markuas, mientras éste reposaba en una cama.

-Sentí como si se me quemara la pierna- aseguró el músico, haciendo cara de dolor.

-Así es como se siente, es normal – dijo Contrieras, observando simultáneamente la pierna de Markuas y a su acompañante.

-¿Se pondrá bien? – la pelirroja estaba angustiada, no quería estar allí, pero también le preocupaba la suerte de su nuevo amigo.

Contrieras movió su cabeza de manera afirmativa.

-Disculpe la pregunta, pero, ¿quién es usted señorita?- se dirigió a Kayla con un aparente resquemor.

Markuas salvó a la chica de contestar un extenso cuestionario.

-Es una persona muy especial, que cumple una misión muy delicada.

Contrieras no hizo más preguntas a la joven, generalmente confiaba en todo lo que le decía Markuas.

-La señorita Cosiliestre casi nos mata – comentó el músico con aprehensión.

-Estaba detrás de los manuscritos seguramente, qué pena no haberla enfrentado con mayor fuerza – el colombiano estimaba a Markuas como a un hermano, y había tomado el encargo de proteger la cabaña muy en serio -. Pero, logré darle a su cómplice, y en la cabeza.

-Jaimana Cosiliestre es una máquina asesina, nos persiguió hasta la cabaña sin que nos diéramos cuenta – Markuas empezaba a recobrar las fuerzas.

-¿Por qué fuiste por los manuscritos? – Contrieras se puso de pie.

-Han asesinado a Steffens.

Contrieras no reveló lo que pensaba, pero se preocupó notablemente.

-¿Te lo dijo Laura?

-Efectivamente, ayer llegó a Londres.

Kayla no entendió nada de lo que hablaban, pero su corazón le dijo que debía irse inmediatamente de allí.

-Ahora que estás bien, me puedo ir – musitó con suavidad.

Contrieras miró a Markuas con inquietud, sabía que el músico no era un Don Juan, sin embargo, miró a la pelirroja con malicia.

-Desde luego, puedes irte, sin embargo, no se te olvide la misión – Markuas dijo esto sonrojándose.

La joven sonrió tímidamente.

-La acompaño a la salida – Contrieras llevó a la joven hasta la puerta de la casa y le entregó un papel -. Si necesita de algo, llámeme por favor.

Kayla recibió el papel, agradeció con timidez, y salió del lugar.

El colombiano volvió al cuarto donde estaba Markuas.

-¿Quién era ella? – interrogó al músico con severidad.

-Una chica enviada por Madame Clergh para seducirme.

-Una... prosti...

-Exacto, eso – Markuas se rascó los ojos al decir esto.

-No parece...

-No, no parece, es una buena chica. Lo hace por dinero.

-Como todas, Carlos, como todas.

-No seas tan inflexible Zacarías, nadie sabe lo que otra persona vive dentro de su alma.

-¡Qué poético! – dijo Contrieras con sarcasmo-. Ojalá que tu amada Laura no se entere de esto.

-No veo el problema.

-Eso es lo que tú....- Contrieras de pronto se quedó callado-. Escucho algo.

Se arrimó a la ventana del cuarto y vio algo espantoso.

-¡Cosiliestre está aquí! ¡Ha tomado a la chica como rehén! – Contrieras bajó rápido a buscar su rifle.

Carlos Markuas se bajó de la cama donde estaba y siguió al colombiano.

Los dos hombres, con cuidado, observaron por una ventana del primer piso la escena: la señorita Cosiliestre empujaba a Kayla hacia la puerta principal, y en su mano llevaba una ametralladora.

-¡Necesito esos documentos! ¡Y los necesito ya! – gritó la mujer mientras apuntaba con el arma a la pelirroja.

-¡Déjela ir! – respondió Markuas -. ¡Ella no tiene nada que ver con esto!

-¡Voy a contar hasta tres, si no me entregan los documentos disparo! – Cosiliestre estaba iracunda.

-Tú distráela, subiré para ver si le puedo dar – Contrieras corrió hacia las escaleras rápidamente.

-¡Uno! – gritó la mujer.

-¡Está bien! ¡Le daré lo que pide! – Markuas espetó con toda su voz -. ¡Sólo le ruego que deje ir a la joven!

-¡Dos! – la señorita Cosiliestre parecía muy determinada a cumplir su promesa.

Markuas abrió la puerta de la casa y salió al jardín, donde estaba Kayla y su atacante.

-Aquí están los documentos que necesita – Markuas estiró su brazo con unos papeles en la mano.

-¡Perfecto! ¡Déjelos en el piso! – dijo la señorita Cosiliestre.

Markuas colocó los papeles en el sendero de piedra del jardín.

De repente, Kayla salió empujada hacia donde estaba Markuas. La señorita Cosiliestre se apresuró a tomar los documentos. Sonó un disparo.

Markuas y Kayla entraron rápidamente a la casa. La señorita Cosiliestre se refugió detrás del automóvil de Contrieras, y respondió con ráfagas de ametralladora.

Las ventanas del carro de Contrieras se volvieron papilla, mientras que los tiros iban y venían. Markuas y Kayla se protegieron de los disparos en el piso de la sala.

La señorita Cosiliestre empezó a correr despavorida. Simultáneamente disparaba hacia el segundo piso cubriendo su escape.

Un automóvil la recogió y aceleró al instante.

Contrieras bajó al primer piso, observó a Kayla y a Markuas tirados en el piso.

-¿Le diste los documentos? – gritó Contrieras.

-En efecto – Markuas miró a su amigo con resignación.

-¡Eres un idiota! ¡Yo le hubiera podido dar en su cabezota! – Contrieras estaba eufórico de la rabia.

-Pero no los documentos que quería – Markuas sonrió con picardía.

-¿Y entonces? ¿Qué le diste? – Contrieras estaba sorprendido.

-Unos papeles falsos – Markuas miró hacia el piso, no quería ver el rostro de su amigo.

-¿Cómo así que unos papeles falsos? – Contrieras no estaba convencido del todo.

-En efecto, los verdaderos documentos siguen en la cabaña – dijo Markuas-. Simplemente saqué unos señuelos de allí, por si ocurría lo que ocurrió.

-¡Eres un genio Markuas! – Contrieras sonrió con entusiasmo.

-Creo que la señorita Cosiliestre volverá, debemos irnos – Markuas miró a Kayla, la joven estaba en shock.

-¿Adónde nos vamos? – Contrieras miró al músico con incertidumbre.

-Necesito volver a la cabaña, y recuperar los verdaderos papeles de los secretos – respondió Markuas.

-¿Otra vez a esa cabaña? – Kayla preguntó sin saber por qué.

Markuas y Contrieras se miraron con complicidad.

-Señorita, creo que su vida corre peligro, es mejor que nos acompañe por su bien – advirtió Contrieras.

La mujer y los dos hombres salieron a buscar un medio de transporte, ya que el carro del colombiano estaba lleno de huecos por todas partes y las ventanas estaban reventadas.

Markuas cojeaba, pero el dolor se le había apagado al pasar el tiempo. Contrieras le hizo señal a un taxi para que los llevara. Se dirigieron a la cabaña del parque oriental.

Al llegar a la cabaña se encontraron con un espectáculo grotesco; el acompañante de la señorita Cosiliestre estaba todavía allí, muerto. Markuas y Contrieras arrastraron el cadáver varios metros, lejos del lugar y lo enterraron. Kayla sintió náuseas al contemplar la situación.

La cabaña no era muy grande, estaba hecha completamente en madera, escondida de los curiosos.

Markuas volvió a prender la lámpara que pendía del techo, todo igual, muebles viejos, libros. Puso la moneda dorada sobre el mismo orificio, y la pared se abrió automáticamente. Contrieras vigilaba mientras tanto afuera del lugar.

El músico nuevamente jaló hacia un lado el tapete, la tabla del suelo, y marcó una clave en un teclado que se movió de la misma forma. Sacó unos papeles, que parecían ser muy antiguos. A continuación puso todo en su lugar.

Kayla presencié toda la operación con estupor.

-Estos sí son los verdaderos – Markuas le habló a la joven como si ella estuviera enterada del enredo.

La pared volvió a su lugar. Kayla y Markuas salieron de la cabaña. El colombiano aguardaba, como si estuviera escuchando un sonido que se estaba produciendo muy lejos.

-No los puedo perder por nada del mundo – le dijo Markuas. Contrieras asintió con la cabeza.

-¿Qué tal si revelas estos secretos? ¿Por lo menos el de Baidebaikel? – preguntó el colombiano a su amigo.

-Yo tampoco sé el contenido de esos secretos – dijo Markuas en voz baja.

-¿Cómo es eso? ¡Explícate! – Contrieras parecía muy sorprendido.

-Sí, no sé el contenido de los secretos. Lugo Pertelo, me dejó estos papeles, donde simplemente está la supuesta ubicación de las investigaciones que él realizó – Markuas se sintió visiblemente incómodo al decir esto.

-Todos creíamos que tú conocías el contenido de esos secretos – insistió el otro.

-Pues no, lamento defraudarlos – Markuas hablaba con cautela -. Pertelo me dejó estos papeles describiendo el lugar donde están ubicados los resultados de sus investigaciones, nada más.

-¿No te habló del barón Baidebaikel y de Jarrmas? – Contrieras estaba un poco molesto.

-En lo absoluto – respondió Markuas-. Todo eso de los secretos del barón, y de Jarrmas, son simples suposiciones que hemos elaborado Los soldados del tiempo dorado con el paso de los años.

Contrieras miró a Markuas fijamente a los ojos, quería decirle algo pero se estaba conteniendo.

-Pero es posible que averigüemos el resultado de las investigaciones de Pertelo – Markuas quería ser condescendiente con su amigo-. El simplemente me hizo jurarle que no revelaría a nadie el paradero de estos papeles y que debía cuidarlos, nada más.

-Has roto el juramento- intervino Kayla.

-¿Por qué lo dices? – Markuas la miró con sorpresa.

-Tu amigo te hizo jurar que no revelarías a nadie el paradero de esos papeles, y ahora él y yo lo conocemos – dijo con picardía la pelirroja, a la vez que señalaba a Contrieras.

-Era necesario, estaban en peligro, y cuidarlos también hacía parte de la promesa – respondió con una leve sonrisa.

-¿Mantener en reserva el contenido de esos papeles, hacía parte del juramento? – preguntó el colombiano.

-No, Pertelo no dijo nada sobre eso.

-¿Los has leído? – repuso Contrieras.

-No, sólo los he mantenido escondidos.

-¡Pues hombre, leámoslos! – Contrieras alzó sus brazos con desesperación.

Markuas no supo qué hacer en ese momento; Pertelo en su lecho de enfermo le había hecho jurar que no le revelaría a nadie el paradero de esos papeles, y que debía cuidarlos a toda costa. Sin embargo, la vida de Los soldados del tiempo dorado estaba en peligro, y saber esos cinco secretos los podía salvar.

El músico desdobló los papeles, no eran muy antiguos, pero estaban llenos de manchas y suciedad. Era una carta. Markuas la leyó en voz baja, como si quisiera que sólo él pudiera escucharse.

“Estimado Carlos:

En este momento debes estar leyendo esta carta por alguna razón válida. No creo que sólo la curiosidad te esté empujando a hacerlo. Te conozco muy bien, y sé que eres una persona honorable y sincera. Los resultados de mis investigaciones dentro de los juegos de Los soldados del tiempo dorado me han llevado a descubrir cinco secretos muy delicados, son documentos e informaciones que podrían revelar datos incómodos a personas que viven actualmente.

Estos documentos están escondidos en el viejo castillo del Liorrg, un lugar que frecuentábamos tú y yo. Hay un sitio en ese castillo que se llama la sala de los condes, debajo de una estatua se encuentra un botón que abre una caja fuerte. Allí están esos documentos. Sé que muchas personas intentarán hacerse con ellos, incluso por la fuerza, por eso debes tener mucho cuidado. El uso que tú le des a esa información queda en tu sabio criterio.

Debes tener mucho cuidado, porque no sólo los miembros de El caldero de lava violeta intentarán robar esa información, hay otras dos sociedades que estarán interesadas en ella, se trata de La espada del Mar Thejdy y de Los centuriones de hierro.

Espero que todo salga bien, por la dignidad de Los soldados del tiempo dorado.

Un abrazo. Tu amigo.

Lugo Pertelo.

Pd: Te adjunto un mapa del lugar donde está el castillo del Liorrg, y del propio castillo, por si acaso te has olvidado de cómo llegar y si te pierdes en él.”

Conrieras alcanzó a oír las palabras de Markuas, y quedó totalmente intrigado. Kayla estaba despistada, sólo quería que esa pesadilla acabara.

-¿La espada del Mar Thejdy? ¿Los centuriones de hierro? ¿Quién carajos son esos? – Markuas quedó asombrado.

-Son dos sociedades muy peligrosas – el colombiano parecía estar muy asustado.

Capítulo 9

La biblioteca de Pedro Beryabian le suministraba al magnate un espacio de paz y relajación, allí podía escuchar música y leer. Esa noche, se acomodó en uno de los sofás y leyó con detenimiento el libro del Manual de El caldero de lava violeta. En el manuscrito habían nombres de muchas personas, algunas conocidas y otras no tanto, su supuesta filosofía, reglas para sus reuniones, dibujos, y discursos del barón Baidebaikel. Pero, no había nada relacionado con Jarrmas, salvo que se le mencionaba como uno de los fundadores de la sociedad.

“*Pura basura*” pensaba Beryabian.

Schilkz entró con discreción al lugar, sabía que su jefe se molestaba cuando los empleados interrumpían sus momentos de privacidad.

-¿Qué ocurre? – Beryabian mantuvo su mirada en el libro.

-Ya se han acostado.

El magnate no dijo nada, sin embargo, el escolta siguió parado al frente de Beryabian, totalmente estático.

-¿Algo más Schilkz?

-Señor, creo que tengo una información que le puede interesar – dijo el escolta con su acostumbrada solemnidad militar.

Beryabian desvió su mirada hacia Schilks.

-¿Sobre qué?

-Sobre el lugar donde encontré el libro.

-¿Qué hay con eso?

-Que estaba debajo de un cuadro muy extraño.

-¿Un cuadro extraño?

-Sí, era la imagen de una espada sumergida en un mar.

Beryabian supo hacia dónde iba su escolta.

-¿Cómo era la espada?

-Era el dibujo de una espada como las que utilizaban los samuráis.

Beryabian sintió que un escalofrío le recorría su cuerpo. “*Zatzuno Mijuke*” pensó.

-¿Qué otra cosa extraña encontró? – preguntó Beryabian tratando de no mostrar su desconcierto.

-Sólo eso señor, ya que usted...

-Sí, está bien Schilks, gracias, puedes retirarte – el magnate lo interrumpió tajantemente.

El escolta dejó la biblioteca con parsimonia.

-¿Qué relación existe entre Wondar y Zatzuno Mijuke? – preguntó Beryabian en voz baja.

En ese momento ingresó a la biblioteca una de las muchachas del servicio, era Sandy. La mujer caminó tratando de no hacer ruido, Beryabian la avizó con el rabillo del ojo.

-¿Necesita usted algo señor? – la mujer miraba a Beryabian con picardía.

-Estoy ocupado Sandy – dijo con suavidad.

-¿Tal vez un masaje?

El magnate miró a Sandy, la mujer sonreía juguetonamente.

-Está bien, pero sólo en el cuello – Beryabian no pudo ocultar su delirio.

La mujer se hizo detrás del sofá y posó sus manos en los hombros de su jefe. Beryabian siguió leyendo el libro con una menor concentración. Sandy masajeó su cuello con suavidad y firmeza. Minutos después Sandy pasó una de sus piernas por encima el hombro de Beryabian, y después lo hizo con la otra quedando arriba de su jefe, quien arrojó el libro al suelo. La mujer empezó a besar el cuello de Beryabian, y éste puso sus manos sobre el cuerpo de ella con cuidado.

De pronto, una persona entró rapidez a la biblioteca. Era Laura Quierak.

-Oh, lo siento, no sabía que estabas...- manifestó sonrojándose.

Beryabian empujó a Sandy con brusquedad, la mujer se puso de pie aparatadamente.

-Es sólo un ejercicio de.... – dijo él avergonzado.

Sandy salió de la estancia rápidamente. Laura se quedó mirándola con hilaridad.

-Ahora veo por qué pasas tanto tiempo en esta casa – Laura no hizo esfuerzos para no reírse.

-Es sólo relajación, nada serio – Beryabian no supo cómo salir de la situación.

-Entiendo, entiendo.

-¿Qué se te ofrece? ¿No estabas durmiendo?

-Hace rato que no tengo contacto con Carlos, lo he llamado a su casa pero no contesta, y su teléfono celular está aparentemente apagado.

-Seguro que está divirtiéndose en la casa de Madame Clergh – Beryabian trató de vengarse de Laura, por su inesperada aparición.

-Sabes que no es cierto, fuera de eso la cosa no está para chistes – a Laura le molestó el comentario de su interlocutor.

Beryabian sonrió con malicia.

-Siento celos de Markuas, deberías reconsiderar tu relación con él.

Laura Quierak miró al magnate con indiferencia, ese comentario le produjo una mayor molestia.

-En fin, sólo quería preguntarte si se te ocurre otra forma de comunicarme con Carlos – dijo con ella con más calma.

-No se me ocurre – contestó él -. Aunque tal vez Zacarías Contrieras tenga alguna información.

Laura Quierak caviló un rato.

-Sí, puede ser – aseguró -. Llamaré a Zacarías.

Cuando Laura estaba a punto de marcharse, Beryabian la detuvo con una noticia.

-Schilkz encontró en la casa de Julius Wondar un cuadro que hacía referencia a La espada del Mar Thejdy.

-¿Cómo dices? – la mujer abrió los ojos desconcertada.

-Lo que oíste Laura, en la casa de Wondar hay un cuadro alusivo a La espada del Mar Thejdy – Beryabian recogió el libro del suelo.

-No sabía que Julius Wondar estuviera relacionado con ellos.

-Eso mismo pensé yo.

- Zatzuno Mijuke es un hombre muy extraño – Laura recordó los años de su residencia en el Japón.

-¿Por qué lo dices? – preguntó Beryabian.

-Su vida ha sido el dinero y las artes marciales.

-¿En dónde vive?

-En Tokio – Laura trató de encontrar una relación entre Los conejos de piel plateada y La espada del Mar Thejdy-. Su casa es muy sencilla, pero posiblemente tiene más dinero que tú.

-No lo creo, por Dios.

Laura había dado en el blanco, a Beryabian le molestaba que le dijeran que era más pobre que otra persona.

-Es cierto Pedro, incluso yo trabajé en la Corporación Mijuke.

-¿Y cómo Zatzuno Mijuke creó esa extraña sociedad?

-Por el profesor Ayeztre, él también fue su alumno en los Estudios del Universo Cíclico – comentó Laura -. Al parecer el profesor le habló sobre Los soldados del tiempo dorado, y Mijuke decidió crear un grupo similar en el Japón para estudiar a los samuráis.

-Muchos nos han querido imitar por lo que veo – dijo, señalando el libro que tenía en sus manos.

-No lo veas de esa forma, ellos nos han ayudado en nuestras actividades- dijo Laura.

-Sobre todo el barón Baidebaikel, que resolvió asesinarlos a todos – Beryabian sonrió con ironía.

En ese momento un automóvil parqueó cerca de la mansión del magnate. Un hombre vestido de gabardina y sombrero se bajó de él. Rafael Gensy escaló el muro que rodeaba la propiedad y desembarcó al otro lado. Había aprendido a hacer eso, como muchas otras cosas, con la banda de

maleantes en la que había estado. Corrió hacia la mansión con cautela. Sacó un arma y le puso un silenciador.

Al llegar a la mansión abrió una de las ventanas con cuidado, y por ella ingresó al interior de la residencia. Se encontró en una de las salas, que estaba a oscuras.

Caminó sin hacer ruido, como un gato, después de andar algunos metros escuchó unas voces: era Beryabian y otra persona. Preparó el arma sin hacer el menor sonido. Abrió la puerta de la biblioteca unos centímetros y trató de entrar. Cuando se disponía a hacer su aparición, sintió un golpe fuerte en la cabeza que lo paralizó. Era Sandy, la muchacha del servicio, quien le había roto a Gensy un florero en la cabeza.

Laura Quierak y Beryabian observaron que un hombre se desplomaba en el tapete de la biblioteca, el magnate corrió hacia el intercomunicador del escritorio. Sandy comenzó a llamar a Schilkz.

Cuando Sandy pronunció el nombre del escolta, Rafael Gensy rápidamente se puso en pie y apuntó contra Beryabian. Cuando estaba a punto de apretar el gatillo Laura Quierak le propinó un golpe en la nuca con su mano derecha. El hombre disparó, pero el tiro se estrelló contra los libros que estaban atrás del magnate. Cuando se disponía a disparar otra vez, escuchó que alguien venía corriendo por el pasillo, se imaginó que era Schilkz, entonces corrió hacia la ventana que estaba su lado y se lanzó contra ella, rompiendo los vidrios. Cayó en el jardín. Schilkz disparó su arma contra el intruso, pero no pudo apuntar con precisión porque Gensy ya iba camino del muro que había escalado. Schilkz salió al jardín por la misma ventana que había roto el intruso, y corrió hacia él, disparó varias veces pero ninguno de los tiros dio en el blanco. Gensy escaló el muro y cayó hacia el lado de la carretera, velozmente ingresó al carro y aceleró. Schilkz no pudo hacer nada más.

Laura, Sandy y Beryabian observaron cómo Schilkz volvía a la casa. Ingresó por la ventana a la biblioteca. En ese momento Pully y el profesor Ayeztre ya se encontraban en el lugar.

-¿Qué ha ocurrido? – preguntó el profesor, totalmente conmocionado.

-Han atentado contra Pedro- respondió Laura.

-¿Está usted bien señor? – Schilkz estaba cansado, sin embargo, le preocupó el estado de salud de su jefe.

-Muy bien, el tiro salió deviado – Beryabian se sentó temblando en la silla del escritorio.

-Fue Rafael Gensy – Schilkz sentenció con dramatismo.

-¿Cómo sabe el nombre de ese sujeto? – Ayeztre estaba totalmente desorientado.

-Ya había atentado contra mí – susurró Beryabian -. En una reunión del Comblaer Club, Schilkz lo detuvo pero se le escapó a la policía.

Ayeztre y todos los demás estaban impresionados.

-¿Es uno de los matones de Baidebaikel? – complementó Schilkz.

A varios kilómetros de distancia, en una casa del centro de Londres, el barón hablaba por teléfono desde su habitación.

-¿Se te escapó señorita Cosiliestre? – Baidebaikel estaba furioso.

Al otro lado de la línea, la mujer le contaba a su jefe lo que había ocurrido con Markuas.

-... mataron a Combleon señor – la señorita Cosiliestre musitó esto con aparente tranquilidad.

-¿Quién lo mató?- el barón Baidebaikel se encontraba sobre su cama, quería caminar, pero sus muletas estaban a algunos metros de donde estaba.

-Fue Zacarías Contrieras señor, nos disparó desde lejos, y le dio a Combleon en la cabeza.

-¿A dónde fue Markuas?

-No lo sé señor, estamos investigando, los documentos que nos dio eran simples páginas rotas de un libro – Cosiliestre dijo esto con cierto temor, ya que al barón no le gustaba trabajar con tontos que se dejaban engañar.

-¡Imbécil! ¡Usted es una idiota! ¿Dejó que Markuas la engañara tan tontamente? – Baidebaikel brincó unos metros hasta alcanzar las muletas.

-¡Pero señor, me estaban disparando! – la mujer entró en pánico.

-¡No me interesan sus disculpas señorita Cosiliestre, quiero esos documentos como sea! – gritó el barón.

-Como diga, sus órdenes serán cumplidas.

-¡Eso espero, porque parece que estuviera rodeado de inútiles! – el barón Baidebaikel colgó el teléfono inmediatamente.

Caminó con sus muletas desesperadamente por la habitación, estaba como loco. El teléfono timbró de nuevo.

-¿Qué quiere señorita Cosiliestre? ¿Le ha quedado alguna duda?

-Señor, soy yo, Gensy – dijo el matón al otro lado de la línea-. Traté de acabar con Beryabian en su casa, pero Laura Quierak me lo impidió.

El barón Baidebaikel quedó estático en el lugar donde se encontraba. Cerró los ojos y respiró hondo.

-Mire Gensy, me ha ocasionado muchos dolores de cabeza, si vuelve a fallar hablaré con unos amigos para que lo vuelvan a encarcelar, ¿me ha escuchado? – esto último lo dijo casi gritando.

-Entiendo señor, pero es que....

-¡No más disculpas! – el barón colgó el teléfono con furia, y llamó a su chofer y asistente-. ¡McYubb! ¡Venga por favor!

Un hombre fornido, vestido de negro, apareció casi que de inmediato.

-¿En qué le puedo colaborar señor?- el hombre tenía una apariencia poco agraciada, presentaba varias cicatrices en su cara como producto de una viruela mal curada.

-Necesito salir en este momento- dijo el barón-. Prepare el auto.

-De inmediato señor, como ordene- dijo McYubb.

El barón Baidebaikel pensó en diferentes posibilidades para salir de sus problemas. Pero no le quedaba otra salida que visitar a su ex amigo de El caldero de lava violeta.

-El barón se está pasando de la raya- dijo Ayeztre.

-Yo diría que hace rato se está pasando de la raya- respondió Laura Quierak.

Beryabian volvió a coger el libro que estaba consultando.

-Aquí debe estar la pista para descubrir el paradero de Jarrmas, él será nuestra salvación.

-¿Has encontrado algo ahí?- preguntó Laura.

-Hasta ahora no, puras tonterías.

-Quizás yo pueda dar con algo- Ayeztre le pidió al magnate que le prestara el Manual de El caldero de lava violeta.

Beryabian le suministró el libro al profesor.

-Ahora pienso que allí no hay nada profesor, sólo puras estupideces de esos locos- aseguró.

El profesor Ayeztre abrió el libro por la mitad, y miró a Laura.

-Lo tengo.

Capítulo 10

El rival de Zatzuno Mijuke era un joven como de veinte años. Ambos vestían kimono de color negro. Mijuke miró a su contendiente con soberbia, como siempre lo hacía, para minar la fortaleza psicológica de quien se paraba al frente de él en el combate.

El juez dio la orden para que empezara la lucha. Mijuke se encontraba en posición defensiva, el joven le envistió con varias patadas que pudo soportar. Después vino un puño que no alcanzó a tocar el rostro del veterano guerrero.

Pasaron varios minutos de la misma forma, Mijuke a la defensiva y el joven atacando, hasta que, de un momento a otro, el primero le propino al otro una patada en el estómago. Mijuke había ganado.

-¡Señor! ¡Tiene una llamada! – le dijo una persona vestida de saco y corbata al ganador, mientras le alcanzaba un teléfono celular.

-¿Quién es?- preguntó.

-Es el señor Danshi.

-Dile que me llame más tarde- Mijuke odiaba que lo interrumpieran en su sesión de lucha, y mucho más cuando estaba cansado y adolorido.

El sujeto de saco y corbata habló por el aparato en voz baja.

-Dice que es urgente señor Mijuke – advirtió.

El guerrero tomó el teléfono, y con acentuada molestia contestó.

-¿Qué pasa Danshi? Sabes que a estas horas no me puedes interrumpir.

-Señor lo siento, pero debe venir con urgencia.

Mijuke supo que algo grave estaba ocurriendo, Danshi jamás exageraba.

El helicóptero de la Corporación Mijuke aterrizó en el techo del piso cuarenta y cinco del edificio. Allí estaba esperando Danshi Mokira, con su habitual elegancia, vestido con un sastre negro y corbata de color rojo. Su jefe desembarcó, con una notoria molestia. Saludó a Danshi y fue hacia unas escaleras.

-Espero que sea algo muy importante – dijo Mijuke.

Danshi Mokira estaba trabajando con él desde hacía muchos años, había ascendido en la empresa de manera espectacular y meteórica. Mijuke lo nombró como su asistente dentro de la corporación.

Al llegar a su oficina, Mijuke contempló la espléndida vista de la ciudad de Tokio, los grandes edificios, las calles, la gente caminando. La oficina era inmensa y ostentosa, lo cual correspondía con el enorme ego de su ocupante.

-¿Qué ha ocurrido?

Danshi Mokira respiró hondo, sabía que su jefe se molestaría con la información que estaba a punto de transmitirle.

-Se trata del barón Baidebaikel – al escuchar ese nombre Mijuke se aferró muy fuerte a su sillón-. Ha comprado las acciones de la corporación.

-¿Cuántas?- Mijuke miró a su asistente directamente a los ojos.

-El 51 por ciento – Danshi pasó saliva.

-Ese hijo de... - Mijuke miró hacia una de las ventanas con furia. ¿Entonces ahora es el jefe de esta compañía?

-Así es señor- Danshi no pudo ocultar su tristeza.

-Por fin se ha vengado de nosotros.

Mijuke se quedó en silencio sentado en su sillón, Danshi supo que debía irse.

Mijuke abrió una pequeña puerta, y prendió una luz. Había una sala muy bien organizada, y una espada de samurái en el fondo. El cuadro de un océano presidía el lugar. Mijuke se arrodilló en frente de la espada, le hizo una pequeña reverencia. Pensó en el harakiri, en el suicidio ritual que llevaban a cabo los guerreros cuando habían sido deshonrados. Esa compañía había sido su vida, la había iniciado desde abajo con mucho esfuerzo, y ahora caía en manos de su peor enemigo.

“Debo viajar a Londres” Mijuke supo que sólo tenía una oportunidad para recuperar lo que era suyo, y no iba a dejar perderla. Se paró e hizo una reverencia a la espada nuevamente. Salió de la sala y fue hasta el intercomunicador de su escritorio.

-Necesito que venga el señor Danshi.

Una secretaria respondió con notable amabilidad.

El asistente apareció en la oficina inmediatamente.

-Viajaremos a Londres, ¡prepárate! – Mijuke dibujó una leve sonrisa en su rostro.

-Como ordene señor – Danshi le hizo una reverencia a su jefe, y salió. *“Zatzuno Mijuke nunca se rinde”* pensó el asistente.

Kayla, Zacarías Contrieras, y Carlos Markuas salieron del parque oriental. Empezaron a buscar un medio de transporte que los llevara hasta el castillo del Liorrg.

-Podemos alquilar un automóvil – dijo Markuas.

-Creo que estoy de acuerdo contigo – asintió Contrieras.

Kayla no había musitado una sílaba desde que había salido de la cabaña, estaba impresionada y muy asustada, no sabía cómo había terminado involucrada en todo ese enredo.

-No los puedo acompañar, es suficiente – dijo.

Contrieras y Markuas la miraron con pesar, pero al mismo tiempo sabían que no la podían dejar ir.

-Sé que todo esto ha sido muy raro para ti, sin embargo, nuevamente tengo que decirte que estás en peligro – advirtió Markuas con calma.

-¿Qué es todo esto? ¿Quién es esa loca mujer? ¿Por qué los persiguen? ¿Qué son esos documentos? ¿Para qué vamos a un castillo? ¡No entiendo nada de nada! – la joven pelirroja estaba descontrolada, sus ojos estaban llorosos.

El colombiano quiso contarle todo a Kayla, pero la historia era muy larga y muy compleja como para que ella comprendiera enteramente la situación.

-Es una guerra, señorita – Contrieras la miró a los ojos -. Es una guerra por el conocimiento, sólo le puedo decir eso.

Kayla quiso correr, ir a la policía, y volver al restaurante con su novio.

-Si te dejamos ir, tal vez esa mujer quiera hacerte daño, no queda otra solución que acompañarnos – Markuas trató de ser comprensivo.

Kayla miró a Markuas. Los ojos del músico del transmitían tranquilidad, era un hombre tierno, y por alguna razón le estaba empezando a gustar.

-Está bien, iré con ustedes, pero necesito que me expliquen todo este embrollo.

Los tres caminaron hasta un local donde se alquilaban carros. Decidieron viajar en un modesto automóvil de color verde, escogido por el colombiano. Ni Contrieras ni Markuas tenían dinero, así que Kayla utilizó su tarjeta de crédito para llevarse el medio de transporte.

Contrieras tomó la iniciativa de ir al volante, ya que su amigo todavía cojeaba. Los dos amigos le contaron parte de la larga historia a la joven.

Kayla quedó más preocupada y angustiada al escuchar la narración de los acontecimientos, y por un momento pensó que estaba en manos de un par de psicópatas dementes.

-¿Por qué Pertelo habrá decidido guardar esa información en el castillo de el Liorrg? – Contrieras miraba el paisaje rural al que habían llegado.

-El castillo pertenece a la familia de Lugo – dijo Markuas-. Él lo heredó de su abuelo, un potentado hombre de negocios argentino.

-¿Ya has estado allí? – Kayla acompañaba a Markuas en el asiento de atrás.

-Desde luego, Lugo me llevó muchas veces allí, es un lugar espléndido, muy grande, yo diría que gigantesco – el músico miraba el mapa que estaba anexado a la carta.

-¿Qué crees que haya allí? – Contrieras miraba a la pareja por el retrovisor.

-No lo sé, Lugo jamás me habló sobre eso.

-Los juegos nos llevaron muy lejos mi estimado Carlos, muy lejos – Contrieras aseveró esto con cierta nostalgia.

-¿Cuáles juegos? – preguntó la pelirroja.

-Dentro del grupo al que pertenecemos se llevaron a cabo unos juegos, de tipo mental – el músico se dirigió con parsimonia hacia la joven-. Unos retos para conseguir información sobre el siglo XVIII, el siglo del tiempo dorado.

-¿Y por unos juegos les están disparando? – la joven preguntó sonriendo con ironía.

-Así es, lo que pasa es que Lugo Pertelo consiguió datos secretos sobre algunos personajes de ese siglo, información que resulta incómoda para cierta gente hoy en día – por alguna razón, a Markuas le vino a la mente la imagen de Kayla en ropa interior.

-¿Incluido el barón ése, me imagino? – la pelirroja miró a Markuas con un poco de molestia, ya que sus ojos estaban clavados en los pechos de ella.

El músico se dio cuenta, y rápidamente volvió a concentrarse en el mapa.

-Lo que no me queda claro, es la razón de haber incluido a La espada del Mar Thejdy y a Los centuriones de hierro en todo esto asunto – comentó Contrieras.

-¿Quiénes son esos? – Kayla miró por la ventana, observó que un helicóptero se dirigía hacia ellos.

-Son dos sociedades creadas por alumnos del profesor Ayeztre – dijo Contrieras, quien se percató del helicóptero igualmente.

-¿Alumnos de qué? – la joven preguntó sin dejar de mirar el aparato que se aproximaba.

-De unos estudios muy extraños que se inventó el profesor y que...- Markuas observó que una de las puertas del helicóptero estaba abierta, y para su horror pudo divisar el aspecto de una mujer vestida de blanco que apuntaba con un arma hacia ellos-. ¡Cuidado Zacarías!

En ese momento una fuerte explosión arrojó el vehículo a un lado de la carretera, volcándolo completamente. El helicóptero se acercó hasta donde había quedado el automóvil, aterrizando en plena carretera. Del aparato se bajó la señorita Colisiestre.

Kayla, Markuas y Contrieras se habían golpeado fuertemente, habían quedado cabeza abajo. De pronto, unas manos ingresaron por una de las ventanas, y abrieron la puerta. La señorita Cosiliestre sacó a Kayla violentamente del auto y la arrojó afuera, después hizo lo mismo con Markuas.

-¡Entrégueme los papeles!- la señorita Cosiliestre llevaba una ametralladora en su mano.

Markuas estaba atónito, le dolía todo el cuerpo.

-¿Cuáles papeles? – preguntó, haciendo muecas de dolor intenso.

La señorita Cosiliestre requisó la chaqueta del músico, y agarró los papeles que tenía en uno de sus bolsillos. Los miró con satisfacción y volvió a montarse en el helicóptero. El aparato se elevó al instante.

-¿Estás bien? – Markuas se arrastró hasta donde estaba Kayla.

La pelirroja abrió los ojos lentamente.

-¿Qué ocurrió?

Zacarías Contrieras pateó la puerta del lado del conductor y salió afuera.

-¿Están bien? – el colombiano estaba herido en la cara, pero caminaba con fortaleza.

-La señorita Cosiliestre se ha llevado la carta de Lugo – dijo Markuas con dificultad.

Contrieras miró con terror al músico, después se concentró en Kayla. La joven se puso en pie con torpeza.

El barón Baidebaikel miraba a través de las ventanas del automóvil en el que viajaba, estaba ansioso por llegar a su destino. Empezaba a amanecer en Londres. McYubb miraba por el retrovisor con cuidado, a su jefe no le gustaba que lo espieran.

Llegaron a lo que parecía ser una bodega abandonada. McYubb se bajó del auto y ayudó a su jefe a salir. Al barón Baidebaikel no le gustaba que le ayudaran, pero tuvo que resignarse.

Entraron al lugar que se encontraban en penumbras. El barón hacía ruido con sus muletas al caminar por un largo pasadizo, y detrás venía su chofer. Pararon al frente de una puerta de metal.

McYubb sacó unas llaves de su bolsillo e introdujo una de ellas en la cerradura. La puerta se abrió, McYubb la empujó para que pasara el barón a un cuarto que estaba a oscuras.

-¿Cómo amanece? – el barón Baidebaikel se dirigió a un hombre que se encontraba acostado en un catre. El hombre lo miró sin mostrar expresión alguna.

El cuarto se iluminó. McYubb había tocado un interruptor.

-Necesito que coopere con nosotros, Berxexas – el barón miró con asco al hombre.

Berxexas Jarrmas parecía estar muy cansado, su rostro estaba totalmente demacrado.

-¿Qué quieres que te diga Henry? – Jarrmas se sentó sobre la cama y miró al barón, desafiándolo.

-¿Cuáles son los otros secretos?

-¿Los otros secretos? ¿De qué estás hablando Henry? ¿Te has vuelto loco?- Jarrmas sonrió con cansancio.

-Me refiero a los secretos que descubrieron Los soldados del tiempo dorado- el barón Baidebaikel miraba a Jarrmas directamente a los ojos.

El hombre se paró con firmeza, y se acercó al barón a pocos centímetros de donde estaba.

-Esa ha sido tu perdición Henry, tu obsesión por ocultar algo que ya no tiene sentido, y la ambición de conocimiento para tu propio provecho – espetó suavemente Jarrmas, aunque con algo de rabia en el tono-. Bien sabes que esos secretos están únicamente en poder del guardián y de los afectados por ellos.

El barón Baidebaikel hizo una mueca de fastidio, sabía que eso era cierto, y de hecho, él era uno de los afectados. Miró a Jarrmas con odio y caminó hacia la puerta dándole la espalda. McYubb entró al lugar y le propinó un puño en el estómago a Jarrmas, quien se tiró suelo con una expresión de sufrimiento en su rostro.

El barón caminó nuevamente por el oscuro pasillo, McYubb cerró la puerta de la habitación y alcanzó a su jefe. Los dos hombres ingresaron al automóvil de color negro. El teléfono comenzó a sonar.

-¡Hable señorita Cosiliestre!- el barón estaba muy contrariado.

-¡Tengo los papeles de Lugo Pertelo! – afirmó con entusiasmo la mujer al otro lado de la línea-. Todo parece indicar que la información está en el castillo del Liorrg.

El barón Baidebaikel sonrió con cautela.

-¿Está segura?- preguntó.

-Totalmente, tengo en mi poder una carta de Lugo Pertelo dirigida a Markuas, donde menciona esto.

-Muy bien, diríjase al castillo.

-Como ordene, señor.

El barón Baidebaikel se sintió eufórico de la alegría, después de varios años de búsqueda tendría esa información en su poder, y con ella podría destruir a Los soldados del tiempo dorado.

Kayla, Zacarías Contrieras, y Carlos Markuas caminaron por la solitaria carretera que los conduciría hasta el castillo del Liorrg. Le hicieron señal a los pocos automóviles que transitaban por el lugar, para que los llevaran, sin embargo, no tuvieron mucha suerte.

-Ese automóvil lo alquilamos con mi tarjeta de crédito – dijo Kayla apesadumbrada.

-No te preocupes, te ayudaremos a pagarlo – respondió Contrieras, con un pañuelo en su mejilla izquierda.

-Alguien nos tiene que colaborar, el castillo todavía está muy lejos – comentó Markuas.

-La señorita Cosiliestre llegará primero que nosotros – dijo Contrieras, haciendo una mueca de dolor.

-Eso me temo – aseguró Markuas con resignación.

Capítulo 11

El apartamento de Albert Kullt era gigante. Estaba ubicado en una exclusiva zona residencial de Londres. El asistente de Pedro Beryabian vivía con su novia, Patrice Wondar. Ambos estaban impresionados por los acontecimientos que habían vivido en el día anterior. Saber que su jefe, el multimillonario Pedro Beryabian, pertenecía a un extraño grupo junto con otras extravagantes personas era agobiante para Kullt, sin embargo, eso no le preocupó ya que su jefe lo tenía acostumbrado a cosas extrañas. Lo que sí le inquietaba era todo ese cuento de los secretos, y la afiliación del padre de su novia a otra de esas singulares sociedades.

-¿Jamás te imaginaste que tu padre estuviera metido en esas cosas? – Kullt vestía todavía una pijama, y preparaba el jugo de naranja para el desayuno.

-En realidad, no – dijo sin ninguna emoción Patty, mientras veía algo de televisión.

-¿Y Jarrmas? – preguntó Kullt.

-¿Qué hay con él? – Patty estaba desconcentrada, un programa de moda mostraba las últimas tendencias de ropa para el verano.

-¿Nunca se te ocurrió que el maestro de tu padre fuera el fundador de un club tan poco común? – Kullt puso dos vasos de jugo sobre la mesa del comedor.

-Bexexas Jarrmas siempre ha sido una persona enigmática, no me extraña que hubiera creado esa cosa del caldero – en la televisión apareció una modelo luciendo un sombrero rojo gigantesco que Patty aborreció al apreciarlo con detenimiento.

-¿Cuándo vuelve tu padre de España?

-Este fin de semana.

-¿No piensas hablar con él? – Kullt se sentó en la mesa, y esperó que su novia hiciera lo mismo.

-¿Hablar de qué? – preguntó Patty.

-De todo esto, ¿no crees que te debe una explicación? – dijo Kullt, al degustar el jugo de naranja.

-En lo que a mí concierne, no me importa lo que mi padre haga con su vida privada, ése es problema de él – la mujer se paró, y fue a sentarse a la mesa junto a su novio.

-Los conejos de piel plateada, un nombre muy infantil para un grupo de adultos que guardan secretos, ¿no crees? – Kullt miraba a su novia con cierta burla.

-Eso es típico de Jarrmas, es un adulto con alma de niño – dijo ella, probando el jugo igualmente.

-Y los extraños estudios con el profesor Ayeztre, ¿tampoco sabías sobre ellos?

Patrice Wondar miró hacia una pared con melancolía, su padre también la había instruido en esos conocimientos extraños.

-Mi padre es una buena persona, le encanta la pintura y la física.

-¡Vaya! ¡Qué combinación! ¿Pintura y física?

Patrice Wondar conocía esa educación extraña, desde pequeña su padre la había adiestrado en eso, a su pesar.

-No quiero hablar de eso Albert.

-¿Por qué? – Kullt miró con asombro a su novia.

-Es algo peligroso, es un conocimiento que jamás debe ser transmitido a personas sin escrúpulos.

-¿Y te parece que yo no tengo escrúpulos?

-No, no es eso, no me refiero a ti, me refiero a ciertas personas malignas.

-Como el tal barón Baidebaikel, ¿por ejemplo?

-Exacto, él por ejemplo.

-¿Y qué te enseñó tu papá? – Kultt miró con interés a Patty.

-Algún día te lo contaré Albert, no te preocupes – dijo ella, con dulzura.

Kultt se acercó a su novia para darle un beso, en ese instante sonó el teléfono.

-¿Aló? – Kultt le hizo una mueca de incomodidad a Patty.

-Mi querido señor Kultt, soy yo, Pedro Beryabian – dijo el magnate al otro lado de la línea.

El joven modificó su expresión al instante, por una más seria.

-Señor Beryabian, ¿cómo amaneció?

-Algo preocupado, anoche trataron de matarme.

-¿Cómo dice? – Kultt quedó perplejo, y en ese instante sintió que un escalofrío le recorrió todo su cuerpo.

-Ya le comentaré con más calma mi estimado Albert- dijo Beryabian tratando de restarle importancia al asunto-. Ahora quiero que me haga un favor.

-¿De qué se trata señor Beryabian? – Kultt rogó a Dios para que no lo mandaran a hacer alguna barbaridad.

-El profesor Ayeztre descubrió algo importante, necesito que se encuentre con él y con Laura en el Restaurante Malyzzt en una hora.

-Está bien, ¿y debo ir con Patty?- preguntó con ansiedad.

-No es necesario, vaya solo- Beryabian sonó muy decidido.

-Como quiera señor Beryabian, allí estaré.

-Yo tengo que reunirme con unas personas- dijo el magnate-. Después nos reuniremos.

Kullt colgó el teléfono con nerviosismo. Su novia había estado pendiente de la conversación.

-¿Qué ocurre?- preguntó.

-Ayer intentaron matar al señor Beryabian- respondió él muy pensativo.

-¡Oh, por Dios! ¿Y está bien?

-Sí, al parecer; tengo que reunirme con el profesor Ayeztre y con Laura Quierak en un restaurante- comentó esto mientras entraba a su habitación.

-¿Para qué?

-No tengo idea- dijo desde adentro del baño.

Cuarenta minutos más tarde Albert Kullt salió de su apartamento hacia el Restaurante Malyzst en un taxi. Al llegar al lugar, encontró a la pareja sentada en una de las mesas.

-Buenos días señorita Quierak y profesor Ayeztre- ambos lo saludaron efusivamente.

-Albert, hemos descubierto algo muy importante- dijo Ayeztre en voz baja.

-¿De qué se trata profesor?

-De la posible ubicación de Berxexas Jarrmas.

-¿Y dónde está él?- Kullt sintió una sensación similar al terror.

-El libro de El caldero de lava violeta describe algunos de los puntos de reunión del grupo- dijo Laura-. Entre ellos hay dos que nos llamaron la atención: la casa del barón Baidebaikel por supuesto, y una antigua bodega abandonada a las afueras de Londres.

-¿Y qué hacemos entonces?- Kullt rogó que no tuviera que ir a ninguna de las dos partes.

-Laura, tú y yo, iremos a la bodega abandonada- dijo Ayeztre-. Pedro y Schilkz irán a la casa del barón.

“*Qué mala pata*” dijo para sus adentros el joven.

-¿A qué hora vamos a ir?- Kullt miró temblando su reloj.

-Ahora mismo- respondió Laura.

Zatzuno Mijuke adoraba su avión privado. Era un Gulfstream de última generación. Danshi, su asistente, lo miraba con inquietud; jamás había visto a su jefe tan angustiado y furioso. El vuelo entre Tokio y Londres duraría varias horas.

“*El barón Baidebaikel es un miserable, le advertí que no se metiera con mi empresa, sin embargo, Beryabian es peor*” pensaba Mijuke.

-Señor, tiene una llamada- Danshi le entregó un teléfono a su jefe.

-¿Quién es?

-Soy yo Zatzuno, Henry Gans barón Baidebaikel.

Mijuke sintió que sus músculos se ponían tensos, y que su corazón palpitaba fuera de lo normal.

-No quiero hablar contigo Henry, ¡eres un bastardo!

-¡Espera Zatzuno, quiero que charlemos!- dijo el barón con inusitada humildad.

-Cuando llegue a Londres. Mi querido barón de porquería- Mijuke trató de colgar.

-¡Espera! ¡Espera! ¡No tienes toda la información! – dijo el barón gritando-. Fue Beryabian, él me recomendó que comprara las acciones, él es quien te odia.

Zatzuno Mikuje alcanzó a escuchar lo que había dicho el barón.

-¡En Londres hablaremos con tus abogados Henry! ¡Hasta pronto!- Mijuke colgó el teléfono y se lo entregó a Danshi.

No era la primera vez que discutía con el barón Baidebaikel, uno de sus mejores amigos de la universidad. Ambos habían sido compañeros de pupitre y de estudios, y ambos habían competido con Pedro Beryabian para saber quién era el mejor, en todo.

Kayla, Carlos Markuas y Zacarías Contrieras caminaron por varios kilómetros, estaban exhaustos. Llegaron a lo que parecía ser un hotel de paso. El sitio era pequeño, pero podría ofrecerles un albergue provisional.

-¡Debemos llegar rápido al castillo del Liorrg! ¡Antes que la señorita Cosiliestre!- exclamó Contrieras con angustia.

-No podemos hacer nada Zacarías, ella ya debe estar allí, y nosotros no hemos comido nada en horas – dijo Markuas con resignación.

Kayla estaba de acuerdo con el músico, la carretera los había agotado, estaban golpeados, con sed y con hambre, tenían que descansar.

Al llegar al restaurante del hotel comieron lo que pudieron, alquilaron una habitación, y pudieron darse una ducha caliente. Markuas estaba preocupado por la suerte de los documentos de Lugo Pertelo, y los secretos que contenían; sin embargo, la señorita Cosiliestre ya estaría en poder de ellos, según pensaba el músico.

Decidieron pasar la noche en el hotel, Kayla se quedó en la única cama que había en el cuarto, mientras que Contrieras y Markuas durmieron en el piso.

La señorita Cosiliestre estaba eufórica, tenía en su poder la carta de Lugo Pertelo, y ya se dirigía al Castillo del Liorrg, para cumplir las órdenes del barón Baidebaikel.

El helicóptero aterrizó en uno de los jardines del castillo. El lugar era inmenso, y la construcción era como la de los palacios medievales europeos.

La señorita Cosiliestre corrió con los documentos de Lugo Pertelo en una de sus manos, y con la otra llevaba una ametralladora. Una inmensa puerta de madera estaba en la entrada principal del castillo. La señorita Cosiliestre la golpeó con uno de sus puños, pero la puerta no se movió. Apuntó el arma contra la cerradura de la puerta y disparó. Nuevamente empujó la puerta de madera, y ésta se abrió al instante.

La mujer corrió por varios pasadizos al interior del viejo castillo, que parecía estar desocupado. Miró uno de los mapas que estaba anexo a la carta de Pertelo, y con él pudo orientarse.

Llegó hasta una puerta, en el lado izquierdo sobre la pared, había una placa que decía: SALA DE LOS CONDES. La señorita Cosiliestre hizo una señal de triunfo con sus manos, y trató de abrir la puerta, pero ésta estaba cerrada con llave. Nuevamente apuntó el arma contra la cerradura y disparó, la puerta se abrió al instante. La sala estaba llena de estatuas antiguas de caballeros. Buscó por debajo de cada estatua, para encontrar un botón, y después de verificar con sus manos pudo palpar una especie de interruptor en los pies de una de las figuras de piedra.

Movió el interruptor, al hacerlo, la pared del fondo de la sala se movió hacia el lado izquierdo. La señorita Cosiliestre se acercó hasta la pared, estaba ansiosa y tensionada. Un teclado electrónico apareció ante sus ojos.

“¿Cuál es la clave?” se cuestionó la señorita Cosiliestre. La carta de Lugo Pertelo no decía nada. Sin embargo, recordó la clave que le había suministrado Ernesto Steffens.

Digitó la palabra WOLFGANG. Pero nada ocurrió, un bombillo de la caja fuerte continuó en rojo. “*Steffens me mintió*” se dijo a sí misma la señorita Cosiliestre.

Apuntó el arma contra la caja fuerte, y disparó. No ocurrió nada.

-¡Carajo!- gritó la mujer.

La clave que le había suministrado Steffens era falsa, la señorita Cosiliestre intentó con otras palabras. Digitó la palabra PERTELO, pero la luz roja siguió iluminando la caja fuerte. Después lo intentó con la palabra MARKUAS, de manera inútil. Golpeó con un puño el teclado, se sintió como una idiota.

“*La clave correcta la debe saber el músico*” pensó la señorita Cosiliestre. La mujer abandonó la sala, y corrió hacia la entrada del castillo, en el jardín estaba estacionado el helicóptero.

¡Volvamos a la carretera! – le gritó al piloto. El helicóptero volvió a arrancar y se elevó en el aire, en busca de Carlos Markuas.

El músico pensó en la carta de su amigo Lugo Pertelo, y en la decisión de haber ocultado los documentos en el Castillo del Liorrg. Recordó los paseos que habían hecho a ese castillo, y el amor que le tenía su amigo a la antigua construcción. También se imaginó a la señorita Cosiliestre con rostro triunfante. Después recordó que la caja fuerte del castillo tenía un teclado electrónico, y por lo tanto para abrirla se requería de una clave. Sonrió al pensar que la señorita Cosiliestre no sabía la clave, y que muy posiblemente habría digitado la palabra WOLFGANG, y ésa no era la clave verdadera. Los soldados del tiempo dorado se habían puesto de acuerdo en esa palabra, como clave falsa.

Durante la noche escuchó a un helicóptero rondar por la zona. De inmediato supuso que la señorita Cosiliestre estaría en él, y que ella no había podido abrir la caja fuerte del Castillo del Liorrg. Despertó a Zacarías Contrieras. El colombiano estaba exhausto, sin embargo, abrió los ojos con sorpresa.

-¿Qué ocurre?- Contrieras se puso en guardia de inmediato.

-Nada, no te preocupes- dijo Markuas en voz baja, no quería despertar a Kayla-. Se me ocurrió que la señorita Cosiliestre no sabe la clave, y creo que debe estar buscándonos.

Zacarías Contrieras parecía perdido, no había asimilado del todo lo que le había dicho su amigo.

-¿Cuál clave? ¿De qué estás hablando? – preguntó el colombiano.

-La caja fuerte del castillo tiene una clave, en la carta Lugo no la menciona- susurró Markuas.

-¿Entonces la señorita Cosiliestre no habrá podido sacar los documentos?- preguntó Contrieras con una sonrisa en el rostro.

Markuas negó con la cabeza.

-¡Qué bien!- comentó el colombiano-. ¿Y qué hacemos ahora?

-Hay un helicóptero rondando por la zona, debe ser ella- dijo Markuas-. Tenemos que evadirla.

Contrieras y su amigo pensaron en un plan para escapar de la señorita Cosiliestre.

-¡Tenemos que irnos ya! ¡Aprovechemos la oscuridad! – dijo Markuas con emoción-. De todas formas, la habitación ya está paga.

Contrieras asintió. Los dos amigos despertaron a Kayla, que dormía profundamente. Ellos le explicaron lo que sucedía.

Afuera del hotel había una vieja camioneta, que le pertenecía al dueño del estadero. Contrieras y Markuas convencieron a Kayla para que la comprara.

-¿Están locos? – preguntó ella estupefacta.

-Después te damos el dinero – dijeron ellos, con no poca vergüenza.

Capítulo 12

Laura Quierak, Joazen Ayeztre y Albert Kullt se dirigieron hasta una bodega abandonada en las afueras de Londres. Un taxi los llevó hasta el lugar. El sitio era inhóspito, lleno de construcciones en ruinas y edificios abandonados.

-Este es el sitio- dijo el profesor Ayeztre, señalando la entrada a una vieja bodega.

-¿Cómo hacemos para entrar?- preguntó Kullt, a quien le temblaban las rodillas.

-Miremos si la puerta está con seguro – Laura Quierak se acercó hasta la entrada y la empujó, pero fue inútil-. No, está cerrada completamente.

El profesor Ayeztre sintió que el viaje realizado había sido en vano. Junto con Kullt y Laura revisaron el lugar, pero no había forma de entrar. De pronto, un carro de color negro se acercó hasta donde estaban. Ellos se escondieron, detrás de la pared de otro edificio.

El automóvil se detuvo al frente de la bodega. La puerta del conductor se abrió, y de allí salió un hombre fornido con una piel atacada por marcas de viruela. El hombre entró en la bodega.

Laura, el profesor Ayeztre y Kullt se dirigieron hasta la entrada, la puerta había quedado abierta, e ingresaron al lugar. Había poca luz, pero escucharon los pasos del hombre fornido, y lo siguieron a una distancia prudente como para no ser detectados.

El hombre fornido abrió otra puerta metálica y dejó lo que parecía ser un paquete en el interior.

-¡Tu comida Jarrmas! – espetó McYubb.

Laura y Ayeztre se miraron con estupor mientras observaban afuera, escondidos en las penumbras del pasillo.

McYubb salió del lugar y cerró la puerta metálica con llave. Laura, Ayeztre y Kullt lo vieron abandonar la bodega, y cerrar la entrada nuevamente.

-¡Jarrmas está adentro! – exclamó Laura.

-¿Cómo abrimos la puerta?- preguntó el profesor.

Kullt corrió y le pegó un empujón a la lámina metálica, pero la puerta no se movió.

-Tal vez con un gancho- dijo Laura, mientras sacaba una pinza de uno de sus bolsillos.

-¿Alguna vez has abierto una puerta de esa forma? – le preguntó Kullt.

-No, pero lo he visto en las películas – respondió ella ruborizada.

Laura Quierak trató de abrir la puerta con las pinzas, pero su esfuerzo fue en vano. De pronto, la puerta de la bodega volvió a abrirse, McYubb entró nuevamente al lugar. Laura, Ayeztre y Kullt se escondieron de nuevo en la penumbra del pasillo. Mc Yubb ingresó a la habitación.

-Se me olvidó darle el agua- dijo McYubb, al colocar un frasco de agua cristal en el piso.

Laura corrió hacia el cuarto, y cuando McYubb estaba a punto de salir se encontró con una patada en la cara. El hombre cayó al piso. Berxexas Jarrmas se arrojó encima de McYubb, después Ayeztre y Kullt lo ayudaron a neutralizar al asistente del barón Baidebaikel. El hombre opuso resistencia, sin embargo, no pudo hacer nada, porque eran cuatro personas contra una.

Después de amarrar a McYubb al catre y de registrarlo, lo dejaron encerrado en el cuarto. Laura, el profesor Ayeztre, Jarrmas y Kullt salieron a la calle, ingresaron al lujoso automóvil del barón, y abandonaron la bodega.

-¿Quiénes son ustedes? – preguntó Jarrmas con estupefacción.

-¿No te acuerdas de mí? – Ayeztre se encontraba al lado de él, en el asiento de atrás. Kullt manejaba el automóvil.

Jarrmas miró al profesor Ayeztre, como tratando de reconocerlo.

-¿Eres Joazen? – murmuró Jarrmas.

-Desde luego- dijo el profesor.

-¿Cómo me encontraron?

-Por el Manual de El caldero de lava violeta – respondió Laura.

-¿Por el manual? ¿Dónde lo consiguieron? – Jarrmas estaba atónito.

-En la casa de Julius Wondar había uno – dijo en voz baja el profesor Ayeztre.

-Disculpe que interrumpa su interesante conversación, pero ¿adónde nos dirigimos? – preguntó Kullt, que miraba por el retrovisor la imagen de un hombre totalmente cansado y enfermo.

-A la casa de Pedro – le respondió Laura.

-¿De cuál Pedro? ¿De Beryabian? – inquirió Jarrmas.

-Así es Bexexas – asintió Ayeztre.

El automóvil del barón Baidebaikel arribó a la mansión de Beryabian.

-¿Dónde está el señor Beryabian? – le preguntó Kullt a Pully, cuando ingresaron a la casa.

-Se ha ido con Schilkz.

-Voy a llamarlo para decirle que encontramos a Bexexas – Kullt tecleó en el teléfono celular el número de su jefe.

Pedro Beryabian no contestaba. De pronto, apareció Sandy con el aparato del magnate en la mano.

-¡Qué suerte! ¿Y ahora qué hacemos? – Kullt entró en pánico, debía comunicarse con Beryabian antes de que éste tratara de entrar a la casa del barón Baidebaikel.

-¡Llama a Schilkz! – dijo Laura.

-No es posible, él no anda con teléfono celular – dijo Kullt-. Cuando está con el señor Beryabian.

-Intentemos – insistió la mujer.

Kullt digitó el número del teléfono celular de Schilkz. No respondió.

Laura, el profesor Ayeztre y Kullt se miraron con terror. Beryabian no sabía que habían rescatado a Jarrmas; y él estaba a punto de ingresar por la fuerza a la casa del barón Baidebaikel, junto con su escolta.

La casa del barón Baidebaikel estaba ubicada en un exclusivo barrio de Londres. Beryabian y Schilkz esperaban afuera en un automóvil. Discutían la forma de entrar sin ser vistos.

En ese momento, vieron que una elegante limusina ingresaba a la casa del barón. La puerta eléctrica estaba abierta. Beryabian le hizo señas a su escolta para que aprovecharan el momento. Los dos hombres entraron a la propiedad justo cuando la reja se cerraba completamente.

Se escondieron detrás de unos árboles. De la limusina salieron dos sujetos de aspecto oriental, “*Zatzuno Mijuke*” exclamó para sí mismo Beryabian.

El barón Baidebaikel se encontraba en la puerta de la casa, los dos orientales entraron bruscamente a la mansión dedicándole una esforzada reverencia al anfitrión. El barón hizo una mueca de fastidio.

Beryabian y Schilkz esperaron hasta que el barón ingresara a la residencia. Se movieron rápidamente hasta la parte de atrás de la propiedad.

-¿Cómo entramos? – le preguntó el escolta a su jefe.

-Por la puerta del jardín.

Beryabian y Schilkz, sin ningún esfuerzo, penetraron en la casa por una entrada que daba a la cocina de la mansión. No había nadie en el lugar.

El barón Baidebaikel invitó a sus huéspedes a sentarse en unos sofás que había en la sala. Beryabian y Schilkz escucharon detrás de una puerta.

-Como ya te dije Zatzuno, el responsable de todo es Pedro Beryabian, nuestro compañero de universidad – el barón parecía afable y simpático-. Él fue quien me aconsejó comprar las acciones de la Corporación Mijuke.

-¡No me vengas con cuentos infantiles Henry!, ¿no eres lo bastante maduro como para tomar decisiones por ti mismo?- Mijuke parecía estar muy irritado.

-Ese no es el asunto, no me has dejado exponerte todo el problema- dijo el barón Baidebaikel mientras abría una botella de vino.

Schilkz miraba a su jefe con sorpresa. Beryabian le hacía muecas para que permaneciera en silencio.

-Beryabian nos ha estado jugando sucio a todos- el barón entregó a Mijuke y a Danshi una copa de licor.

-¿Cómo es eso Henry? ¡Explicate!- Mijuke no disimulaba su incomodidad.

-Sí, él nos traicionó a todos; a ti, a mí, al Caldero, a la espada del Mar Thejdy, a los centuriones, etcétera, etcétera- Baidebaikel se sentó apaciblemente al frente de sus invitados.

Zatzuno Mijuke dejó la copa en la mesa que tenía al frente. Danshi escuchaba con atención.

-Beryabian rompió los pactos, y me amenazó con hacer públicos los secretos si yo no compraba las acciones de tu empresa- el barón dijo esto con una pasmosa frialdad.

-¿Hacer públicos los secretos? Pero si... - Mijuke miró al barón con recelo.

-Ya sé, ya sé, el guardián y todos esos cuentos de Los soldados, sin embargo, así están las cosas- el barón tomó un poco de vino después de decir esto.

-Beryabian no puede romper los pactos, eso sería un suicidio para él- declaró Mijuke con notoria molestia.

-El sólo quiere destruir al Caldero, a La espada del Mar Thejdy, a Los centuriones, a todos, ¡se ha vuelto loco!- dijo el barón Baidebaikel.

Zatzuno Mijuke se puso en pie, dio un pequeño paseo por la sala, y pensativo miró a través de una ventana.

-Si es así debemos destruirlo- dijo con calma Mijuke.

En ese momento Beryabian y Schilkz sintieron que les ponían un pañuelo en la nariz, eran varios hombres, quienes los estaban forzando. El magnate y su escolta quedaron inconscientes. Rafael Gensy junto con otro compinche los habían puesto fuera de combate.

Se despertaron maniatados en un lugar oscuro, en un sótano. Beryabian sintió que la cabeza se le explotaba, al lado de él estaba su escolta, quien todavía no se recuperaba del todo.

De pronto, una puerta se abrió, la figura negra y deformada de un hombre apareció en las sombras: era el barón Baidebaikel. Bajó unas escaleras con precaución, y con bastante lentitud, atrás lo acompañaba Rafael Gensy, quien no dejaba su atuendo de gabardina y sombrero.

-¡Pero si es Pedro Beryabian, el hombre más rico del mundo! ¿A qué se debe esta inesperada visita? – el barón tenía una expresión siniestra en su rostro.

El magnate no podía decir nada, tenía un trapo puesto en su boca. Al ver a Baidebaikel se retorció como animal a punto de ser sacrificado. Schilkz miraba entre sueños, no se había repuesto.

-Y yo que te quería eliminar- dijo el barón muy cerca del rostro de Beryabian-. Pero ahora me eres más útil así.

El magnate miró al barón con furia, se sentía impotente.

-¿Y ahora sí me dirás lo que deseo saber?- Baidebaikel susurró esto al oído de Beryabian.

El magnate dejó de forcejear y sonrió.

-¿Te causo risa Pedro?- el barón le hizo una señal a Gensy.

El matón sacó una especie de varilla metálica y la empujó contra una de las piernas de Beryabian, quien lanzó un alarido de dolor.

-Si no hablas Pedro, tendrás una poco placentera estadía en este lugar, ¿comprendes?- el barón Baidebaikel le dio la espalda al magnate y comenzó a subir lentamente las escaleras del sótano, Gensy lo siguió.

Beryabian sintió un dolor profundo en uno de sus muslos; en ese instante, Schilkz abrió los ojos completamente y se dio cuenta de la situación.

-No nos podemos comunicar ni con Pedro ni con Schilkz, ¿qué hacemos?- preguntó Kullt al profesor Ayeztre y a Laura.

-Tenemos que ir a la casa del barón Baidebaikel- dijo Laura.

-Es muy peligroso- exclamó Ayeztre-. Si el barón o alguno de sus cómplices nos detecta, tal vez nos maten.

-Profesor, es un riesgo que debemos correr- dijo Laura.

En ese momento, Berxexas Jarrmas estaba descansando en una de las habitaciones de la mansión de Beryabian, no estaba dispuesto a hablar de nada hasta que no se repusiera.

-Está bien, si no hay otra opción- admitió el profesor.

-¿Nos vas a acompañar?- Laura se dirigió a Kullt, quien comía un postre de chocolate que le había servido Pully.

El joven asistente no tuvo otra opción que asentir positivamente.

Beryabian miró a su escolta con resignación. Schilkz trataba de desatarse, pero todos sus esfuerzos resultaban infructuosos. Había sido entrenado para ese tipo de situaciones extremas, y en su entrenamiento, había logrado desprenderse de cadenas de metal, pero su cuerpo intoxicado no le respondía adecuadamente.

El magnate logró ponerse en pie, y torpemente dio un paseo por el sótano. Había basura de todo estilo, como libros rotos, electrodomésticos dañados, papeles usados, cuadros de antepasados, lámparas, y envases de licor resquebrajadas. Beryabian logró agarrar una de esos envases y lo dejó caer contra el suelo, muchos vidrios quedaron dispersos. El magnate agarró uno de los vidrios y lo dirigió contra la cuerda que lo amarraba por la espalda. Después de unos minutos pudo deshacerse de la atadura.

Ayudó a su escolta a desamarrarse; Schilkz estaba eufórico, quería partirle la cara al barón, y al sujeto que le había pegado a su jefe. El irritado guardaespaldas subió las escaleras hasta la puerta del sótano, pero la entrada estaba bajo llave. Ambos revisaron el lugar para saber si había alguna salida, pero no encontraron nada.

De pronto, la puerta del sótano se abrió. Beryabian y Schilkz corrieron hacia un costado del lúgubre lugar y trataron de colocarse las cuerdas que se habían quitado, o por lo menos, fingir que todavía estaban atados.

Uno de los compinches de Gensy bajó con un revólver en la mano. Vio a los hombres acostados en el piso y sonrió con sadismo.

-¡Levántense! El barón quiere hablar con ustedes- gritó el sujeto.

Beryabian y Schilkz permanecieron acostados, haciendo caso omiso de la orden del individuo.

-¿Es que no entendieron?- exclamó el hombre con furia.

El magnate y su escolta siguieron petrificados.

-Muy bien, será como ustedes desean- el sujeto lanzó una patada a las piernas de Beryabian, quien gimió de dolor-. ¡Levántate!

El magnate continuó estático. Al ver que ninguno de los prisioneros se ponía en pie, el compinche de Gensy trató de lanzar una patada contra el rostro de Schilkz, quien, para defenderse puso su mano como escudo. El escolta agarró el pie del sujeto y con un movimiento rápido de sus manos lo hizo caer contra un montón de papeles viejos. Beryabian rápidamente se incorporó y desarmó al sujeto, ayudado por Schilkz. Cuando el compinche de Gensy trató de gritar, el escolta le empujó un trapo en la boca. El magnate y Schilkz ataron al hombre y lo dejaron en un rincón del sótano. Subieron las escaleras y dejaron el lugar, al llegar al primer piso se encontraron con la cocina, que estaba desolada. Abrieron la puerta y salieron al patio. No había nadie. Corrieron hacia la parte frontal de la casa con tenacidad y al llegar al muro se ayudaron mutuamente para pasar al otro lado. Schilkz impulsó a su jefe hacia la calle de manera eficaz, y una vez realizó esta operación, escaló por el muro con sus propias manos. El magnate estaba asombrado con la agilidad de Schilkz, quien en cuestión de segundos se encontró al lado de su jefe. A continuación corrieron hacia el automóvil en el que habían llegado. Al prender el motor se escucharon algunos disparos que se estrellaron contra el carro. Schilkz aceleró con rapidez, sin embargo, varios de los tiros golpearon el medio de transporte. Beryabian volteó a mirar hacia atrás con cuidado, y se sorprendió al ver que un automóvil de color gris los seguía.

-¡Acelera Schilkz! ¡Nos están siguiendo!- Beryabian observó que el automóvil café los estaba alcanzando fácilmente.

De nuevo se escucharon disparos, los cuales hicieron impacto en el carro que conducía el escolta. Beryabian volteó su cabeza nuevamente y se dio cuenta que el chofer del auto que los seguía era Rafael Gensy, el mismo individuo que había atentado contra él en múltiples ocasiones.

Al llegar a un semáforo en rojo Schilkz aceleró, el carro café hizo lo mismo.

-¡Nos va a alcanzar Schilkz!- gritó Beryabian. En ese instante un disparo entró por el vidrio de atrás, convirtiéndolo en múltiples pedazos rotos.

El escolta revisó en la guantera del carro y sacó una pistola. Se la pasó a su jefe; éste con dificultad apuntó a su perseguidor y apretó el gatillo, pero al parecer la bala no hizo impacto en el objetivo.

Capítulo 13

Zatzuno Mijuke llegó al lujoso Hotel Stheilgs. Se bajó de la limusina y caminó hasta el lobby. Danshi caminaba dos pasos detrás de él con celeridad, ya que su jefe tenía una enorme zancada.

-Bienvenido señor Mijuke, su suite está preparada- dijo un elegante empleado que portaba unas gafas de marco transparente.

-Gracias- susurró Mijuke con amabilidad.

El ascensor se abrió rápidamente, dos señoras que salían de él, vestidas con trajes azules y sombreros de plumas miraron con aire de superioridad a Mijuke, éste ni siquiera se percató. Lo mismo hicieron con Danshi, sin embargo, el joven asistente les dedicó una pequeña reverencia.

Al llegar a la suite presidencial, Zatzuno Mijuke le pidió a Danshi que le sirviera un vaso de jugo de naranja. El asistente cumplió el deseo de su jefe de inmediato.

-¿Qué opinas de lo que nos dijo el barón Baidebaikel?- Mijuke parecía concentrado en el contenido del vaso.

-Es muy grave, si es cierto- respondió Danshi sin querer alterar el ánimo de su jefe.

-No confío en el barón, tenemos que asegurarnos- Mijuke miró a su asistente con frialdad.

-Llamaré a Kruivver- afirmó Danshi.

-Me parece una buena solución- Mijuke le sonrió maliciosamente a Danshi-. No estoy dispuesto a perder mi empresa.

Danshi sintió un escalofrío por todo su cuerpo. Llamar a Kruivver era peligroso, y él lo sabía, pero no tenía otra opción.

La puerta de la suite se abrió de improviso. Danshi se puso en guardia como siempre lo hacía, pero de inmediato se relajó al ver que Juidi

Dakamoto ingresaba en la habitación. La mujer era de mediana estatura, cabello negro, y ojos rasgados. Una típica bella joven japonesa.

Zatzuno Mijuke sonrió, su asistente tímidamente se replegó a la cocina.

La mujer vestía una falda y una blusa de color gris, era muy atractiva. Observó a Mijuke con una sonrisa coqueta, mientras se aproximaba a él.

-Te puedes ir Danshi- dijo el millonario en voz alta.

El joven asistente abandonó el lugar, no sin antes hacer una reverencia a su jefe antes de irse.

-¿Me has extrañado?- preguntó la joven, al sentarse junto a Mijuke.

-Eres mi único amor.

Juidi Dakamoto emitió una sonora carcajada.

-Es cierto, no hay otra mujer como tú- Mijuke miraba con ternura a la joven.

-Si es verdad, dame un beso.

El millonario se acercó hasta la joven con lentitud, y le dio un breve beso en la boca. Juidi Dakamoto lo miró a los ojos.

-Zatzuno Mijuke no cambia- murmuró la joven.

-Eres mi mejor discípula.

Juidi Dakamoto lo miró en silencio; él era la persona que más admiraba en el mundo, era su maestro, pero también su amor platónico. Ella, había nacido en Yokohama, sus padres eran unos ricos comerciantes de arte oriental. Había ingresado a la universidad a estudiar Economía, y allí había conocido al señor Mijuke, durante una conferencia en la que él era el orador principal. Mijuke había instruido a Dakamoto en todo lo relacionado con el mundo de los negocios, pero también la había iniciado en los estudios de las artes marciales japonesas.

Zatzuno Mijuke había perdido a su esposa en un trágico accidente aéreo, y había prometido no volver a relacionarse con una mujer sentimentalmente. Pero Juidi Dakamoto le había devuelto cierta emoción y entusiasmo por las relaciones humanas, en las que Mijuke se había vuelto un ser indiferente. Le llevaba varios años a la joven, y sus sentimientos hacia ella eran en principio paternales, pero con el tiempo se habían tornado en difíciles tensiones pasionales. Los dos jugaban a coquetearse mutuamente, pero ni él ni ella cruzaban esa delgada línea que separa la amistad y la atracción del amor.

-Me da gusto verte en Londres- dijo Dakamoto.

-Vine por Baidebaikel- la expresión del rostro de Mijuke cambió radicalmente, habló con seriedad.

-¿Y ahora qué hizo?- la joven miró a Mijuke con exasperación.

-Compró la mayoría de las acciones de la corporación.

-Eso es inaceptable, tú le habías advertido que no lo hiciera.

-Sí, pero según él lo hizo por presión de Beryabian- Mijuke se levantó de su puesto y empezó a caminar por la sala de la suite.

-¿Entonces el barón Baidebaikel es quien controla ahora la Corporación Mijuke?- Dakamoto estaba asombrada.

-Así es- respondió con resignación su interlocutor.

-¿Qué vas a hacer?

-Hablar con mis abogados; y después, quizás, visitaré a Beryabian.

-Tengo la sensación que es una trampa del barón Baidebaikel- la joven habló con firmeza-. No sería la primera vez.

Mijuke pensativo, miró a la joven.

-Tienes razón, Danshi está ubicando a Kruiivver para que haga las investigaciones pertinentes.

-No me gusta ese individuo- Dakamoto hizo una mueca de fastidio.

-Es el único que nos puede ayudar en este caso, y lo sabes- Mijuke sonrió levemente al ver la expresión de la mujer.

-Pero es que, incluir a Los centuriones de hierro en todo esto es...

Zatzuno Mijuke volvió a tensar el rostro.

-No los estoy incluyendo, y tengo la misma opinión que tú tienes de ellos, pero es una urgencia.

-La espada del Mar Thejdy y Los centuriones de hierro somos como el agua y el aceite, ¿o ya lo olvidaste?- la joven sabía que no podía contradecir a su maestro, pero aquello era urgente.

-Baidebaikel dijo que Beryabian lo amenazó con la revelación de los secretos- Mijuke dijo esto con nerviosismo.

-¿Cómo? ¡Eso es imposible! ¡Los soldados del tiempo dorado prometieron no revelar esa información jamás!

-¿Qué puedo hacer? ¡Eso dijo el barón!- Mijuke alzó la voz con brusquedad.

-¡Esas son patrañas de Baidebaikel! ¡Lo conoces!- la joven replicó de la misma forma.

-Juidi, por eso necesito a Kruiivver, ¿ahora entiendes?

La joven hizo silencio, pensó en otra solución.

-Ahora debo salir, tengo una cita con Sir Hullbert Loudd, mi abogado- Mijuke salió de la sala y se internó en la habitación de la suite.

-Te acompaño- dijo Dakamoto.

Laura Quierak, Joazen Ayeztre y Albert Kullt abordaron uno de los automóviles de Beryabian. El lujoso carro negro del barón lo habían escondido en uno de los garajes de la casa. Cruzaron los jardines de la mansión y se dirigieron hacia Londres, a la casa de Baidebaikel.

-¿Crees que pudieron entrar?- Laura estaba angustiada, sabía que el barón estaba tratando de eliminar a Beryabian.

-No lo sé, espero que no- Ayeztre estaba ansioso igualmente.

Albert Kullt manejaba el automóvil, a su lado estaba sentada Laura Quierak. El joven asistente había tratado de comunicarse con su jefe y con Schilkz, pero su esfuerzo había sido inútil.

-El señor Beryabian se metió en la boca del lobo- dijo con una risa nerviosa.

Laura lo miró con reproche. El joven asistente se ruborizó.

-Debemos impedir que entren a la casa del barón- dijo Ayeztre.

-Ojalá lleguemos a tiempo- Laura miró la carretera con aprensión, le pareció interminable.

Después de varios minutos de viaje llegaron a las cercanías de la casa del barón Baidebaikel. Estacionaron el automóvil a algunas calles. Laura, Ayeztre y Kullt caminaron por una de las aceras con normalidad, todo parecía estar en orden, y no se veía señal alguna de Beryabian o de su escolta.

-Deben estar adentro- dijo el profesor en voz baja.

Se pararon en frente de la casa del barón, detrás de unos árboles. La tranquilidad habitual del barrio era lo que prevalecía en el ambiente.

-¿Qué hacemos?- preguntó Kullt.

Ni Laura ni Ayeztre respondieron nada, sólo observaban hacia la casa. De un momento a otro, vieron que un taxi ingresaba a la casa. Minutos después advirtieron que el barón Baidebaikel entraba en el automóvil, y que éste salía en ese instante.

“Ojalá que no se les ocurra entrar” pensó el asistente de Beryabian.

Laura les hizo una señal a sus acompañantes para que la siguieran. Se dirigía hacia la casa del barón.

-¿Cómo vamos a entrar?- preguntó Kullt.

El muro que rodeaba la casa era alto, sin embargo, no era imposible escalarlo. El profesor Ayeztre miró a Laura con complicidad. La mujer le pidió a sus acompañantes una ayuda, segundos después el profesor y Kullt le servían de escalera improvisada. Laura llegó a lo alto del muro, y con sus brazos se impulsó hasta arriba. Una vez hizo esto saltó al jardín interior de la casa.

-Ahora te toca a ti- el profesor miró al joven asistente mostrándole el muro.

-Yo me quedo afuera- dijo el joven.

Ayeztre no respondió nada, sólo lo miró inexpresivamente.

-Está bien, ¡ayúdeme a subir!

El profesor realizó con Kullt una operación similar a la que había hecho con Laura segundos antes. El joven asistente la alcanzó al otro lado del muro.

-¡Vamos!- dijo Laura en voz baja.

-¿Y el profesor no va a venir?- exclamó el otro.

-No es necesario, sígueme.

Laura y Kullt rodearon la casa, llegaron a la puerta de atrás. La trataron de abrir, pero estaba con seguro.

La mujer volvió a sacar la pinza que había utilizado en la bodega abandonada, donde habían encontrado a Berxexas Jarrmas. La introdujo en la cerradura de la puerta. Hizo algunas maniobras extrañas, y la cerradura cedió.

Laura y Kullt ingresaron a la cocina de la casa del barón Baidebaikel. Todo estaba en orden, no se escuchaba ningún sonido, aun así caminaron con lentitud.

Llegaron a la sala, no había nada, sólo unos muebles muy viejos. Laura le señaló a Kullt unas escaleras. El joven entendió que subirían al segundo piso. Muy cuidadosamente emprendieron camino.

Al llegar a la planta superior de la residencia se encontraron con numerosas puertas. Laura comenzó a abrir una por una con cuidado. Eran habitaciones vacías. Sin embargo, una de las entradas presentaba un dibujo extraño en la puerta: un caldero en forma de volcán expulsando lava de color violeta.

Laura y Kullt cruzaron la entrada, era una enorme biblioteca. Estaba atestada de libros. Por alguna razón, la mujer empezó a revisar los anaqueles. El joven asistente sólo miraba anonadado.

-¿Qué buscas?- preguntó.

Laura miró a Kullt con indiferencia y siguió inspeccionando. En el lugar también había mucho polvo y mugre, la mujer empezó a toser. Sacaba libros y los volvía a colocar en su lugar desesperadamente. Al joven asistente le llamó la atención un enorme libro que se encontraba en unos de los estantes de arriba. Puso una silla para poder alcanzarlo.

“*Los extraños estudios del universo cíclico*” leyó Kullt en la portada del texto, y a continuación observó el nombre del autor “*Iblius McBeun*”.

-Oye Laura, mira esto- dijo Kullt, mostrándole el descubrimiento.

La mujer miró con horror. “*No puede ser*” pensó.

-¿No es esto lo que enseña el profesor?- preguntó el joven asistente.

-Así es- Laura agarró el libro, y le hizo señas a Kullt para que se fueran.

Cerraron la puerta de la biblioteca, y bajaron a la planta de abajo de la casa. Luego ingresaron a la cocina, y abandonaron la residencia por la puerta de atrás.

-No revisamos el sótano- comentó Kullt.

-Me parece que no hay nadie- Laura corría hacia el muro.

El joven asistente ayudó a Laura a escalarlo. La mujer con gran agilidad pasó al lado de la calle.

-¿Y ahora cómo lo hago?- Kullt miró la pared con impotencia.

-¡Ayúdame con unos troncos o con algo para que te sirvan de base!- le aconsejó Laura.

Kullt buscó en el jardín, pero no había nada que le pudiera ayudar. De pronto, un montón de ladrillos cruzaron el muro desde el otro lado.

-¡Aquí te mando estos regalitos!- exclamó Laura.

El joven asistente colocó los ladrillos, uno encima de otro, y con ellos pudo alcanzar la parte más alta del muro. Después saltó a la calle, donde lo estaban esperando Laura y el profesor Ayeztre.

-¿Encontraron a Pedro?- preguntó el profesor.

Kullt negó con la cabeza y miró a Laura, ella le mostró a Ayeztre el libro que había en la biblioteca del barón Baidebaikel.

-¡Oh, por Dios! ¿Cómo hizo el barón para conseguirlo?- exclamó el profesor.

Laura y Kullt no dijeron nada, al igual que el profesor no tenían ni idea del origen de ese libro.

-Es mejor que nos vayamos- dijo Laura.

Caminaron algunos pasos hasta llegar al automóvil en el que habían llegado. Kullt tomó el volante de nuevo.

-Profesor, ¿qué son esos tales estudios del universo cíclico?- Kullt quería saber de una vez por todas el misterio que rodeaba ese tema.

Laura miró al profesor Ayeztre con complicidad.

-Los estudios del universo cíclico son una serie de investigaciones de un científico del siglo XVIII llamado Iblus McBeun- Ayeztre no tuvo más remedio que explicarle a Kullt este tema-. McBeun era un ferviente seguidor de Newton y de sus teorías, sin embargo, fue rechazado por la mayoría de academias y universidades por sus extrañas investigaciones.

-¿Qué tipo de investigaciones? Jamás he escuchado hablar de ese físico- dijo Kullt.

-Es lógico, McBeun propuso a la comunidad científica la existencia de unas realidades paralelas que colindaban con nuestra propia realidad. Por este motivo fue tildado de loco y de esquizofrénico.

-¿Algo así como los universos paralelos?- preguntó Kullt.

-En realidad no, para McBeun la existencia de universos paralelos era un hecho; pero, la existencia de otras realidades era una verdadera proposición mucho más amplia y compleja, algo así como unas realidades paralelas al conjunto de universos.

-¿Como los planos astrales y todas esas cosas?- el joven asistente parecía muy interesado en la exposición del profesor.

-Tampoco mi estimado señor Kullt, McBeun iba más allá, él decía que el conjunto de universos era un hecho incuestionable, y que más allá habían realidades que estarían representadas en otro tipo de relación de conocimiento.

-¿Se anticipó a Einstein y a Hawking?

-No lo creo, ya que las realidades de las cuales hablaba McBeun estarían en un campo que irían más allá de la física y de la metafísica. En realidad, él era tratado como un loco, y como un excéntrico, nadie le puso atención a sus afirmaciones, y por eso la ciencia moderna tradicional no lo menciona.

-¿Por qué se llaman estudios del universo cíclico?- Kullt estaba realmente interesado en el tema. Laura sólo oía la explicación del profesor, puesto que ya la conocía muy bien.

-McBeun bautizó ese conjunto de otras realidades como universo cíclico, ya que según él, la clave para entender ese tema era el círculo.

-¿Cómo supo usted de eso, profesor?- Kullt miró a Ayeztre por el retrovisor.

-Dentro de los juegos mentales de Los soldados del tiempo dorado, ése fue mi descubrimiento- dijo el profesor con nostalgia.

-¿Y por qué esos estudios son peligrosos?

-McBeun propuso diferentes teorías, proposiciones, axiomas, ecuaciones, que si se estudian podrían volver loco a cualquiera, es un tema muy delicado que sólo puede ser tratado por personas con disciplina y cordura mental- dijo el profesor al ojear el libro.

-¿Y el barón Baidebaikel cómo supo de todo esto?

-No lo sé, tengo que averiguarlo- dijo el profesor con preocupación.

Laura miró a Ayeztre. Sabía que ese tema era complejo y difícil de entender, jamás quiso conocer los estudios del universo cíclico porque el mismo profesor Ayeztre le había recomendado no incursionar en esas extrañas disciplinas.

Minutos después llegaron a la casa de Beryabian. Un tiroteo estaba ocurriendo en ese momento.

-¿Qué es esto?- preguntó Laura con terror.

Capítulo 14

La camioneta que le habían comprado al dueño del hotel estaba en un estado lamentable. Carlos Markuas no se sintió cómodo al manejar aquel artefacto a punto de desbaratarse. La noche era oscura, la luna estaba tapada por las nubes, lo que les permitió huir con mayor eficacia del helicóptero que transportaba a la señorita Cosiliestre.

-El aparato no volvió a pasar- dijo Zacarías Contrieras, mientras miraba por una de las ventanas.

-Tenemos suerte- comentó Markuas.

Kayla estaba preocupada por el dinero que había gastado. “¿Será que estos sí me lo devolverán?” pensó con inquietud.

La carretera estaba totalmente desocupada, ocasionalmente transitaba uno que otro camión.

-¿El castillo está lejos?- preguntó el colombiano.

-Un poco, estamos como a cuarenta minutos de camino- Markuas hacía esfuerzos para conducir la camioneta.

-Tengo sueño- dijo Kayla al emitir un profundo bostezo.

-Duérmete, te avisaremos al llegar- Markuas quiso tratar a la joven con delicadeza y ternura, porque tenía remordimiento de conciencia al haberla incluido en todos esos episodios.

La pelirroja se acomodó en la silla de atrás, y cerró los ojos.

-¿Cómo sigues de la herida?- preguntó Contrieras.

-Está bien, sólo fue algo menor- el músico se tocó el muslo-. ¿Y tu mejilla?

-También fue algo menor, no te preocupes.

La camioneta empezó a emitir un extraño sonido, que fue detectado de inmediato por Markuas y por Contrieras. El sonido era en realidad un ruido de latas entrechocándose.

-Creo que voy a parar- dijo el músico.

-Está bien.

Orillaron el vehículo a un lado de la carretera. Markuas se bajó para averiguar el origen del extraño sonido, pero no encontró nada. “*Debe ser alguna lata ubicada en mala posición*” pensó. Volvió a sentarse al volante; sin embargo, cuando trató de prender el motor, no ocurrió nada.

-¿Qué ocurre?- preguntó el colombiano.

-No prende.

Markuas insistió, pero el vehículo no respondió.

-Voy a mirar- Contrieras se bajó de la camioneta y levantó el capó del carro-. Necesito una linterna.

Buscaron en el vehículo, pero no había ningún artefacto que pudiera ayudarles a ver mejor.

-Estamos varados- dijo el colombiano.

La oscuridad del lugar era intensa, sólo se alcanzaban a ver unas montañas en la lejanía, pero de resto no había nada.

-Si nos vamos caminando, ¿cuánto tiempo gastaremos en llegar?- el colombiano trataba de ver en la oscuridad el origen del desperfecto de la camioneta.

-Dos horas- respondió Markuas.

-Esperemos para ver si alguien nos lleva.

-No lo creo, por aquí no pasa nada- Markuas estaba ansioso, creía que la señorita Cosiliestre los detectaría al instante al verlos allí.

Kayla entreabrió los ojos. Se dio cuenta de la situación.

-¿Por qué no me avisaron que habíamos llegado?- gritó.

-¡No hemos llegado, la camioneta se descompuso!- le espetó Markuas.

“*Otro carro que tendré que pagar*” se dijo a sí misma la pelirroja. Se bajó del vehículo y miró a los dos hombres con rabia.

-¡Es el colmo! ¡Me estoy gastando todo mi dinero en esto!

-¡Ya te dijimos que te lo devolveremos todo!- dijo Contrieras con desesperación.

-¿Qué ocurre? ¡Me han disparado! ¡Me he volcado en un carro! ¡Renuncio!- gritó Kayla con lágrimas en los ojos.

Markuas se acercó a la joven y la abrazó. Ella no opuso resistencia.

-Lo lamento Kayla, y te entiendo, te hemos metido en muchos problemas- Markuas dijo esto con suavidad.

En ese instante dos luces los iluminaron. Se trataba de un automóvil. Contrieras le hizo una señal con la mano, para que los ayudara.

-¿Necesitan ayuda?- un hombre joven como de unos veinticinco años conducía.

-Sí, esta chatarra no quiere andar- dijo Contrieras sonriéndole.

El joven orilló el vehículo delante de la camioneta, y se bajó con una linterna. Miró el motor con detenimiento.

-La batería está muerta- sentenció con firmeza.

Markuas y Contrieras se miraron con perplejidad.

-¿No se puede hacer algo?- le preguntó el colombiano al joven.

-Nada- dijo-. Si quieren los puedo acercar un poco, ¿adónde se dirigen?

-Al Castillo del Liorrh- Markuas habló con extrema sinceridad. Contrieras le hizo una mueca de desaprobación a su amigo.

-¿Van hasta el castillo? Es muy lejos, yo voy a mi casa que queda a pocos minutos de aquí- dijo el joven.

-Está bien, si nos puedes hacer el favor de llevarnos, estaríamos muy agradecidos- Contrieras miró al músico con seriedad.

-Los llevo hasta mi casa, para que puedan llamar a alguien.

-¿Llamar a quién?- preguntó Markuas.

-Para que se lleven la camioneta, ¿no?- el joven miró de una forma extraña al músico.

-¡Ah claro!, es verdad.

Kayla, Markuas, y Contrieras, se subieron al automóvil del joven. Este aceleró de inmediato.

-¿Para qué van al castillo?- preguntó.

-Queremos visitarlo, hace mucho tiempo que no vengo- dijo Markuas con nerviosismo.

-¿Es usted amigo de la familia Pertelo?

-Efectivamente, Lugo Pertelo y yo fuimos muy buenos amigos- Markuas recordó a su viejo camarada con tristeza.

-¿El murió de cáncer? ¿No es cierto?- el joven prendió la radio, una emisora de música rock estaba sintonizada.

-Es correcto, un cáncer en el estómago lo fulminó- el músico visualizó la carta que la había dejado su amigo.

-Mi nombre es Fialbr Duestos- se presentó el joven.

-Mucho gusto- respondió Contrieras, quien se apresuró a atajar a su amigo antes de que él revelara más información.

Kayla volvió a dormirse. Puso su cabeza sobre el hombro de Markuas.

El vehículo se dirigió a una casa por un estrecho sendero sin pavimentar. La residencia no era muy grande, era la típica construcción de una propiedad rural de clase media.

-Muchas gracias Fialbr- Contrieras miró hacia el cielo para ver si había algún helicóptero en el aire.

-El teléfono está en la cocina- dijo el joven al entrar en la casa.

Markuas hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, mientras que Kayla parecía estar muy agotada y caminaba con dificultad.

-Les propongo que se queden aquí hasta que llegue la mañana, ella parece estar rendida- dijo Fialbr al mirar a la pelirroja.

-Nos parece conveniente pero...- Markuas no alcanzó a completar la frase, cuando fue interrumpido por el colombiano.

-Muchas gracias de nuevo, esperamos que no sea una molestia.

-Se pueden quedar en la habitación de los invitados, no hay problema.

Kayla, Markuas, y Contrieras, pasaron el resto de la noche en la casa del joven. El músico y el colombiano se turnaron para vigilar, por si acaso aparecía la señorita Cosiliestre.

Al día siguiente, Fialbr Duestos despertó a sus huéspedes con un abundante desayuno. Ellos le agradecieron con amabilidad.

-¿A qué te dedicas?- le preguntó Contrieras, mientras engullía un pedazo de pan con mermelada.

-Estudio Leyes- respondió Duestos con timidez.

-¿No te queda muy lejos la universidad?- Markuas estaba encantado con la comida del joven.

-Mis padres están de viaje, así que me estoy quedando por un tiempo acá- respondió.

Kayla se estaba recuperando de todas las emociones que había sentido en los últimos días, todavía le preocupaba el dinero que tenía que pagar por los automóviles que había utilizado. La casa de Duestos le pareció un sitio muy acogedor y amigable, tanto como su dueño. El joven la había observado con precaución, pero ella se había dado cuenta.

-¿Y tú qué haces?- Duestos observó a la pelirroja con interés. Ella se abochornó.

-Trabajo en un restaurante- dijo ella desviando la mirada.

-Somos amigos- Markuas se apresuró a dar una explicación que no le habían solicitado.

-Ya veo- dijo Duestos-. Si quieren pueden llamar para que alguien venga por su automóvil.

-Desde luego, gracias- respondió Contrieras con exagerada amabilidad.

-Tengo que ir a la ciudad, si quieren darse una ducha pueden hacerlo, están en su casa- Duestos se puso en pie.

-Somos unos forasteros, ¿no te da miedo dejarnos aquí solos?- Markuas se sintió incómodo por la desbordada atención del joven.

-No parecen ser malas personas- el joven dijo esto, de despidió con un gesto de la mano, y se dirigió hacia su vehículo.

Cuando Duestos estaba a punto de llegar al automóvil sintió que algo metálico se cernía sobre su cabeza. Era una ametralladora.

-No te muevas, o te mato- dijo una mujer.

La señorita Cosiliestre obligó al joven a volver a la casa. Kayla, Markuas, y Contrieras todavía estaban sentados en la mesa del comedor cuando fueron testigos del espeluznante espectáculo.

-Necesito la verdadera clave- dijo la mujer, apuntando con firmeza el arma a la cabeza de Duestos.

-La clave es WOLFGANG- Markuas estaba horrorizado.

-¡Déjate de juegos imbécil!- la señorita Cosiliestre estaba furiosa, sus ojos parecían emitir fuego.

-Es cierto, ésa es la clave- intervino Contrieras.

-¡Ya probé esa palabra y no sucedió nada!- gritó la mujer, apretando la ametralladora contra la cabeza de Duestos, quien estaba estupefacto.

-Quizás marcó mal la clave- dijo Contrieras.

La señorita Cosiliestre entornó los ojos con desesperación.

-Tal vez eso fue lo que ocurrió, por eso me tienen que acompañar hasta el Castillo del Liorrg.

Duestos hizo una mueca de horror.

-Yo no tengo nada que ver en esto, suélteme por favor- suplicó.

La señorita Cosiliestre estaba decidida a no soltar al joven.

-¡Párense y caminen!- ordenó con marcialidad.

En ese momento, otros dos sujetos entraron a la casa armados con ametralladoras. Los individuos apuntaron sus armas contra Kayla, Contrieras y Markuas. Ellos no tuvieron otro remedio que seguir las órdenes de la señorita Cosiliestre.

Dos camionetas esperaban en la carretera. Duestos y Kayla fueron introducidos en una de ellas, mientras que Markuas y Contrieras fueron llevados en otra.

Llegarían al Castillo del Liorrg en cuestión de minutos. Markuas recordó las dos ocasiones en las que había estado en ese lugar, en una de ellas Lugo Pertelo le anunció que había descubierto unos importantes secretos sobre personas muy poderosas, y que esa información podría otorgar mucha influencia a quien la tuviera en sus manos. La otra ocasión en la que visitó el Castillo del Liorrg, fue en el funeral de su amigo, ya que él quiso ser enterrado en ese lugar.

“No puedo permitir que Baidebaikel se apodere de los secretos de Lugo” Markuas caviló sobre esto durante todo el trayecto. Se encontraba en el asiento de atrás de la camioneta, al lado izquierdo de él se había ubicado uno de los compinches de la señorita Cosiliestre, y a su derecha se encontraba Zacarías Contrieras quien tenía a otro compinche resguardándolo. La mujer estaba junto al conductor.

En la otra camioneta se encontraban Kayla y Duestos, bajo la vigilancia de tres hombres armados.

“Es imposible escapar, estamos perdidos” pensó Markuas.

Los vehículos se aproximaron hasta la entrada del castillo, que por lo general permanecía desocupado. El músico sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

-A lo que vinimos- les espetó con urgencia la señorita Cosiliestre.

Kayla, Duestos, Markuas y Contrieras caminaron al interior de la antigua construcción, la señorita Cosiliestre y dos compinches los seguían con ametralladora en mano.

La entrada del castillo estaba rota, ya que la señorita Cosiliestre la había abierto por la fuerza horas antes. Markuas sintió fastidio.

La construcción había sido erigida por la familia Pertelo muchos años antes. El abuelo de Lugo era aficionado a los palacios europeos medievales y había ordenado que se construyera uno de esos castillos en la propiedad. Posteriormente, y al heredar el castillo, Lugo Pertelo guardó los documentos sobre los secretos encontrados en una bóveda que especialmente mandó fabricar para ese efecto.

El lugar era inmenso, estaba lleno de pasadizos, salas, corredores; sin embargo, la señorita Cosiliestre los conducía exactamente hasta donde debían ir.

Llegaron hasta una puerta que tenía una placa al lado que decía: "SALA DE LOS CONDES". Ingresaron al lugar. La señorita Cosiliestre se dirigió hasta una de las estatuas que había en la estancia. Apretó con sus manos un interruptor, inmediatamente la pared del fondo de la sala se movió hacia un lado, dejando ver un teclado y una caja fuerte.

-Señor Markuas, digite la clave correcta- dijo la mujer apuntando la ametralladora a la cabeza de Kayla.

Markuas se acercó al teclado, que estaba compuesto por letras y números.

"Lo siento Lugo, no tengo otra opción" se dijo a sí mismo. Puso sus dedos sobre el teclado y digitó una palabra: VOLTAIRE.

Un bombillo de color verde iluminó la caja fuerte.

-¡Ábrala!- le ordenó la señorita Cosiliestre.

Carlos Markuas giró una manilla metálica y abrió la puerta de la caja fuerte. Adentro había una maleta de cuero, de color negro.

-¡Entréguemela!- le gritó la mujer.

El músico ingresó al interior de la caja fuerte y agarró la maleta. Cuando estaba a punto de entregársela a la señorita Cosiliestre, se dio cuenta que la sala estaba llena de personas con uniformes militares.

-¡No tan rápido!- dijo un hombre fornido, con una boina de color gris en su cabeza, y vestido de traje camuflado. La boina llevaba el signo de un escudo indefinido en su parte delantera.

La señorita Cosiliestre y sus dos compinches trataron de resistirse a los recién llegados, pero era inútil, ya que el grupo era como de veinte personas que estaban armadas con fusiles.

-Baje el arma señorita Cosiliestre- dijo el hombre fornido-. Y ustedes también.

La mujer y sus compinches pusieron las armas sobre el piso. El hombre hizo una rápida señal con su mano, dos sujetos agarraron las armas.

-Señor Markuas, acompáñenos- el hombre fornido le apuntó al músico con un fusil.

Markuas dejó el maletín en la caja fuerte y caminó lentamente.

-Traiga el maletín- le ordenó el hombre fornido.

El músico cumplió la orden. Caminó junto al uniformado de militar por el interior del castillo, y salieron de éste, hasta que llegaron a un camión. Los soldados se subieron con Markuas al interior del vehículo. El camión aceleró, y tomó la carretera.

Al interior del castillo, algunos soldados de boina gris siguieron amenazando con sus fusiles a la señorita Cosiliestre y a sus cómplices, juntos a ellos estaban Kayla, Duestos, y Contrieras.

-Ustedes van conmigo- dijo un soldado.

Los hicieron caminar por el castillo, hasta llegar a otro camión que se encontraba afuera de la construcción. Ingresaron al vehículo junto con otros uniformados. El camión se dirigió hacia la misma dirección por la que se había ido el anterior automotor.

Kayla, Duestos, Contrieras, la señorita Cosiliestre y sus dos cómplices, se sentaron junto a los hombres armados de fusiles, al interior del vehículo.

Capítulo 15

El tiroteo que se desarrollaba al frente de la casa de Pedro Beryabian era intenso. El magnate junto con su escolta disparaban contra el vehículo en el que se encontraba Rafael Gensy. El secuaz del barón Baidebaikel estaba atrincherado detrás de su automóvil.

Laura Quierak, el profesor Ayeztre, y Albert Kullt se encontraron de frente con el bélico espectáculo.

-¡Llamaré a la policía!- dijo Kullt, mientras digitaba en su teléfono celular el número de urgencia.

En ese momento, Rafael Gensy ingresó al carro que había utilizado como escudo de defensa y abandonó el lugar con rapidez.

El escolta de Beryabian disparó contra el automóvil, pero era inútil, Gensy ya estaba muy lejos.

-¿Qué ocurrió?- Laura se dirigió hasta donde estaba el magnate.

-El barón Baidebaikel nos secuestró, y cuando tratamos de huir ese matón nos persiguió hasta acá- respondió Beryabian jadeando de emoción.

-¿Están bien?- Laura miró a Schilkz con preocupación, ya que el escolta presentaba algunos rasguños en su ropa y en su piel.

-No es nada, señorita Quierak, gracias- respondió.

-Entremos a la casa- propuso Beryabian.

Los dos automóviles ingresaron a la mansión. Después de comer algo y de darse un baño, Laura Quierak, Joazen Ayeztre, y Albert Kullt se reunieron con Beryabian en su biblioteca.

-Mira lo que encontramos en la casa del barón- Laura le mostró al magnate el libro de los extraños estudios del universo cíclico.

Beryabian observó el texto con asombro, mientras a la vez, miraba al profesor Ayeztre.

-¿Estuvieron en la casa del barón?- preguntó.

-Efectivamente Pedro- dijo Ayeztre-. Fuimos allá para buscarte, pero no encontramos nada, y ya vimos por qué.

-Schilkz y yo penetramos la mansión de Baidebaikel, escuchamos una conversación que mantuvo el barón con Zatzuno Mijuke, y después nos capturaron- describió Beryabian con ansiedad.

-¿Zatzuno Mijuke? ¿Qué hace él acá?- Laura parecía desorientada.

-No sé, lo que sí oí es que el barón le dijo que yo lo había forzado a comprar la Corporación Mijuke, bajo la amenaza de hacer públicos los secretos- dijo Beryabian son burla.

-El barón Baidebaikel está loco, quiere poner a pelear a Los soldados del tiempo dorado con La espada del Mar Thejdy- comentó el profesor Ayeztre.

-Es cierto, pero ¿para qué?- Beryabian todavía no encontraba coherentes los planes del Barón Baidebaikel.

-También liberamos a Berxexas Jarrmas- dijo Laura.

-¿Dónde está él?- el magnate miró a Laura, estupefacto.

-Arriba, está descansando.

-Quiero hablar con él, con urgencia- Beryabian seguía muy ansioso.

-Deja que se reponga Pedro, estaba encerrado en un pequeño cuarto, dentro de una bodega abandonada- declaró Ayeztre.

-¡Ese barón es un miserable!- Beryabian se tocó la pierna, todavía le dolía el golpe que le había propinado el secuaz de Baidebaikel-. ¿Y ese libro? ¿Dónde lo encontraron?

-En la biblioteca de la casa del barón- Kullt quiso intervenir.

-¿Y se lo robaron?- el magnate miró a su asistente con fingida desaprobación.

-No fue un robo Pedro, digamos que fue una devolución forzada- el profesor Ayeztre sabía que ese libro no podía estar en poder de Baidebaikel.

-¿Profesor, yo creía que usted era el único que guardaba ejemplares de los textos de McBeun?- Beryabian miró nuevamente el libro con curiosidad.

-Así es, no sé cómo el barón pudo hacerse con este ejemplar- Ayeztre habló con preocupación.

-Debo hablar con Jarrmas, esperaré a que despierte, mientras tanto trataré de comunicarme con Zatzuno Mijuke- el magnate se dirigió hasta su escritorio y descolgó el teléfono.

El barón Baidebaikel llegó a la bodega abandonada en un taxi.

-Espere aquí, por favor- le ordenó al taxista, quien lo vio bajarse del automóvil con dificultad.

-¿Quiere que lo ayude?

-No es necesario, gracias.

El barón encontró la puerta de la bodega sin seguro. Continuó caminando por el oscuro pasillo hasta llegar a un cuarto que estaba abierto.

-¿Qué carajos ha ocurrido?- dijo en voz baja.

Observó a McYubb tirado en el piso, estaba amarrado al catre; posteriormente lo ayudó a desatarse.

-¿Dónde está Jarrmas?- le preguntó.

-La mujer y Ayeztre lo ayudaron a escapar- manifestó McYubb con cansancio.

El barón Baidebaikel miró a McYubb con rabia, sin embargo, sabía que no se podía hacer nada.

Ambos salieron de la bodega, e ingresaron al taxi. El vehículo dejó el lugar rápidamente.

Zatzuno Mijuke viajaba en su lujosa limosina, acompañado por Danshi y por Juidi Dakamoto. No le gustaba estar en Londres, le parecía una ciudad muy gris y lluviosa, pero adoraba el lujo y el glamour con el que era recibido cada vez que viajaba a Inglaterra.

El edificio de Convert Rloud era una moderna construcción, a pesar de esto, guardaba la armonía antigua de los alrededores; allí quedaban las oficinas del bufete de Sir Hullbert Loudd, el abogado de Zatzuno Mijuke.

El millonario japonés fue recibido con jovialidad, una hermosa secretaria de cabello rubio y vestido azul lo llevó hasta una enorme sala de juntas que impresionaba al visitante.

Mijuke esperó al famoso jurista, acompañado por Dakamoto y por Danshi.

La sala de juntas presentaba en todo el centro una enorme mesa elaborada en madera de caoba, unos cuadros de algún pintor desconocido colgados en las paredes, y un gigantesco televisor presidiendo la estancia.

A Mijuke no le gustaba esperar; aunque dentro de su formación había logrado cultivar la paciencia, y pensaba en ese instante que si quería salir de ese nuevo atolladero, sí que tenía que hacerlo.

Sir Hullbert Loudd había estudiado Leyes en Oxford, pero había ejercido mucho tiempo en Estados Unidos en importantes bufetes de Nueva York. Había logrado obtener fama de defensor de las grandes corporaciones y de grandes capitales, incluso de empresas que no eran británicas o norteamericanas. Zatzuno Mijuke lo había contratado para ser su abogado principal, gracias al consejo que le había proporcionado Ikai Miyato, uno de los maestros de La espada del Mar Thejdy.

Un elegante hombre de mediana estatura, piel rojiza, traje de paño azul oscuro, y corbata plateada, se presentó en la sala.

-¿Cómo estás Zatzuno? ¡Qué alegría verte en Londres!- dijo, con ese donaire que caracteriza a los británicos.

El japonés le tendió la mano, y le dedicó una discreta reverencia.

-¡Pero vaya! ¿A quién tenemos por acá?- Sir Hullbert Loudd miró a Juidi Dakamoto con un morbo mesurado, la mujer se ruborizó y le dedicó también una pequeña reverencia al abogado-. Y claro, el infaltable Danshi, ¡siéntense por favor!

-Mister Loudd, no estamos en Inglaterra para hacer vida social, queremos saber su opinión sobre un delicado asunto- Mijuke estaba tensionado, no le gustaban los despachos jurídicos-. Se trata del barón Baidebaikel, ha adquirido el cincuenta y un por ciento de las acciones de la Corporación, y ahora supuestamente él la controla.

-Espera un momento Zatzuno, cálmate, ¿estás diciéndome que el barón Baidebaikel ahora es el dueño de la Corporación Mijuke?- el jurista se había sentado en la cabecera de la mesa de juntas.

-Así es- Mijuke fue tímido en su respuesta, ya que el ánimo no le daba para más.

Sir Hullbert Loudd puso cara de preocupación, no le gustaba tratar asuntos legales con el barón Baidebaikel.

-¿En dónde y cómo adquirió las acciones?- preguntó, mientras encendía un tabaco.

-En la bolsa de Tokio, hace algunos días, a través de unos corredores llamados Insue y Hueyi- Danshi estaba al tanto de toda la operación. El abogado lo observó con desdén, no le gustaba tratar con mandos medios.

-¿Por cuánto fue la operación?- preguntó sin sacarse el puro de la boca.

-Quince mil millones de dólares- Danshi leyó la cifra de un documento que tenía en una carpeta.

-¡Válgame Dios! ¿Y el barón de dónde sacó tanto dinero?- su rostro adquirió una tonalidad mucho más rojiza.

-Es un tramposo, utiliza cualquier artimaña para conseguir lo que quiere- dijo la joven.

-¿A quién le compró esas acciones?- Sir Hullbert Loudd parecía un poco confundido con el asunto.

-A los otros tres grandes accionistas de la corporación- Danshi no se amilanaba ante nadie.

-Ya veo, y tú conservas el cuarenta y nueve por ciento, pero no tienes la mayoría de las acciones- el abogado exhaló una bocanada de humo.

-¿Es lógico? ¿No?- Mijuke estaba desesperándose, generalmente el abogado no era tan elemental en sus apreciaciones.

-¿Y qué quieres que haga Zatzuno? Es una compra-venta de acciones común y corriente según veo- Sir Hullbert Loudd miró al magnate japonés con arrogancia.

-Ahí está el problema, el barón Baidebaikel no es tan rico como para comprar quince mil millones de dólares en acciones- Juidi Dakamoto estaba cansada de ser tratada como una tonta.

-¿Y qué sugiere entonces?- preguntó el jurista con el tabaco en la boca nuevamente.

-Que el barón hizo trampa, llevó a cabo alguna argucia para apoderarse de la Corporación- repuso la joven.

-Y si así fuera, ¿qué puedo hacer yo?- Sir Hullbert Loudd miró con una sonrisa socarrona a Juidi Dakamoto.

-¡Quiero que averigüe todo!- dijo Mijuke tajantemente.

-¿Estás loco Zatzuno? No quiero perder mi tiempo en esto, así me pagues un dineral- el abogado se levantó de la mesa y dio un pequeño paseo por la sala.

El magnate japonés y la joven se miraron con complicidad.

-Y si te dijera que Pedro Beryabian está metido en todo esto, ¿no te interesaría?- Mijuke observó la cara del jurista al pronunciar ese nombre.

-¿Beryabian? ¿Y cómo entra él en todo esto?- Sir Hullbert Loudd se quedó estático en el lugar donde estaba.

-Baidebaikel me dijo que él lo había presionado para que comprara las acciones- comentó Mijuke con calma.

-¿Y si el barón no compraba las acciones, qué le pasaba?- preguntó el abogado.

-Beryabian revelaría los secretos de Los soldados del tiempo dorado- explicó Juidi.

Sir Hullbert Loudd no salía de su asombro; en primer lugar no le gustaba pelear con el barón Baidebaikel, y en segundo término, mucho menos quería meterse con Pedro Beryabian y Los soldados del tiempo dorado.

-¿Y entonces qué quieres que yo haga?- insistió.

-Quiero que desenrede todo esto, Sir Loudd- dijo Mijuke, mirando al jurista a los ojos.

-Pero, todo ese lío de los soldados y del mar no sé qué cuentos, ¿no entra más en la órbita de sus conocimientos?- volvió a ponerse el puro en la boca.

Zatzuno Mijuke sabía de antemano que el jurista le respondería de esa forma, por eso dejó lo más importante para ese momento de la reunión.

-El barón Baidebaikel conoce el secreto de Berxexas Jarrmas.

-¿Qué estás diciendo Zatzuno? ¡No me vengas con eso!- Sir Hullbert Loudd miró a Mijuke con aspereza-. El secreto de Jarrmas sólo lo conoce él, y...

-...el guardián de Los soldados del tiempo dorado- completó Mijuke-. Pero, estoy seguro que Baidebaikel también lo sabe.

-¡Explicáte Zatzuno!- el abogado andaba por el salón de juntas frenéticamente.

-¡El barón ha secuestrado a Jarrmas!- comentó Mijuke.

-¿Cómo lo sabes?- Sir Hullbert Loudd exhalaba el humo compulsivamente.

-El mismo nos lo confesó- intervino Danshi.

Sir Hullbert Loudd se quedó callado, su membrecía a Los conejos de piel plateada era todo un secreto, sin embargo, si Mijuke le estaba mencionando lo de Jarrmas era porque sospechaba algo, pensó él.

-Está bien, investigaré lo de las acciones, no te preocupes Zatzuno- el abogado se sentó al otro extremo de la larga mesa con resignación.

El magnate japonés sonrió plenamente por primera vez desde que había llegado a Londres, su plan había funcionado.

Cuando Zatzuno Mijuke, Juidi Dakamoto y Danshi salieron de la oficina de Sir Hullbert Loudd, el jurista llamó a su secretaria para darle una orden.

-Necesito que me reserve un pasaje de avión con destino a Tokio, en el primer vuelo que encuentre.

La mujer rubia, que vestía de azul, cumplió al instante la orden de su jefe.

-¿Por qué le mencionaste lo de Jarrmas?- le preguntó Juidi a Mijuke, cuando iban rumbo nuevamente al hotel.

- Sir Hullbert Loudd es miembro de Los conejos de piel plateada.

-¿Cómo lo sabes?- la joven miró el sonriente rostro de su maestro.

-Es una larga historia querida Juidi, es una larga historia- Mijuke no quería desconcentrarse.

-¿Por qué no me lo cuentas?- la mujer quería saber todo lo relacionado con La espada del Mar.

-Mi maestro, Ikai Miyato, fue retado por un singular personaje llamado Andrés Raicielo que pertenecía a un extraño grupo llamado Los soldados del tiempo dorado. El reto consistía en averiguar todo lo relacionado con los guerreros samuráis durante el siglo XVIII. Mi maestro aceptó el reto, sin embargo, las cosas se volvieron muy serias, y al parecer, otro amigo de Raicielo, llamado Lugo Pertelo encontró un terrible secreto sobre mi maestro. Ikai Miyato formó su propio grupo, y lo llamó La espada del Mar Thejdy, todo con el fin de mantener en sigilo el secreto y de hacerle competencia a Los soldados del tiempo dorado.

-Bueno, ¿y cómo aparecen Los conejos de piel plateada?- preguntó Juidi.

-Berxexas Jarrmas formó ese grupo, después de traicionar al barón Baidebaikel y al Caldero de lava violeta. Jarrmas hizo una especie de tratado de paz con los soldados, pero el barón jamás se lo perdonó. Mi maestro, Ikai Miyato, firmó un pacto similar al del Jarrmas, y para hacer eso tuvo la asesoría de Sir Hullbert Loudd. Ahí fue donde nos enteramos que él hacía parte de Los conejos de piel plateada, aunque Loudd trató de acallar esto.

-¿Cómo ingresó Loudd a Los conejos de piel plateada?- Dakamoto seguía sin entender algunas cosas.

-Por Julius Wondar, el aprendiz de Jarrmas; Loudd y Wondar han sido amigos desde la infancia- respondió Mijuke con una sonrisa mucho más amplia.

La limosina llegó al Hotel Stheilgs, en la entrada estaba Svetaan Kruiver.

Capítulo 16

El camión que llevaba a Carlos Markuas ingresó a lo que parecía ser un aeropuerto. Un lujoso avión del tipo Gulfstream esperaba en la pista. El vehículo estacionó cerca de éste. Inmediatamente los individuos que vestían con fusiles y trajes camuflados se bajaron junto con Markuas, quien todavía llevaba en su mano el maletín que había encontrado en el Castillo del Liorgg.

Minutos después llegó el otro camión, que transportaba a Kayla, a Zacarías Contrieras, a Duestos, y a la señorita Cosiliestre junto con sus compinches. Se estacionó cerca del otro vehículo. De la misma forma, los hombres de camuflado se bajaron junto con los otros pasajeros.

-Deben ingresar al avión- ordenó el hombre fornido.

Markuas, Kayla, Contrieras, Duestos, la señorita Cosiliestre y sus dos compinches, fueron llevados al interior del moderno medio de transporte aéreo.

El avión no era muy grande, pero había puestos suficientes para todos. Instantes después estaban en el aire. Los hombres de camuflado y fusiles se habían quedado en tierra. Sin embargo, todos los ocupantes del avión habían sido esposados y amarrados a sus sillas.

-¡Bienvenidos a Aerolíneas Raicielo!- un pintoresco hombre, que llevaba unos blue jeans y una camisa de sport a cuadros salió de la cabina del piloto.

-¡Andrés! ¿Qué carajos es esto? ¡Me has asustado!- Markuas estaba emocionado al ver a su viejo amigo.

El hombre abrazó a Markuas, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas.

“¿Quién es éste?” Kayla pensaba que su mundo había cambiado drásticamente.

Andrés Raicielo soltó las esposas del músico y lo desató.

-¿Y a mí me vas a dejar amarrado como un perro?- preguntó el colombiano.

Raicielo abrazó a Contrieras igualmente, y lo liberó.

-¿Y toda esta gente quiénes son?- Raicielo miró a Kayla, a Duestos, y a la señorita Cosiliestre que estaba sentada junto a sus dos compinches.

-Ellos son amigos nuestros- Markuas señaló a la pelirroja y al joven-. Aquellos son matones del barón Baidebaikel.

Raicielo soltó a Kayla y a Duestos de sus ataduras, y miró con prevención a la furibunda señorita Cosiliestre.

-¿Y esos soldados quiénes eran?- preguntó Contrieras.

-Amigos que trabajan en un circo- dijo Raicielo sin ninguna parsimonia.

-¿Cómo? ¿Y las armas?- Markuas no creyó lo que decía su amigo.

-Eran de mentiras, fusiles de juguete, todo era una farsa- Raicielo dijo esto mientras servía unas gaseosas.

-¿Cómo supiste que estábamos en el castillo?- Contrieras estaba sediento, aceptó la bebida con extremo placer.

-Lugo Pertelo y yo también teníamos nuestros secretos- le respondió al colombiano mirándolo con picardía.

-¿Y este avión?- Markuas seguía sin creer lo que le estaba ocurriendo.

-Es de un amigo multimillonario, un árabe.

-¿A dónde nos dirigimos?- preguntó Contrieras.

-A Madrid, debo devolverle este aparato a su dueño- repuso Raicielo.

Markuas pensó en Laura Quierak, quiso comunicarse con ella en ese instante.

-¿Puedo llamar a Laura?- preguntó.

-Desde luego, ¿dónde está ella?- Raicielo sacó un teléfono móvil y se lo entregó al músico.

-Creo que está en Londres, con Beryabian.

-¿Ese bombón está con Pedro?, mala cosa amigo- Raicielo miró a Markuas maliciosamente.

Markuas digitó un número en el aparato.

-¿Eres tú, Carlos?- Laura estaba al otro lado de la línea.

-¡Así es! ¿Dónde estás?- preguntó Markuas, quien escuchaba la voz de su amada muy lejos.

-¡En la casa de Beryabian! ¡El barón se ha vuelto loco! ¡Está tratando de matar a Pedro!- gritó Laura.

-¡Tengo los secretos de Lugo en mi poder!- dijo Markuas en voz alta. Raicielo lo miró estupefacto.

-¿Cómo es eso posible?- Laura estaba asombrada.

-¡Después te cuento! ¡Vamos a Madrid en un avión con Zacarías y con Andrés! ¡Allá te llamo!- Markuas estaba visiblemente emocionado-. ¡Te amo!

-¡Igualmente! ¡Hablamos después!- Laura colgó el teléfono y derramó una lágrima, estaba feliz.

Kayla fue testigo de la conversación de Markuas, y sintió celos.

El músico se sentó en una de las sillas del avión muy pensativo. “*El barón quiere matar a Pedro Beryabian*” Markuas sabía que debía abrir aquella maleta que había encontrado en el Castillo del Liorrg.

-¿Qué te ocurre? ¿Qué te dijo Laura?- le preguntó Andrés Raicielo.

-El barón está detrás de Beryabian.

-Siempre ha querido aniquilarnos, ¿cuál es la diferencia?- Raicielo tomaba una gaseosa con despreocupación.

-Mató a Steffens y a Pierto- comentó el colombiano.

-¿Cómo dices?- Raicielo colocó el vaso sobre una mesa auxiliar.

-Me lo contó Carlos hace algunas horas- dijo Contrieras.

-El barón siempre nos ha amenazado pero nunca había llevado a cabo nada- comentó Raicielo.

-Las cosas han cambiado, y sólo el contenido de ese maletín lo podrá detener- Markuas miró la maleta negra que estaba al lado de él.

-¿Eso es lo que estaba en la caja fuerte del castillo?- Raicielo observó el maletín con moderada excitación.

Markuas asintió afirmativamente con un ligero movimiento de la cabeza.

-¡Miremos lo que hay adentro!- dijo el colombiano.

-Creo que Pedro es quien debe tomar la decisión, él es quien lidera a Los soldados del tiempo dorado- el músico no estaba muy seguro de abrir el maletín en ese momento, y en ese sitio.

-Sí, pero tú eres el guardián de los secretos- comentó Contrieras.

Al fondo de la cabina del avión la señorita Cosiliestre y sus secuaces miraban con angustia lo que estaba ocurriendo.

-Estoy de acuerdo con Zacarías; si bien es cierto Beryabian es el líder, tú eres el guardián, y tú decides que haces con ese maletín- Raicielo se estaba impacientando. El era uno de los siete fundadores de Los soldados del tiempo dorado, había nacido en Costa Rica, y desde muy chico se había educado en centros educativos norteamericanos. Su especialidad era la ingeniería mecánica.

-Bueno, quizás ustedes tienen razón, abriré el maletín que me dejó Lugo, para de una vez por todas deshacernos de las maniobras del barón Baidebaikel- el músico alzó el objeto de cuero, y lo colocó sobre sus piernas-. Un momento, algo aquí está mal.

-¿Qué ocurre?- Raicielo estaba impacientándose de verdad.

-El maletín tiene una combinación numérica para abrirlo- dijo Markuas.

-¿Cómo? Pero tú la debes saber- Contrieras estaba asombrado-.¿Lugo no te dio todas las claves?

-El sólo me dio la clave para abrir la caja fuerte, pero no me mencionó que el maletín tuviera otra...

-... ¡Pues abrámoslo a la fuerza!- el colombiano empezó a buscar un cuchillo adentro del avión.

-No creo que esa solución sea sensata Zacarías, si abrimos el maletín por la fuerza tal vez dañemos los documentos que están guardados ahí dentro- dijo con firmeza Markuas, mirando a sus dos compañeros a los ojos.

-¿Y cómo abrimos el maletín? Porque tú no sabes la clave o ¿sí?- el colombiano comenzó a irritarse.

-Es una clave numérica de cuatro dígitos, tal vez sea el año en el que nació Lugo- el músico movió el mecanismo del maletín, lo puso en el número 1946, pero no pasó nada-. ¡Carajo! No es ése el número.

-Intenta con tu año de nacimiento- dijo Raicielo.

Markuas volvió a mover el mecanismo del maletín, y colocó otro número. El maletín siguió cerrado.

-¿Lugo no te dijo nada sobre esto?- le preguntó el músico a Raicielo. El sólo movió la cabeza negativamente.

-Insisto en abrir el maletín por la fuerza- dijo Contrieras.

-No, Carlos tiene razón, es mejor hacer todo con precaución, Lugo era muy organizado y metódico- Raicielo estaba pensando en otro número-. Intenta con el año en el que se fundaron Los soldados del tiempo dorado.

Markuas volvió a mover el mecanismo de apertura del maletín, pero el objeto siguió cerrado.

-Ese Lugo era un...-Raicielo no alcanzó a terminar su frase, cuando sintió que alguien le había dado un fuerte golpe en la cabeza. Cayó de frente contra el piso.

La señorita Cosiliestre había logrado deshacerse de sus ataduras, y tenía un revólver en su mano.

-¡Quédense quietos!- la mujer tenía una expresión de furia en sus ojos-. ¡Tú! ¡Desátalos a ellos!

La mujer se dirigió a Contrieras con furia. El colombiano se fue hasta el fondo del avión y empezó a quitarle las esposas a los secuaces de la señorita Cosiliestre.

-¡Dame eso!- la mujer señaló el maletín que portaba Markuas. El músico se lo entregó con resignación.

Los dos compinches de la señorita Cosiliestre se pusieron en pie, y caminaron hasta donde estaba ella.

-¿Adónde vamos?- le preguntó a Raicielo.

-A Madrid- respondió con vacilación.

-Dile al piloto que cambie la ruta, nos vamos para Inglaterra.

Raicielo caminó hasta donde estaban los pilotos, uno de los secuaces de la señorita Cosiliestre lo acompañó.

-¿Cuál es la clave?- interrogó a Markuas con severidad.

-No la sé- dijo el músico-. ¿No se dio cuenta usted de eso?

-¡No me venga con jueguitos! ¡Músico de quinta!, ¿cuál es la clave?- la mujer apuntó el arma al rostro de Markuas.

-Si quiere apriete el gatillo, la verdad es que no sé el número- repuso el músico con pasmosa tranquilidad.

Raicielo volvió a la cabina, mientras que el compinche de la señorita Cosiliestre se quedó con los pilotos.

-Entonces será por la fuerza- la mujer agarró un cuchillo e hizo el ademán de clavarlo contra el maletín.

-¡No lo haga! ¡Puede dañar los documentos que están adentro!- dijo Markuas.

La mujer sonrió complacida.

-Entonces dígame usted la clave- la señorita Cosiliestre estaba impacientándose.

-Es algún número de cuatro dígitos, pero no sabemos cuál es, tal vez Pedro Beryabian sí lo sepa- dijo Markuas, como si estuviera muerto del terror.

-¡Llámelo y pídale la clave!- gritó la mujer.

Markuas se fijó en Andrés Raicielo, el costarricense estaba tratando de recobrase del golpe.

-Préstame tu teléfono, Andrés- dijo el músico en voz baja, muy cerca de uno de los oídos de su compañero.

Raicielo parecía estar muy aturdido, miró a Markuas de una forma muy extraña, como si estuviera borracho. Le entregó el aparato a su amigo.

El músico digitó un número.

-¿Eres tú Carlos? ¿Qué ocurre?- al otro lado de la línea se encontraba Laura Quierak.

-Laura, necesito que me comuniques con Pedro, es una urgencia, después te cuento- dijo Markuas con apremio.

-¿Estás bien?

-Sí, todo bien, sólo pásame a Pedro.

Pasaron algunos segundos.

-¿Mi querido Carlos? ¡Gracias a Dios te comunicaste conmigo!- espetó Beryabian.

-Pedro, necesito que me digas si Lugo te dio un número de cuatro dígitos, o algo por el estilo- Markuas miraba a la señorita Cosiliestre con angustia. La mujer sonreía cínicamente.

-¿De qué estás hablando? ¡No entiendo!- Beryabian gritaba por el teléfono.

-¡De un número Pedro! ¡De un simple número!- Markuas estaba desesperado.

-¡Lugo no me dio nada! ¡Dime ahora mismo lo que está ocurriendo! ¡Laura me dice que vas para Madrid!- Beryabian subía cada vez más el tono de su voz.

-Voy para Inglaterra....- la señorita Cosiliestre le arrancó el teléfono al músico.

-¡Imbécil!- le dijo a Markuas. La mujer apagó el teléfono y lo metió en uno de los bolsillos de su pantalón.

-Nadie sabe esa combinación- susurró el músico.

-Eso ya lo veremos- la señorita Cosiliestre apuntó el arma contra Kayla-. Tienen diez segundos para abrir ese maletín o la mato.

-¡Espere! ¡Espere!- dijo Contrieras-. Yo sé la clave.

El colombiano agarró el maletín y movió el mecanismo de apertura. *“Lugo era aficionado a Mozart como Carlos Markuas, el número debe ser el año en el que nació el gran compositor”* pensó Contrieras.

-¿1756? ¿Por qué ese número?- preguntó Raicielo.

Inmediatamente el maletín se abrió. Adentro habían cinco sobres. Cada sobre tenía unas palabras impresas en ellos: *“Los soldados del tiempo dorado”, “El caldero de lava violeta”, “Los conejos de piel plateada”, “La espada del Mar Thejdy”,* y *“Los centuriones de hierro”*.

La señorita Cosiliestre sonrió ampliamente.

-Eso es mío- dijo, y agarró el maletín.

-¡Eso no es cierto señorita Cosiliestre!- la voz de un hombre surgió de la cabina de los pilotos-. ¿Creyó que me había asesinado?

Se trataba de Ernesto Steffens, llevaba un arma en la mano. El secuaz de la mujer estaba tirado en el piso, al lado del piloto.

-Pero...- la señorita Cosiliestre no creía lo que estaba viendo.

-El explosivo que dejó en mi oficina se activó segundos después de que yo saliera del lugar, tuve suerte, algunos me dieron por muerto- dijo el corpulento y rubio decano con malicia-. Ahora suelte eso, y dêselo a Markuas.

La mujer le devolvió el maletín al músico, e inmediatamente fue desarmada por Andrés Raicielo.

-Otra sorpresita que les tenía- comentó el costarricense.

Capítulo 17

Al llegar a Londres, la señorita Cosiliestre y sus dos secuaces fueron entregados a la policía. En el aeropuerto se encontraban esperando también Pedro Beryabian, el profesor Ayeztre, Laura Quierak, Schilkz, y Albert Kultt.

Laura se lanzó a darle un abrazo y un beso a Carlos Markuas, cuando éste se bajó del avión. El músico le mostró el maletín a Pedro Beryabian y al profesor Ayeztre.

-¿Quieres abrir esos sobres?- le preguntó el profesor.

-Es lo mejor que podemos hacer- contestó con un susurro Markuas.

Todos se sorprendieron al ver a Ernesto Steffens, el decano abrazó al profesor Ayeztre y a Pedro Beryabian.

-Volviste del mundo de los muertos y has resucitado- le dijo el profesor.

-Así es- repuso Steffens.

Todos fueron a la mansión de Pedro Beryabian.

-¿Y esta chica tan hermosa quién es?- preguntó el magnate al observar a Kayla, cuando estaban reunidos en la sala.

-Es una amiga que nos ha ayudado, le debemos el valor de dos automóviles que por supuesto tú nos ayudarás a pagar- dijo Markuas.

-¡Desde luego! ¿Y este joven?- Beryabian miró a Duestos.

-Otro amigo que nos ayudó- respondió Contrieras.

En ese instante todos lo que estaban en la sala se dieron cuenta de la presencia de un hombre mayor, era Berxexas Jarrmas. Todos se quedaron callados, como en un acto solemne.

-Siga señor Jarrmas, y tome asiento, esta reunión se animará en pocos minutos, ya verá- dijo Beryabian.

Mientras tanto, en el Hotel Stheilgs, Zatzuno Mijuke hablaba por teléfono con Sir Hullbert Loudd.

-¿Qué descubrió señor Loudd?- preguntó el japonés.

-Buenas noticias Zatzuno, el barón Baidebaikel no ha pagado las acciones, y hasta que él no lo haga tú sigues siendo el dueño de la Corporación Mijuke- el abogado sonaba muy feliz.

-Pero cuando las pague perderé mi empresa- repuso Mijuke con tristeza.

-Esa es la buena noticia Zatzuno, el barón Baidebaikel jamás podrá pagar esas acciones porque no tiene cómo hacerlo, está quebrado, ya lo investigué- dijo Loudd casi gritando-. ¡El barón estafó a los corredores de bolsa, y estos te devolverán todo!

Zatzuno Mijuke cerró los ojos y derramó una lágrima.

-Beryabian me dijo que todo había sido un invento de Baidebaikel- Mijuke sólo tuvo fuerzas para decir eso.

-Ya lo creo- comentó Loudd- Cuando vuelva a Londres, hablaremos con más calma. Hasta pronto.

Mijuke estaba reunido con Svetaan Kruivver. Un holandés, profesor de Historia de Roma en la Universidad de Westersiler.

-El barón está hundido- Zatzuno Mijuke se dirigió a su interlocutor.

-Los centuriones de hierro también firmamos un acuerdo con Los soldados del tiempo dorado, ellos no pueden revelar el secreto- dijo el holandés.

-Entonces todo está arreglado- Mijuke miró a Dakamoto con ternura-. Creo que volveré a Tokio, acompañado por una linda mujer.

Danshi sonrió. Su jefe había recuperado la empresa, y había decidido rehacer su vida acompañado de Juidi Dakamoto.

En ese momento, en el televisor del hotel apareció la imagen del barón Baidebaikel cuando salía de su casa escoltado por dos policías, junto a él estaba McYubb y Rafael Gensy.

El barón Henry Gans Baidebaikel fue arrestado hace pocas horas por Scotland Yard. Al barón se le acusa de estafa, homicidio, secuestro y de otros delitos. Sus principales cómplices también fueron detenidos- la voz femenina que anunciaba la noticia era elegante y típicamente británica.

Zatzuno Mijuke se acercó a Dakamoto y le dio un beso en la boca.

-¿Te casarías conmigo?

-Abramos los sobres- Beryabian miraba el maletín de Lugo Pertelo con ansiedad.

Markuas tomó uno de los sobres. El que estaba marcado con las palabras "*Los centuriones de hierro*".

-Antes de abrir el sobre, y leerlo, quiero advertirles que nada de lo que se mencione aquí puede ser repetido en otro sitio, ¿entendieron?- Markuas miró a todos los asistentes con prevención, y sacó un papel del sobre-. Aquí dice que en Roma en el Banco Turviano, en una cajilla de seguridad, cuenta tal y tal, hay unos papiros del siglo segundo después de Cristo. Los papiros que fueron encontrados en el siglo XVIII, podrían contradecir la historia oficial de uno de los emperadores romanos.

Todos se miraron con sorpresa, pero ninguno dijo nada.

-¡Vaya! ¡Esta noche no podré dormir! ¡Me preocupaba saber eso!- Beryabian comentó burlescamente. Todos sonrieron-. El siguiente sobre Carlos, por favor.

Markuas tomó el sobre que decía "*La espada del Mar Thejdy*", y leyó el papel que había en su interior.

-Dice que la familia Miyato, en el siglo XVIII trató de salir del Japón hacia la China, para fundar otro país, y coronar a Senkii Miyato como emperador, ¡vaya! ¡Qué locuras encontró Lugo!- Markuas miró a todos con perplejidad. Nadie dijo nada.

-Siguiente Carlos, estoy ansioso- intervino Beryabian.

El siguiente sobre que tomó Markuas, estaba marcado con las palabras “*Los conejos de piel plateada*”.

-Señor Markuas, le pido el favor que no abra ese sobre- dijo Berxexas Jarrmas.

-Berxexas, nadie dirá nada, te lo prometemos- el profesor Ayeztre miró al anciano de manera compasiva.

-Está bien- respondió-. De igual forma, ya nada importa.

-Este papel dice que Theophilus Jarrmas provocó una revolución en Turquía en el siglo XVIII, ayudado por...

-...por Sir Arthur Wondar- completó Jarrmas.

-Ese debe ser antepasado de Patrice- intervino Kullt.

-Así es, es un hecho vergonzoso del cual no nos sentimos muy orgullosos la familia Jarrmas ni la familia Wondar- comentó el anciano con nostalgia.

Markuas tomó el sobre que decía “*El caldero de lava violeta*”.

-Según este papel, el barón Georg Wilkman Baidebaikel en el siglo XVIII, fue condenado a muerte por el homicidio de su esposa y de dos de sus tres hijos, y que el emperador de Prusia lo perdonó a cambio de ayudar monetariamente al imperio con una suma astronómica.

-El barón quería esconder esa información de manera desesperada- comentó Jarrmas-. El soñaba con recuperar ese dinero.

-¿Y casi nos mata a todos por eso?- Laura estaba estupefacta.

Markuas tomó el último sobre, que estaba marcado como “*Los soldados del tiempo dorado*”.

-Según este papel, los extraños estudios del universo cíclico fueron un invento de Iblius McBeun, para ganar notoriedad y fama, pero que todo era una farsa- Markuas miró al profesor Ayeztre con sorpresa, el profesor estaba completamente inexpresivo.

-Tal vez así sea- susurró el profesor Ayeztre, quien intercambió una mirada de complicidad con Pedro Beryabian. Steffens respiró con tranquilidad.

La reunión terminó con algunos brindis y una cena. En el comedor principal, Pedro Beryabian tomó una copa y dirigió unas palabras a la concurrencia.

-Hace varios años, unos investigadores del conocimiento y la mente humana fundaron un grupo para el progreso de la cultura. A pesar de los obstáculos este grupo ha triunfado, Lugo Pertelo y Alberto Pierto pueden descansar en paz, porque la dignidad de Los soldados del tiempo dorado ha quedado intacta. ¡Salud!

Todos alzaron sus copas y dijeron al unísono: ¡Salud!

Al día siguiente, Joazen Ayeztre, Laura Quierak, Carlos Markuas, Kayla, Fialbr Duestos, Andrés Raicielo, Ernesto Steffens, y Zacarías Contrieras ingresaron al avión privado de Pedro Beryabian para volver a su país.

El magnate despidió a sus amigos en la pista del aeropuerto, al lado de él estaban Albert Kultt y Schilkz.

Semanas más tarde Laura Quierak y Carlos Markuas se casaron. Kayla empezó una relación sentimental con Fialbr Duestos, e ingresó a la universidad.

FIN.